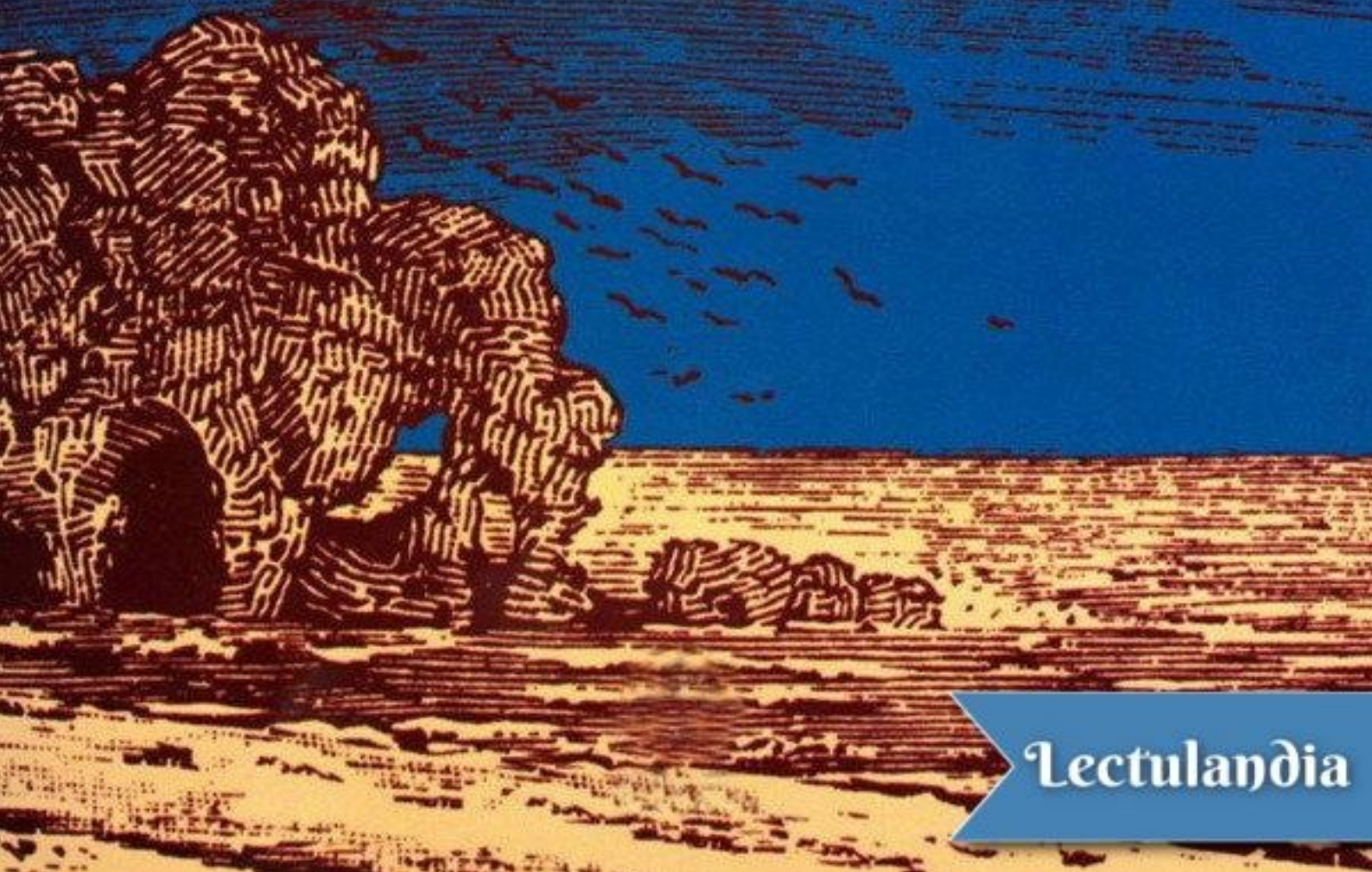


José Revueltas

LOS MUROS DE AGUA



Lectulandia

En su primera novela *Los muros de agua*, José Revueltas trató de reflejar con realismo lo que él mismo presenció cuando fue deportado, por actividades *subversivas*, al penal de las Islas Marías, en el Océano Pacífico, que servía como cárcel en los años 30. En la novela, cinco personas, entre ellos una mujer, son deportadas a esas islas, una cárcel con muros no de piedra, sino de agua. Junto a esos presos políticos, vemos a otros seres marginales que siempre interesaron a Revueltas y fueron personajes de toda su obra.

Lectulandia

José Revueltas

Los muros de agua

ePub r1.0

IbnKaldun 30.12.14

Título original: *Los muros de agua*
José Revueltas, 1941

Editor digital: IbnKaldun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Yo hubiera querido denominar a toda mi obra *Los días terrenales*. A excepción tal vez de los cuentos, toda mi novelística se podría agrupar bajo el denominativo común de *Los días terrenales*, con sus diferentes nombres: *El luto humano*, *Los muros del agua*, etcétera. Y tal vez a la postre eso vaya a ser lo que resulte, en cuanto la obra esté terminada o la dé yo por cancelada y decida ya no volver a escribir novela o me muera o ya no pueda escribirla. Es prematuro hablar de eso, pero mi inclinación sería ésa y esto le recomendaría a la persona que de casualidad esté recopilando mi obra, que la recopile bajo el nombre de *Los días terrenales*.

(José Revueltas: *entre lúcidos y atormentados*, entrevista por Margarita García Flores, *Diorama de la Cultura, Excélsior*, 16 de abril de 1972.)

A propósito de *Los muros de agua*

Los muros de agua fue escrita en 1940 y publicada al año siguiente gracias a una suscripción familiar con la que se pudo hacer frente a los gastos de impresión. Terminé de escribir la novela la madrugada del 3 de octubre. Puedo precisar con tanta exactitud la fecha en virtud de una circunstancia estrujante y dolorosa: esa misma mañana vino a mi casa la esposa de mi hermano Silvestre para pedirme que fuera a verlo en atención a que estaba muy grave. A la madrugada siguiente Silvestre moría; yo contaba, al terminar de escribir mi libro, con acudir inmediatamente a leérselo, pues él era un juez, implacable y magnífico. Esto ya no fue posible; en medio de la fiebre Silvestre apenas me reconocía y ya no me separé de su lado hasta que fue necesario acudir a la agencia funeraria para adquirir el féretro. Lo recuerdo con un dolor vivo y una angustia que no me abandona cada vez. No pensé más en *Los muros de agua* y no sometí este libro a la lectura de nadie hasta que, por insistencia de Rosaura y de mi primera esposa, la novela fue publicada el 10 de mayo de 1941.

La segunda edición de *Los muros de agua* fue publicada en el mes de marzo de 1961, fecha en que se cumplen mis veinte años de escritor. Pero no es ésta mi primer novela, así se trate, sin embargo, de mi primer libro propiamente dicho. Escribí antes de *Los muros de agua* (y esto debe ser por los años 37 y 38) una novela corta, *El quebranto*, de la cual sólo llegó a publicarse el primer capítulo en forma de cuento, dentro del volumen que forma *Dios en la tierra*. Los originales (sin copia) de *El quebranto* desaparecieron en la estación de Guadalajara, donde un buen ladrón se apoderó de mi maleta, sin duda con la esperanza de encontrar dentro de ella algunos objetos de valor: todavía no le arriendo la ganancia por su hallazgo. Bien; así fue y ya no tuve la presencia de ánimo para emprender la tarea de escribir nuevamente aquella novela.^[1]

Los muros de agua recogen algunas de mis impresiones durante dos forzadas estancias que debí pasar en las Islas Marías, la primera en 1932 y la segunda en 1934. La clandestinidad a que el partido comunista estaba condenado por aquellos años nos colocaba a los militantes comunistas en diario riesgo de caer presos y de ser deportados al penal del Pacífico. Yo no era de los más señalados por esta persecución: las cárceles no dejaron nunca de tener comunistas dentro de sus muros por aquel entonces. Muros de piedra en la Penitenciaría, en la Cárcel de Belem (que aún alcanzamos a conocer algunos camaradas de aquella época), en la Prisión de Santiago Tlatelolco, y *muros de agua* en la Isla María Madre, del archipiélago de Las Marías, en ese vasto y solitario Pacífico, que llegaba a convertírsenos en una inmensidad obsesionante a través de los largos meses de relegación.

Con todo, *Los muros de agua* no son un reflejo directo, inmediato de la realidad. Son una *realidad literaria*, una realidad imaginada. Pero esto lo digo en un sentido muy preciso: la realidad siempre resulta un poco más fantástica que la literatura,

como ya lo afirmaba Dostoievski. Éste será siempre un problema para el escritor: la realidad literalmente tomada no siempre es verosímil, o peor, casi nunca es verosímil. Nos burla, nos «hace *desatinar*» (como tan maravillosamente lo dice el pueblo en este vocablo de precisión prodigiosa), hace que perdamos el tino, porque no se ajusta a las reglas; el escritor es quien debe ponerlas.

Sí, las Islas Marías *eran* (no he vuelto a pisar su noble tierra desde hace más de veintisiete años) un poco más terribles de lo que se describe en *Los muros de agua*. La cuestión se explica porque lo *terrible* es siempre inaparente. *Lo terrible* no es lo que imaginamos como tal: está siempre en lo más sencillo, en lo que tenemos más al alcance de la mano y en lo que vivimos con mayor angustia y que viene a ser incomunicable por dos razones: una, cierto pudor del sufrimiento para expresarse; otra, la inverosimilitud: que no sabremos demostrar que aquello sea espantosamente cierto.

Llegué a esta conclusión durante una visita que fui invitado a realizar al leproso de Guadalajara, por el director del establecimiento, doctor B., en 1955. La experiencia era importantísima, por más torturante que resultara. Iba a examinar, a contemplar, a medir un horror concreto, el horror en una de sus manifestaciones más desnudas. Recordaba lo que se cuenta de Tolstoi cuando alguien le preguntó si él había visto, por *sus propios ojos*, algo semejante a lo que describe en *La guerra y la paz* cuando se entierra vivos a unos prisioneros mal fusilados. La respuesta de Tolstoi es toda una lección: no negarse jamás a ver, no cerrar los ojos ante el horror ni volverse de espaldas por más pavoroso que nos parezca. Tolstoi vio a esos fusilados; cuándo y cómo, no importa. Yo *tenía* que ver a aquellos leproso. No me resisto, pues, a transcribir los párrafos de una carta que le escribí a María Teresa, mi actual esposa, en aquella ocasión, porque precisamente lo que pude contemplar puso de relieve ante mí la frontera que existe entre la realidad y la literatura. He aquí esos párrafos, que comentaré más adelante desde el punto de vista de lo que considero *realismo* en la literatura:

Lo primero que vemos al entrar es un enfermo, sentado en una banca lateral, que saluda al doctor B. con una expresión afectuosa. Al mirarnos (los visitantes de «fuera») su rostro se hiela. Procuero examinarlo —dentro de la rapidez de la observación— lo más profundamente que puedo, casi con ansiedad. ¿Su reacción ante nosotros, los visitantes, los intrusos, ha sido de pudor? Pudiera parecer. El hombre se ha encogido levemente de hombros. Tal vez sea pudor —un pudor lastimado— o nada más desdén. Trato de descubrir qué encuentro de extraño en este leproso, dónde está la lepra, no la veo. Sin embargo, es un ser extraño. A primera vista, a segunda, no distingo nada, nada advierto, pero es indudable que hay *algo*. ¿Qué?

No, no es un hombre como todos los demás. Pero ¿en dónde está eso que lo hace distinto? De pronto me doy cuenta. Son los ojos. Absolutamente los

ojos. Nunca he visto ojos iguales. Muy grandes, muy abiertos, como puestos ahí en el rostro de un modo artificial, ajenos, ojos de vidrio. Cuando alguien abre mucho los párpados esto puede ser una reacción de sorpresa; hay otros ojos, también (como en el caso de los enfermos de la pituitaria), en que el globo simplemente se salta. Pero aquí es otra cosa. Los ojos de este leproso parecen no tener párpados, están al descubierto de una manera extraña e inmóvil, sin inteligencia, imbéciles y blandos.

Más adelante una especie de ciego pasea en el patio. No es precisamente un ciego. Se cubre con unas gafas negras y tantea el piso con un palo de escoba, con pequeños golpecitos telegráficos. Están ahí sus pies, vendados con hilachos. Sus pies a la mitad, tan sólo talón y un pedazo de empeine. ¿Habla? No; masculla entre dientes. Tal vez reza o maldice.

De un lado, casas de mampostería y barracas. Dentro hay algo así como vida familiar: un brasero humea, una mujer se peina, hay tiestos de geranios en las puertas. Una especie de vida, de copia, de imitación de la vida, porque todos son leprosos. Y los ojos, otra vez. Los grandes ojos sobrenaturales. Me pregunto si están tristes. No, de ningún modo. Ni siquiera resignados. Estupefactos, más bien, como si aún no pudieran reponerse de alguna sorpresa muy grande o no pudieran dar crédito a lo que les sucede, sin adquirir todavía la conciencia de que son leprosos.

No quiero sacar conclusiones apresuradas. Miro todos los rostros, busco cuál es el rasgo esencial —no estrictamente fisonómico—, sino el rasgo que me haga posible encontrar una síntesis de cómo son esos rasgos. ¿Será cierto lo que pienso? Creo que son rostros que han perdido la facultad de expresar; son máscaras, no dicen nada. A través de ellos no se podrían descubrir los sentimientos que en el común de los hombres son más o menos fáciles de establecer. No hay tristeza (y debe haberla profundamente), no hay desesperación (y debe ser insoportable); no obstante, son rostros que deben manifestar algo, pero debe ser en un lenguaje diferente al humano. No son caras humanas, de eso se puede estar seguro.

Lo más terrible, lo más desconcertante de todo es que hasta este momento aún no hemos tropezado con un rostro verdaderamente horroroso. No son horrorosos. Un poco asimétricos. Mucha gente no leprosa también tiene rostros asimétricos. ¿Entonces? Bien, lo que pasa es que el horror está por dentro. El horror radica en que no son horrorosos de un modo completo, sino apenas. Pálidos, con una palidez que jamás podrá encontrarse en ninguna otra piel humana que no sea la de un leproso; no es blanca, ni mate, ni ambarina esta palidez. Algo de la epidermis de un muerto que no está muerto, un muerto de varios días que ya no tiene sangre. Si a todo esto se le agrega el aspecto mexicano; sombreros de palma, huaraches, pantalones de dril, el conjunto adquiere una dimensión extrañamente realista, simple, natural y

pavorosa.

Estamos en el fondo del lazareto, en un terreno lleno de rastrojo aquí y allá. Uno o dos árboles, eucaliptos roñosos. Los enfermos usan el terreno para sembrar maíz.

—¿Por qué en lugar de eso —pregunto— no hacer un campo deportivo?
—El doctor B. ríe con indulgencia ante mi tonta pregunta.

—Pues el caso es que no se podría —replica con suavidad—; a casi todos los enfermos les faltan pedazos de las manos y los pies..., ¿a qué podrían jugar?

Me apena haber hecho una sugerencia tan imbécil.

Entramos en una sala donde se encuentran mujeres. Sobre la doble fila de camas están sentadas aquí y allá, conversando en una voz muy baja, que apenas se oye. La aparición del doctor es recibida con cariño. Casi a la entrada de la puerta hay una leprosa jovencita, como de veinte años. Descubro con sorpresa que todas ellas se han pintado los labios (después me explica B. que es a causa de una fiesta que habrá esta tarde). La joven leprosa es bella y sonríe con una especie de candor al médico. Pero en cuanto nos ve a nosotros clava la vista en el suelo, como si se hubiera caído toda entera, con una tristeza tremenda. Todavía el mal no cunde en ella al extremo de que su rostro no pueda expresar ya sentimientos. Queda ahí con la vista baja. La transición entre su alegría del instante anterior y esta congoja de ahora ha sido violentísima, instantánea. Nunca en mi vida he visto a nadie, a nadie, absolutamente tan triste. Y la leprosa es bonita, con la pintura artificial sobre las manchas amarillentas de sus mejillas y las manos que se entretienen obstinadamente jugando con sus dedos flacos de largas uñas.

Por la tarde será la fiesta en el teatro del leproso. Prometemos regresar y el que más se empeña en que lo hagamos soy yo.

Estamos en la puerta del teatro. Un grupo de hermanas de la caridad, todas muy feas, conversa en círculo, las cabezas cubiertas con las grandes tocas. Son como palomas —unas palomas sin belleza espiritual ni física—. La única bella resulta la madre agustina, que es una india fea con dos granos sobre los labios —acaso ya atacada del mal—. Resulta que cuando los curas la emprenden en tareas como ésta y otras semejantes, sus mejores auxiliares no están entre los católicos. Es un hecho sintomático que sea precisamente B., un comunista, sin dios y sin religión, quien le preste la mayor ayuda, la más desinteresada, al padre B., que se ocupa del lazareto.

Las mujeres leprosas forman también un círculo a la entrada del teatro. Lo de los labios pintados es desolador, tremendo. ¿Por qué, con aquellos rostros de leones, con aquellos ojos redondos? Y ahora, de pronto, doy con el secreto: ¡eso mismo! Ahora me doy cuenta de lo que hay de extraño en los ojos: probablemente no es que se muestren muy abiertos y como sin párpados, sino

que se hacen redondos, circulares, pierden su aspecto rasgado y se van haciendo como los ojos de los monos, pero peor aún. Los labios pintados, entonces, añaden un toque de extravío a las expresiones, como cuando se decora un cadáver.

Entre las mujeres hay una niña que podría tener quince años. Un cuerpo menudo, pequeñito, de espaldas muy estrechas, con una pañoleta de colores que le cubre la cabeza y un vestido verde con caprichosos dibujos negros. La niña está de espaldas y la pañoleta le cae por detrás, sobre el vestido de artisela corriente. Se vuelve de pronto. No es una niña, es una mujer adulta, con mapas morados en el rostro y los dos ojos de espanto, sin órbitas.

Llegan las señoritas del Patronato, jóvenes de la sociedad tapatía. Dos o tres muy guapas. Todas —excepción de la que parece ser principal— bien vestidas, como generalmente viste la mujer de Guadalajara. Sonríen con dificultad, a lo que me parece; inquietas, sin mezclarse. El padre B. aparece luego y todo el mundo acude en tropel a encontrarlo. Dos leprosos, uno con un violín y otro con una guitarra, le tocan las mañanitas. El del violín apenas puede tocar y saca de las cuerdas una música alucinante, con movimientos dificultosos del brazo, como títere roto, el rostro con una sonrisa descompuesta, absurda, agradecida.

En el interior del teatro las leprosas se sientan a un lado y los leprosos en otro. Ramón Rubín y yo permanecemos de pie, entre dos mujeres enfermas, simples y pálidas.

Ahora, mirando a todos juntos, me doy cuenta en qué consiste el horror que hay en ellos, el horror que inspiran. Simplemente, se trata de un horror *diferido*, un horror a punto de ser. Aquí puedo examinar, de un modo progresivo, el proceso de la distorsión de las caras, desde el principio, al comienzo de la monstruosidad, hasta la monstruosidad perfecta. Hay toda la gama. Están aquéllos —y aquéllas— cuya nariz es casi natural, casi humana. Luego vienen los que ya la tienen un poco hundida, y finalmente aquellos a quienes nada más les queda en el rostro una simple, redonda, carnosa esferita en medio de las grandes mejillas de durazno sin color. Parece ser que el tabique de la nariz se les va hundiendo hacia dentro del rostro. Entonces cobran un auténtico aspecto de esas figuras de Goya (en *Los desastres de la guerra*).

Se aproxima a mí una pequeña monstruo, solícita, que me tira de la manga suavemente. Tiene la cabeza torcida sobre uno de los hombros, el cuello protuberante, enorme, morado, con la apariencia de una vejiga inflada, el rostro plegado en distorsiones escrofulosas. La cabeza es muy grande sobre un cuerpo pequeño, deforme. Aquí no es Goya. Aquí es una figura de Brueghel, que posiblemente no sea tan espantosa, con todo, como alguien pudiera imaginarla, pero que causa una sensación de inmensa soledad, algo

que le hace sentirse a uno muy solo. —¿Por qué no se sientan? —me pregunta tierna, afectuosa, la monstruo de Brueghel. Su solicitud, su urbanidad, son lo que causan una sensación de vértigo, unos deseos de llorar, por lo insólito, por lo que no se concilian con el aspecto de animal horrible que tiene la mujer. Rechazo la invitación, del mejor modo, porque en otra forma no podré observar. Desde un principio no puedo dominar una sensación de vergüenza —por el hecho de que mi estado de ánimo es fríamente analítico, sin la menor emoción—. La mujer de Brueghel aumenta este remordimiento. Me siento como si estuviera robando a los leprosos. Sé que más tarde (cuando describa lo que veo hoy), voy a sufrir (como en realidad ocurre); pero mientras estoy entre ellos me concentro de un modo absoluto en su observación, sin que sienta compasión, piedad, nada.

No pierdo de vista a uno de los monstruos, el que me cautiva más. Se trata de los pedazos de un hombre, a lo sumo. Le falta una pierna; los dedos de las manos no tienen ya sino la última de las falanges. El rostro..., pues el rostro es casi indescriptible. Sufro al recordarlo. Ojos de batracio —esos dos círculos perfectos, hundidos, no saltones como un sapo o una rana, así que justamente sin semejanza alguna con los batracios—, la frente protuberante pero con los huesos quebrados, como si estuviera compuesta de pequeñas losas dispuestas; la nariz en medio de los ojos. ¿Recuerdas las mujeres de *Tata Jesucristo*, de Goitia? Eso mismo, Tata Jesucristo. Luego fuma. Tata Jesucristo fuma y ríe con una mueca. Probablemente no sea sonrisa. La mutilación de sus dedos y de aquel pie no es una mutilación, no se siente; es decir, como ocurre con alguien a quien han cortado alguna de las extremidades. Se ve que aquello, simplemente, se *ha caído*, se ha desprendido igual que una hoja seca o como la ceniza de un cigarro. Es como si este hombre retrocediera dentro de sí mismo, cada vez con menos terreno en qué esconderse dentro del cuerpo, cada vez con menos espacio: ahora una pierna, ahora los dedos del pie, ahora el empeine, algo así como si este retroceder, este replegarse, fuese una lucha desesperada en que un demonio se iba apoderando de él, hasta quitarle el rostro y poner su propio rostro ahí encima de aquel otro que habrá sido antes de la enfermedad.

Una mujer, no lejos de mí, lleva un niño entre los brazos, que trepa por encima de su hombro, gordezuelo. Pues bien. ¡Nada de gordezuelo! Es sólo la carita de un pequeño gatito montés, un niño con lepra. La mujer me mira, indiferente. Indiferente al parecer, porque algo debió notar en mi expresión y entonces sobre la máscara de su rostro ruedan unas lágrimas, desconectadas en absoluto de lo que acostumbramos ver como dolor, unas lágrimas ajenas, que alguien soltó desde atrás de los ojos —no la mujer actual, enferma, sino esa otra mujer que tuvo alguna vez un rostro, una cara, y que podía manifestar algo.

Anuncian el primer número de la fiesta. Alguien —un enfermo ofrecerá el homenaje al padre B. Ya éste nos había hablado del hombre: un abogado que tuvo cierta posición, dinero, cultura.

El orador leproso lleva una mano vendada, la mano que tendrá carcomida. Uno de sus pies sin zapato. Bueno, también sin pie. Tiembla, con un papel en las manos, donde lleva las notas de su discurso. Sus ojos fulguran. Bajo la guayabera, el torso se hace súbitamente ancho, sin soportes, como si se adivinara que está a punto de desintegrarse. El rostro es ancho abajo de las mejillas, el aire resuelto. Comienza a hablar. Primero se advierte que el discurso es memorizado; las palabras están aprendidas. Pero en seguida se deja llevar por la inspiración y habla conforme a lo que se le ocurre.

—Nosotros, los discriminados —dice—, los discriminados hasta después de muertos..., los seres a quienes nadie resiste ver...

Me estremezco. Aquí, en este hombre, hay conciencia de la lepra, una conciencia inteligente, y es lo que me conmueve. De pronto, advierto lo que hay de pavoroso en el abogado enfermo La voz. Es cavernosa, interior, sale desde muy dentro. Pero sale después de las palabras, no coincide con las palabras, y cuando éstas terminan de enunciarse, aún la voz queda temblando en el aire, ronca, airada, llena de enojo (un enojo bueno, amargo, desolado). Termina su discurso con un poema compuesto por él en honor del padre B. Recuerdo una imagen del poema: habla de que Dios hace arrancar melodías a los bosques, como si pulsara un inmenso laúd.

En seguida viene un juguete cómico al que anuncian como *El cuento de la loca*. Aterrador. Nada menos que aterrador. Reflexiono en aquello. Quienes organizan este festival —bien, es el espíritu del mexicano— han perdido el sentido de las proporciones del horror. Creo que para nosotros, los mexicanos, no existe el horror: de tal modo estamos acostumbrados a él. Nos fascina Coatlicue. Los niños, para jugar, se ponen esas horribles máscaras de hule que, ahora me doy cuenta, no son sino de leprosos. ¿Dónde se puede ver que esto sea un juego y una diversión? Sólo entre nosotros. Somos un país increíble. De demonios.

El juguete cómico en cuestión es un relato, en verso, que hace una loca de su vida. Los versos son paradojas, muy al estilo mexicano, del monstruoso humor mexicano, como ése del tren que descarrila y que se goza en imágenes como el maquinista sin cabeza, el fogonero con las tripas fuera, que si las juzga uno con objetividad, colocándose fuera (aunque a uno mismo le encanten), resultan de una comicidad de locos o de criminales. Bien, la loca hace broma de que el manicomio donde está encerrada es un infierno y describe entonces que tiene un magnífico colchón de suelo, una cobija de aire, que come hermosas piedras y recibe estupendos golpes.

Bueno. Lo extraordinario es la *mise en scène*. Sentados en círculo, a

medio foro, se encuentran hombres y mujeres desgredados, en harapos, que beben en sendas botellas, haciendo gestos y golpeándose unos a otros. Atrás, en una silla, desempeñándose como mudo comparsa, se encuentra un leproso tocado con un sombrero michoacano. Gira el rostro a un lado y otro, como los «graciosos» de las comedias españolas del Siglo de Oro. Comprenderás qué clase de «gracioso» de pesadilla. Al centro de la escena, de pie, la loca declama, vestida con una bata de colores, remendada con trozos de diferentes telas, en la cabeza una peluca hirsuta, a lo Groucho Marx, y encima de la peluca un cedazo. No se puede decir quiénes de los actores —fuera del «gracioso»— son enfermos. La misma «loca» parece no ser leprosa. Recita los versos con grandes ademanes y arranca carcajadas al auditorio... Aquello termina. La loca da las gracias. Por debajo de la bata lleva grandes zapatones de hombre. Es decir, un solo zapato. El otro pie, carcomido, está envuelto en trapos. La loca se inclina y luego se aleja cojeando.

Bien. Yo había contemplado una realidad. Pero dudo de que esa realidad pudiese ser transformada en una ficción literaria convincente. Era excesiva, superabundante.

Con esto quiero decir que un realismo mal entendido, que un realismo espontáneo, sin dirección (el simple ser un espejo de la realidad), nos desvía hacia el reportaje *terriblista*, *documental*. La realidad necesariamente debe ser ordenada, discriminada, armonizada dentro de una composición sometida a determinados requisitos. Pero estos requisitos tampoco son arbitrarios; existen fuera de nosotros: son, digámoslo así, el *modo* que tiene la realidad de dejarse que la seleccionemos.

Dejarse la realidad que la seleccionemos. ¿Qué significa esto? Significa que la realidad tiene un movimiento *interno* propio, que no es ese torbellino que se nos muestra en su apariencia inmediata, donde todo parece tirar en mil direcciones a la vez. Tenemos entonces que saber cuál es la dirección fundamental, a qué punto se dirige, y tal dirección será, así, el verdadero movimiento de la realidad, aquél con que debe coincidir la obra literaria. Dicho movimiento interno de la realidad tiene su *modo*, tiene su *método*, para decirlo con la palabra exacta. (Su «lado moridor», como dice el pueblo.) Este *lado moridor* de la realidad, en el que se la aprehende, en el que se la somete, no es otro que su lado *dialéctico*: donde la realidad obedece a un devenir sujeto a leyes, en que los elementos contrarios se interpenetran y la acumulación cuantitativa se transforma cualitativamente.

¿Cómo tomar la realidad de los leprosos en el sentido de su coincidencia con la realidad de la vida, con la dirección interna del movimiento verdadero de la realidad? No se trataba, desde luego, de una realidad desdeñable. ¿Por qué debía serlo? No hay nada de la realidad que deba serle ajeno al escritor. Pero si se tomaban estos hechos indiscriminadamente me temo que no se pudiera ir a ningún lado. (Claro que se trata de otra cosa cuando los críticos escandalizados y mojigatos acusaban a Huysmans de ser el Museo Dupuytren de la literatura; por otra parte, sin embargo, se queda uno

perplejo ante el horror nihilista, sin medida y sin propósitos de Louis Ferdinand Céline en su *Viaje hasta el fin de la noche*.) Tomar ese material vivo, doliente, desquiciante de los leprosos..., pero, ¿cómo? Se me ocurre que tan sólo en el aspecto en que no eran leprosos, en el aspecto en que la vida no es lepra. Pero aquí hay mucho que esclarecer todavía, porque ya veo a los filisteos antiviviseccionistas de toda clase apuntando con el dedo sonrosado: ¡Eso, eso, la vida alegre, feliz, optimista, risueña, encantadora! No, no; tampoco se trata de eso, y de eso menos que de cualquier otra cosa. Tomar a los leprosos en lo que no tienen de leprosos, porque, en efecto, la vida no es la lepra, pero más aún, sin que dejen de ser leprosos, porque la vida *todavía* está en riesgo de caer en la lepra, y ahí están, para testimoniarlo, las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. Ésta es la cuestión, sin duda.

Me he apartado, evidentemente, de lo que quería decir sobre *Los muros de agua*.

La bien intencionada malignidad de algunos críticos sostiene que se trata de mi «mejor» novela. Resulta que para los escritores mexicanos cada vez se nos hace más difícil estar de acuerdo con nuestros críticos y no voy a intentar aquí una autovaloración de mi trabajo, que resultaría más que prematura, cuando me queda tanto por escribir. Baste dejar dicho que considero *Los muros de agua* como una intención, como una tentativa.

Intención, tentativa de lo que considero realismo. No el realismo de quienes se someten servilmente a los hechos como ante cosa sagrada (el realismo de un buen reportero, digamos, aquí sí exigencia necesaria del oficio, y yo he sido reportero durante largos años); ni el realismo pletórico de vitaminas, suavizado con talco, entusiasta profesional, gazmoño y adocenado, de los que a sí mismos se consideran «realistas socialistas». Un realismo materialista y dialéctico, que nadie ha intentado en México por la sencilla razón de que no hay escritores que al mismo tiempo sean dialéctico-materialistas.

El empeño no es fácil de ningún modo, y por eso *Los muros de agua* quedan en una tentativa. Pero ¿acaso lo he logrado con mis novelas posteriores? Parece ser que no, aunque tampoco estoy muy lejos de lograrlo.

Creo, por otra parte, que sólo sobre la línea de este realismo dialéctico-materialista se podrá llegar a escribir en nuestro país la gran novela mexicana. No hay otro camino y esta posición mía no es dogmática. Basta examinar el panorama de nuestra literatura. Por un lado, las producciones más «avanzadas» no logran salir de los marcos del revolucionarismo democrático-burgués, y las que intentan penetrar más hondo en la realidad del hombre todavía no pasan del psicoanálisis.

A romper estas limitaciones que padece nuestra literatura es a lo que tiende mi trabajo literario, y a romper los moldes sociales que traban el desarrollo humano es a lo que tiende mi actividad de militante marxista-leninista.

México, marzo de 1961

Los muros de agua

A Ricardo Cortés Tamayo

A Luis Mondragón V.

I

¿A qué lugar podría ser? El reloj amarillo, de la torre, los árboles, aparecieron como un rompecabezas, como un haz de tarjetas, desarticuladas, y luego todo quedó oscuro, impenetrable y silencioso dentro del carro, cuya puerta sonó con ruido de cadenas. Más tarde ya no eran sino los edificios de la ciudad, entrevistados por la estrecha claraboya; edificios de erigida ceniza, rectos, unitarios, pues ya no había esquinas y todo se había tornado un muro, una calle sola y larga, cargada de infinito.

¿A dónde? ¿Con qué rumbo? ¿Si al menos pudieran adivinarse el sentido, la orientación...! Pero el carro iba de izquierda a derecha; parecía, luego, tornar sobre sus propios pasos, como rectificando, y después continuaba en su vértigo, ciego, carente de certeza, desgobernado y sin propósitos, como un carro de la noche, que caminara sin fin. ¿A dónde? ¿A qué destino?

Dentro sólo se oía el ruido sordo del motor y la respiración desacompasada del grupo informe, ni siquiera adivinado —el grupo de «políticos»—, que aguardaba ahí lleno de inquietudes, en la oscuridad. ¿Llovía? Debía llover porque de las llantas del carro brotaba un rumor como de arena, suave y de una tranquilidad insólita, que no se comprendía. Un rumor acariciante y lleno de consuelo. Bastaba oírlo con atención para que todo el resto —la oscuridad, las torturas, el peligro— se olvidase. En las tardes de llovizna ligera, cuando llueve con sol —y pagan los avaros, se dice—, la tierra comienza a despedir un olor fresco, un olor vegetal de cortezas jóvenes y tallos vigorosos. Entonces los automóviles de la ciudad caminan más despacio, voluptuosamente, y de sus neumáticos surge un ruido favorable, descansado, inactivo y dulce. Es el rumor del agua viajera, sin fango, sin malos propósitos, que baja de las nubes inocentes con el solo fin de dar más luz a la ciudad y acentuar sus tonos claros, sus imposibles cercanías. Sin embargo, cuando la llovizna juvenil se transforma en aguacero, en alguno de esos aguaceros violentos, roncós, que revuelven el paisaje y lo enturbian de amarillo con su barro y con las pisadas sucias de sus mil transeúntes, cuando eso ocurre, entonces el rumor de los neumáticos sobre el pavimento degenera en chapoteo; la suavidad y la blandura pierden ligereza; se asiste a un ruido lóbrego, como de enfermedades y desgracias, y el alma vuélvese aprensiva, taciturna, como si del inminente cielo fuese a descender un mensaje final e inapelable.

Dentro del carro, por eso, el rumor no podía tomarse hoy sino como un invento, como una fantasía, como algo que estaba ahí contrariando al destino, desafiando a la fatalidad, oponiéndose a la ya prevista trayectoria. Una trayectoria de postigos cerrados, de horizontes prisioneros, donde no se imaginaba siquiera la esperanza, el anhelo no tenía sitio, y únicamente, latiendo, estaban el miedo y el rencor.

La realidad, como un fardo pesado, era más violenta que cualquier ensueño: de pronto el rumor suave, el rumor tranquilo, monótono, se transformó: ya por la estrecha claraboya podía verse sólo una mancha inexpresiva y sin estrellas, y abajo, en los neumáticos, había nacido un tacto misterioso que palpaba la superficie brusca

y desconocida, el agua espesa, el sitio desolado por el fango, hollado por la soledad de las cosas lejanas.

¿Dónde se encontraban? ¿Habían dejado la ciudad? ¿Estaban fuera de dónde y en qué sitio?

La primera voz que rasgó el silencio —lo rasgó, en efecto, porque era un silencio de tejidos, de espesos mantos— fue la de Rosario. Se oyó como algo que rompía ese cordel tenso de la angustia, ese vacío terrible donde no cabían siquiera las respiraciones:

—¿A dónde nos llevan...? —dijo, emitiendo las primeras, las anheladas ondas vivas de lo primero humano que se oía.

Sin embargo, todos, al mismo tiempo, temblaron. Precisamente un temblor de las piernas y de las gargantas, una sustancia que se derramaba por el cuerpo, enfriándolo y calentándolo a la vez.

—¿A dónde?

¿A dónde, sí? Ernesto sintió cómo aquellas palabras le habían caído hasta el vientre, resonando, como si se tratase de una caja acústica. ¿A dónde? Y la voz pegaba en un tambor medroso, repitiendo y dejando caer en el cuerpo la sustancia febril, cálida y fría, que estorbaba en la garganta y hacía de la lengua un cuerpo rasposo, grande, torpe, ¿A dónde? ¿A dónde? «Van a matarnos», pensó. Pero en seguida: «No, es imposible.»

En la oscuridad del carro —ahora sí completa, sin resquicios— se oyeron los movimientos gruesos, abultados, del sargento, que protestaba por aquella pregunta indebida. Luego, inimaginablemente, el golpe:

—¡Cállese, vieja hija de tal...! —a Rosario.

Una corriente metálica, que sabía a hierro, a materias oxidadas, atravesó las venas de los prisioneros. Era el miedo.

No podía verse nada. El sargento era del tamaño de las tinieblas y todos se encogieron, esquivando las cabezas como si una mano plural fuese a caerles encima desde luego. Después respiraron fuerte, sin detenerse, a la carrera, como a punto de llorar. Era, quizás, un llanto inverso, un llanto hacia las entrañas, hacia esas otras tinieblas interiores donde las lágrimas, acaso, no harían tanto daño.

El sargento rasgó la caja de cerillos y después de una chispa azul pudo verse aquel rostro desencajado, tenebroso, que trataba de imponer su dominio. Las mejillas le colgaban a ambos lados y los ojos miraban en torno como perseguidos y, al mismo tiempo, capaces de perseguir tenazmente, hasta la locura.

«Miserable», pensó Ernesto apretando los dientes. Pero como contrabalanceando el adjetivo, apuntó la certeza terrible: «Sí, acaso nos maten...» Luego intentó descubrir el cielo negro, apenas distinto a las tinieblas de ahí dentro: «Es muy probable», se repitió.

En un relámpago —al encender la chispa de luz el sargento— Ernesto pudo observar la figura de Rosario. Estaba inclinada, el mentón sobre el pecho, terca, sin

llorar.

«¿Por qué no me he atrevido a decir nada?», seguía Ernesto. Y una vergüenza infinita se apoderó de su ser; algo como una gota de plomo derretido que cayó en el fondo, mordiéndole tejidos y visceras, tabiques orgánicos. «¡Y yo...!», se dijo finalmente, encogiendo los hombros con desolación.

El motor del carro, por su parte, mudaba de ritmo. De sus inexplicables pulmones de vapor salían toses roncacas, estertores. Iba a detenerse, había llegado a un sitio. ¿Pero a cuál?

Afuera se escuchaba un rumor confuso de muchedumbre en una ceremonia, de voces apagadas, inseguras; de paciente, gobernado caminar.

—¡Estamos listos! —gritó el chofer dirigiéndose a un personaje inaudito y próximo, invisible y desconocido, que estaba ahí, del otro lado, o quién sabe, a lo mejor en ningún lugar del mundo.

—¿Listos?

El motor detuvo su marcha y las cosas empezaron a cobrar una especie de estabilidad, de firmeza increíbles.

—¡Listos!

El silencio no era limpio. Tenía esa virtud estorbosa y difícil del aire cuando el humo de las chimeneas lo hace impuro, inexacto.

—¿Los cuatro?

Y aquel humo era una especie de murmullos, de correr apagado de palabras sin rumbo, a ras del suelo, como la niebla en los amaneceres.

—¿Junto con la vieja?

Sólo este diálogo se escuchaba en la oscuridad y en el telón de fondo de las voces se presentía como una selva gruesa, unida, de multitud expectante, que elevara preces arrebatada de un pavor silencioso.

Los prisioneros del carro, ante esto, aguardaron, quién sabe por qué, a que una luz, una luminosidad se insinuase por la claraboya aclarando los enigmas y disipando la angustia. Era preciso. Era preciso que sobre los corazones quebrados por la desolación, por el desprecio, cayese la luz, se abriese una bahía de transparencia donde los ojos pudieran cerrarse con tranquilidad, esperanzados en algo nuevo y lejos de las sombras.

De súbito las voces cesaron, separadas de lo orgánico por unas tijeras descomunales y carentes de ruido, por unas tijeras de goma. En seguida, sobre los charcos, el caminar de unas botas rompió pastosamente, igual que las pezuñas insomnes de las bestias nocturnas.

Sin embargo, otra vez:

—¡Aquí están ya, mi jefe!

—¡Muy bien!

A esto siguió un caminar nutrido, disciplinado, rítmico, de hombres que se movían inexorablemente: sin duda los soldados.

—¡Que salgan! —ordenó la voz.

Afuera llovía, en efecto. Una lluvia pareja y penetrante, como cortina. El paisaje era de tinieblas que se superponen unas sobre otras, como escalones a cuyo pie estallaba, de sangre amarilla, un farol. Y en torno del farol —de los faroles— una caravana harapienta, sucia, como si las tinieblas fuesen, en realidad, de pasta negra, y los hombres se encontraran cubiertos por materias oscuramente impermeables y sombrías. Alrededor de las caravanas, las tinieblas, como un océano, eran capaces de movimiento, y en el fondo de ellas, como en una bodega de cadáveres, había rostros, centenares, miles de rostros femeninos que gemían, que estaban ahí, en un ritual extraño donde el dolor era primitivo e impotente.

De aquellos rostros salían preguntas impersonales, fantásticas; preguntas que parecían interrogar al mar por cada uno de sus naufragos:

—¿Vas ahí, Pedro Martínez...?

Y alguna voz anónima, que sabía de algo:

—¡Aquí no va ese gallo...!

O si no:

—¡Búsquelo con los de la «D»...!

Las mujeres que interpelaban así, como si preguntaran al destino, así, como si estuvieran frente a un dios monstruoso de mil cabezas, recorrían todos los lugares atravesadas por una locura racional, repitiendo, con insistencia de campanas:

—¿Estás ahí? ¿Estás ahí...?

Cuando sobrevenía el encuentro; cuando por fin, el hombre «estaba ahí», era como una súbita, hiriente claridad eléctrica; como una puñalada de metales agrios; como si parieran otra vez, pero sin fruto y sólo el vientre, de par en par, quedara con un lamento.

Después dialogaban a gritos:

—¡Escríbeme llegando...!

Luego:

—¡Ahí te va esta cobija...!

Y también:

—¡Mañana meto el amparo! ¡Veré al licenciado...!

La voz del prisionero se quebraba como un vidrio corriente, al responder:

—¡La de malas...! Pero no te apures...

Únicamente.

Sí, sólo estas palabras. ¡Cuántas cosas más dirían...! ¡Cuántas otras recomendaciones...! Sobre la fidelidad, sobre el amor: «¿Me querrás toda la vida? ¿Sabrás esperarme?» Pero un «macho» no debe ser tan sensible. Un «macho» parte así nomás, con un ligero, bronco temblor en la garganta.

Ernesto salió el primero y tras él Marcos, Prudencio, Santos. Finalmente Rosario. El cuerpo de Rosario brincó, elástico, permaneciendo después junto al carro, bajo la lluvia. Los rodeó un grupo de hombres con sombrero tejano y se escucharon luego las

voces:

—¡Conque éstos son los líderes...!

Los hombres de tejabo se desdibujaban con las linternas; aparecían como si unos cristales convexos los revolviesen, les partieran la silueta a la mitad, quebrando las piernas en los charcos, y el torso, el pecho, las cabezas, sobre la concavidad inenarrable del cielo.

No se veían sus rostros. Sólo frente a ellos las cinco caras pálidas del «grupo político», cegadas por la luz.

Los hombres de tejabo tenían una máscara inexpresiva, sin facciones, y de esa máscara brotaban insultos, órdenes.

Por ejemplo:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Sácate las manos de la bolsa!

Una orden absurda, estúpida, que partía del hombre más grueso, seguramente jefe.

Y sin que mediara espacio entre una y otra frase:

—¿Qué no me oyes? ¡Te estoy hablando!

Colérico, al fin:

—¡Con una tiznada! ¡Quítate el sombrero, que te estoy hablando!

Ernesto dirigió una mirada tonta, vaga, lastimera, a los hombres sin rostro. Como en un sueño entendió que aquellas palabras estaban dirigidas a él. «Que me quite el sombrero.» Lentamente, sin darse cuenta de lo que hacía se llevó la mano a la cabeza descubriéndose. «¿Era necesario esto?», se le ocurrió. «¿Por qué no protesto?» Tornó entonces a mirar, indefiniblemente, a los hombres sin rostro.

—¡El sargento le pegó a la compañera...! —dijo atropelladamente, temblando—. Le pegó a la... señorita —y señalaba al azar.

Tampoco pudo explicarse por qué dijo tal cosa. Acaso sólo para tranquilizar su conciencia, inquieta por las humillaciones sufridas. No podría decirlo. Su cerebro estaba amortiguado como por un vaho de irrealidad en que bailaba una idea también vaga, soñolienta, tan inofensiva que parecía referirse sólo al sueño, al deseo de recostarse y dormir, descansar. «¿Nos matarán?», preguntóse. Y entonces comprendió que esa idea vaga, soñolienta, era la de la muerte.

La máscara del hombre grueso arrojó gotas de saliva.

—¿Y qué? —gritó—. ¿Te importa esta mujer? ¿Eres su querido? ¿Tú la mantienes?

Ernesto no acertó a responder. Había sentido como un latigazo en pleno rostro.

—Es nuestra compañera... —balbuceó—, la compañera de nosotros...

De nosotros. Había querido decir con la palabra nosotros mil cosas lejanas, mil cosas vivientes, cálidas, enaltecidas. Mas la palabra surgió sin vigor, vergonzante, gris. Ernesto se lamentó con toda el alma y su vergüenza fue mayor porque, sin verlo, adivinaba el rostro hermoso, digno, de Rosario, que estaba atrás, respirando en medio de la lluvia como una planta querida, como un ser íntimo y suyo.

«¡Su querido...!», pensó con tristeza.

—¡Te vamos a dar a ti tu entrada, cabrón! —seguía el jefe—. ¡Tu buena entrada...!

Entonces Ernesto experimentó unos deseos enormes de dormir, de estar echado donde fuese, en el barro mismo. Al propio tiempo, y de una manera obsesionante, la figura de Rosario le aparecía como algo muy lejano, que no podría alcanzar nunca, como algo que flotaba, vaporosamente, encima de las cosas. Empero, todo lo pensaba distante y no solamente a ella. En el fondo carecía de fuerzas para imaginar las cosas próximas y para percibir si la vida misma existía. Era imposible darse cuenta, en realidad. Todo estaba envuelto en la confusión, en el silencio, aunque al mismo tiempo los hechos aparecían precisos y el transcurrir del tiempo era extraordinariamente sustantivo, individual, como si la vida se observase con otros ojos pedidos en préstamo a una persona espantosamente despierta.

Por encima de las corolas negras que eran los sombreros, no lejos, avanzaba una masa rítmica, espesa, de otros deportados. Pero lo asombroso era que todo aquello transcurría en silencio, como si se tratara de un *ballet* donde no debe hablarse y donde la vida se reduce a signos, a visualidad pura. De aquella multitud verdadera no podía saberse nada, ni sus dimensiones, ni su sonido; nada, excepto que venía marchando, como en un duelo singular.

Las linternas que estaban con los cinco prisioneros, las linternas que hacían del rostro de Rosario una figura exaltada, de líneas puras y ojos fulgurantes, giraron de pronto para caer sobre una vía de ferrocarril donde aparecieron los carros-caja, rojo oscuros, claveteados de tablas, como cuando se transportan animales. A ellos se dirigía la caravana y, de súbito, cobró el aspecto de una tribu mística, dirigida por alguien a un punto de castigo, oscuro. Una tribu. Una tribu arrancada de cuajo a los valles bíblicos, a lo permanente, a lo estable y que llevaba a costas, materialmente, su vida. Sí. Porque cada hombre cargaba con un fardo inverosímil: cazuelas, sartenes, cucharas, colchones, y sobre la cabeza, dos o tres sombreros, superpuestos como una vieja pirámide del valle mexicano.

Empezaron a subir, sin ruido todavía. El ruido era un elemento tácitamente desterrado, que no se imaginaba en medio de todo aquello, tan solemne. Sin embargo, del primer carro partió un gemido, tímido al principio. Se trataba de un gemido que parecía salir del pecho de un niño, pero que salía, al contrario, del pecho de un hombre. Su área se iba agrandando en las tinieblas como si en la mitad de aquel estanque que era el aire hubiese caído una piedra. Mas al revés de cualquier piedra en un estanque, esos círculos del llanto se acentuaban, ganaban claridad, penetraban por los oídos para detenerse en la garganta como un nudo, como un grueso obstáculo. Por fin de ahí salían palabras:

—¡No me lleven, por Dios...! ¡Por Dios, mis jefecitos...!

Era un hombre. Una voz de hombre.

La linterna del jefe no se hizo esperar para caer sobre el carro de donde partían

los gritos. Su círculo de luz subía y bajaba, revisando, a tiempo que la propia exclamación brutal:

—¡Callen a ese jijo de la tiznada...!

La orden rebotó en el viento hasta llegar a los esbirros diligentes, negros, que estaban junto al carro-caja. Por un segundo aún la queja se escuchó, pero inmediatamente fue suplantada por algunas cosas bruscas que ocurrían allá dentro, por algunos movimientos radicales, sin misericordia, que la dejaron asfixiada como bajo una montaña de trapos.

Santos, Ernesto, Prudencio, Marcos —comprendiendo— inclinaron la cabeza. Rosario prorrumpió en sollozos.

El agua resbalaba sobre sus cabezas deteniéndose en las cejas, y parecía, entonces, como que las frentes lloraban, y unas lágrimas remotas, colectivas, viniesen a juntarse ahí, en los rostros. Los cinco hacían un grupo triste, pobre. Marcos con los ojos interrogantes, el minuto aquél colgándole de los hombros, cual si fuese el minuto más espeso y negro de su vida; Prudencio, anguloso, sin expresión; Rosario, como desnuda bajo el agua. ¡Y Ernesto...! ¡Y Santos...!

La irrealidad del mundo se agravó entonces. Unos algodones sonámbulos, de sueño, les taparon los oídos para que las voces llegaran sin relación, desconectadas de la tierra:

No, señores...

¿Señores? ¿De dónde podía salir tanta urbanidad, ahí, en ese instante sin equilibrio, en ese instante desnudo?

No están autorizados los periodistas a permanecer... Les rogamos.

Luego la voz de una vieja:

Dispense...

Y se interrumpía.

¿No irá en la cuerda Julián, un jovencito él...?

Aquí van muchos jovencitos. Y no por buenos...

Después el silencio.

¿Qué iba a ocurrir? ¿A dónde terminaría la jornada de espanto? ¿Bajo qué cielo?

Los cinco camaradas se miraron a los ojos.

Se había acercado la hora de partir.

II

El vagón de ferrocarril donde fueron arrojados no tenía límites, no tenía dimensión alguna. Porque durante aquella noche todo sucedía como en el infinito, sin paredes y sin estrellas. En el interior del vagón se podía caminar, a la ventura, durante un siglo entero, ya que no existe nada más vacío y eterno que la ceguera. Y el mundo estaba ciego, ausente de ojos, mientras la lluvia, golpeando, batiendo, era llorada ¡quién sabe!, por fuerzas inconmensurables, acaso por turbios ojos celestes de ángeles, allá arriba.

Rosario cayó hasta el rincón. Sola. Más sola aún porque su cuerpo perdió las fronteras y se tornó también de oscuridades, ignorado. La oscuridad, no obstante, le removía cosas primitivas, ahí, en el fondo, en las paredes más inferiores del recuerdo.

El vagón aquel tenía un cierto olor de agua, que se asociaba a lejanas referencias en la propia vida de Rosario. Porque el agua huele; cuando deja de ser fresca y corriente, cuando enmudece y es como si cerrara los ojos, comienza a cobrar un olor envejecido, de agua turbia. Y aquí este olor era muy semejante a otro, de muchos años antes, que Rosario había experimentado cuando aún su vida estaba encadenada a un despótico y desconsiderado servilismo doméstico, en casa de su tía Clotilde. Recordaba entonces los castigos que le imponían: azotes con una vara de membrillo, baños de agua fría, y particularmente —a influjo de este olor de agua turbia y humedad envejecida—, el «cuarto de las monjas», la cárcel familiar, donde la colérica tía le daba encierro como respuesta a sus dudosos pecados.

Agua y oscuridad removían hoy en Rosario los primitivos y enormemente antiguos temores que esconde, en su fondo, todo corazón. Temores que, por antiguos, son apenas de un pasado que puede comprenderse en una vida, en unos cuantos años: la infancia o los primeros días. Por asociación maléfica, aparecieron entonces ante su vista las coléricas escenas de familia y la voz rotunda de Clotilde, con su fanático rostro inquisitivo:

—¿Lo volverás a hacer?

En ocasión de alguna falta.

Rosario permanecía callada, o si no, balbucía, ahogando el pecho por la convicción de la terrible injusticia:

—¡Si no he hecho nada malo...! ¡Nada!

Lo cual hacía que a Clotilde se le ensangrentaran los ojos, y la histeria desenfrenada de su voz estallara en gritos, como herida en todos los costados por lebreles con rabia.

Después de un centenar de insultos, la letanía de lamentos, quejas, reproches, para rematar:

—¡Pues te me estarás ahí, encerrada!

«¡Ahí encerrada!», en aquel sitio sin medida, en el «cuarto de las monjas». Ahí, donde el olor era de agua sucia, de agua vieja, y donde las tinieblas estaban

pobladas de seres antiguos, de diablejos, de mujeres enloquecidas y de respiraciones frías.

Rosario escuchaba cómo del otro lado de la puerta los pasos de Clotilde se alejaban satisfechos, alegres, pausados. Cuando esto ocurría, se arrepentía de su orgullo y de su valor insensatos; hubiese querido llamar, entonces, para granjearse el perdón ya que sólo así la librarían del encarcelamiento. Mas ya era tarde; ya era terriblemente tarde y Clotilde, con su voz y con sus ojos de sangre, había desaparecido.

El vagón de ferrocarril no era distinto al «cuarto de las monjas». Las voces, afuera, eran las mismas de Clotilde, punzantes por la furia, desquiciadas por la fiebre de castigo.

La voz femenina, chillante, de algún oficial, que ordenaba:

—¡... y al primer movimiento, dispara!

Voz que salía de una garganta descompuesta; que dictaban, seguramente, unas manos pálidas y sudorosas, de enfermo.

Luego:

—¡Pendejos! ¡Ahí no! Gallegos en este carro, con los «políticos»...

Pronunciaba las obscenidades con inflexión de prostituta, como sustituyendo con los insultos el valor ausente. Entonces era cuando se adivinaba que sus manos serían pegajosamente heladas, manos sucias, de gente que sabe va a cometer una gran cobardía.

El nombre de Gallegos cayó sobre los cinco camaradas de una manera absurda, como de leyenda. ¡Gallegos...! De pronto, los titulares periodísticos, las informaciones, los reportajes, las fotografías, cobraban vida y se organizaban concretamente en un ser vivo y palpitante. ¡Gallegos...! ¡Y Gallegos marcharía ahí junto, respirando el mismo aire, con aquel cuerpo suyo de asesino!

Rosario, desde su sitio, se estremeció angustiada. «¿Si no será una provocación?» Al mismo tiempo empezó a darse cuenta, poco a poco, de la geografía emocionante donde ella tenía su lugar y su destino. Recordó —todas esas cosas ocurren siempre como en un vértigo, veloces, y es imposible precisarlas cabalmente— que la habían separado de sus cuatro compañeros colocándola frente a ellos, en el mismo carro, mientras la escolta, a la mitad, los resguardaba.

Sin contenerse, deseando oír su propia voz, gritó:

—¿Están ahí?

Nadie osó responderle hasta que la balbuciente palabra de Marcos se dejó escuchar:

—¡No hay cuidado, sí, aquí estamos...!

Este «aquí estamos» era como si se hubiese tirado un puente por encima de la escolta para unir emociones y desdichas. Aún Rosario quiso aventurar una pregunta más; una pregunta cuya respuesta se tenía ya por sabida pero que era necesaria a su espíritu para que éste experimentase la dudosa fortaleza que inspiraba el

conocimiento común de la desgracia:

—¿Vamos a las Islas?

Nadie respondió. Era preferible callar; no darle ninguna carta de naturalización a la evidencia; dejarse en las entrañas la realidad y nada más.

Sin embargo, bronca, como un golpe del cual brotaron luces amarillas en las tinieblas, la voz de Ernesto retumbó, indudable:

—¡Sí, Rosario, a las Islas!

La antigua sensación de obstáculos que se agolpan en la garganta; de llanto, cálido y frío, distribuyéndose por todo el cuerpo, volvió a apoderarse de los cinco deportados.

Rosario, desde su oscuridad, exhaló un gemido discreto, pequeño, sin fuerzas: “¡A las Islas!”.

¡Qué vida absurda, llena de desgracias! Procuraba buscar en su existencia algo alegre, algo que hubiese sido alentador y optimista, y no encontraba nada. Todo había sido oscuro y doloroso, sin un rayo de felicidad. Si acaso en la infancia, muy lejos, alguna alegría confusa, ya olvidada, irresponsable, que aún no se sabía tal de una manera íntegra y consciente. Pero después de esto sólo desgracia tras desgracia, dolor tras dolor.

Alguna causa central, alguna causa llena de historia, alguna causa maldita debía existir para que las cosas ocurrieran de esta manera. Rosario la refería a la muerte de su madre, pues siempre uno gusta de referir una serie de dolores a determinado acontecimiento, como si éste debiera suceder a guisa de señal y después sobrevenir todas las tragedias y las angustias que, a fin de cuentas, y todavía sin el punto de partida que les atribuimos, ocurren de cualquier manera. Aunque, en efecto, a partir de que su madre murió todo se transformó en sufrimiento para Rosario.

Su madre murió una vez —momentos antes, con seguridad— en que Clotilde apareció, con una cara grande, fea, de catedral sin adornos:

—*¡Ya se te permite ir a besarla! —dijo nada más, sin dar explicaciones.*

La tarde era una tarde de gasas oscuras que se habían enredado en el aire. Además todo sucedía en el aire, efectivamente. En el aire donde había un misterio de lámparas y yodoformo regado; un misterio de pasos diligentes, de susurros consternados y de signos.

El rostro de Clotilde estaba sin expresión aunque en la punta de los ojos le brillaba una como especie de alegría fantástica:

—*¡Ahora sí puedes besarla! —repitió.*

En seguida condujo a Rosario con unos pavorosos pasos de caucho hasta la recámara de su madre.

El rostro de la madre era fino, azul, con grandes venas moradas.

Rosario volvió la cara y se fijó en los ojos acerados de Clotilde que miraban sin pestañear, como unos ojos donde se condensase todo el futuro inexorable.

Ante aquello, Rosario no soportó más y un raudal de llanto le bañó las mejillas,

pues de una manera vaga, fabulosa, había entendido que de ahí en adelante Clotilde sería quien iba a ejercer de tutor, de jefe; la entidad a quien debían someterse todas las voluntades.

¡Hoy, las Islas Marías! Pero ¿qué son las Islas Marías? ¿Quién sabe nada de ellas? Las Islas Marías son, a lo más, una idea, un concepto, nunca un lugar situado en el tiempo y en el espacio. Acaso alguna playa de arena hirviendo, blanca, sin color, donde el sol bebe tierra. Alguna tierra de hombres vencidos, cuyas cabezas se inclinan sobre el tiempo, abarcando en los brazos, sin contener, toda la condena. ¿Qué pueden ser las Islas? No una tierra sino un gesto; escena pura, drama monstruosamente simple y apagado, sin recurso hacia la vida, como un golpe pequeño y débil que se diera en lo más hondo del mar. Algo lejano y amarillo, sin referencia. ¿Qué podían ser esos tres cuerpos que en el mapa, como látigos sutiles, están envueltos en las líneas con que geógrafos y navegantes figuran corrientes marinas?

Un golpe de hierros, en ese instante, sonó sacudiendo las tinieblas.

La locomotora había enganchado.

De los carros se elevó un clamor desolado, un rumor de años. Eran los años que gritaban; eran los años que abrían un espacio sin acontecimientos y que se expresaban en un grito elemental, voluptuoso, cínico y dolorido:

—¡Ayaayayayay, chingao! —Como esos gritos que se dan en las ferias y en las borracheras.

Luego las ruedas, que ya estaban en marcha.

Rosario sintió cómo los oídos le zumbaban de círculos, de martillos concéntricos, secos, que daban vueltas. Sus camaradas, enfrente, experimentaban la misma sensación.

Algo les equilibraba —a Marcos, Ernesto, Santos, Prudencio— con las piernas en compás, mientras oían correr las tinieblas a sus lados. Junto a ellos, silencioso, fuerte, un hombre. Había subido un poco antes, cuando un grupo de jefes lo llevó hasta el carro.

¿Qué dijo? Dijo las primeras palabras humanas, tibias, llenas de consuelo:

—¿No quieren fumar, jóvenes...?

Los cuatro volvieron el rostro sorprendidos, mientras un fósforo alumbraba ya la mandíbula saliente y la nariz de águila.

—¡Gallegos...!

El famoso asesino sonrió, como con melancolía:

—Para servirles... —dijo.

Fumaron y guardaron silencio. La lucecilla roja del cigarro les coloreaba el rostro por un instante y después todo volvía a la sombra. Gallegos respiraba fuerte como recogiendo un aire del que hubiese querido guardar reservas eternas, y su presencia era lo más imponente ahí, lo más sustantivo y pavoroso.

¿Qué iba a suceder? ¿Sí, qué iba a suceder? Porque aquel hombre estaba dulce,

lleno de bondad; aquel hombre tan fabulosamente frío y cruel, tan abominable.

De entre los tablones, el jefe de escolta enfocó su lámpara:

—¿Qué haces, Gallegos?

Los ojos vivaces —sin duda la parte más mala de aquel hombre— se contrajeron por la luz:

—¡Nada, mi jefe...!

Este «nada» le sonó mal al jefe de escolta y ya no apartó la linterna encendida.

—¡Permítame repartir mi dinero, jefe —suplicó Gallegos.

El jefe vaciló un instante, para exclamar después:

—¡Arrímate!

Al mismo tiempo debió pronunciar una orden breve, pues los soldados introdujeron los cañones de sus carabinas por entre las tablas.

—¡Ahora, dame el dinero!

La operación se realizó sin dificultades y, en medio de todo aquello, algunas monedas de plata sonaron singularmente.

—¡Tomen ustedes, señores! —dijo el jefe después, dirigiéndose a los cuatro deportados.

¿Dinero? ¿Por qué? ¿Qué había conmovido tanto a Gallegos, a ese hombre brutal y tierno, al que sólo conocían a través de los reportajes truculentos?

Ernesto se aproximó con timidez, balbuciendo:

—Pero es que...

—¡Nada, nada...! —opuso el jefe—. Acepten lo que les ofrece el amigo Gallegos.

El amigo Gallegos frunció el entrecejo como si un dolor físico intenso le hubiese atravesado las entrañas. Inmediatamente se encogió de hombros y se puso lejano, ausente:

—Yo creo que no es de justicia —silbó refiriéndose a un tema completamente extraño a lo que ocurría en esos momentos—. No puede ser de justicia... Se lo dije a los periodistas. Yo puedo ser un asesino, si...

Después se hizo de nuevo el silencio. Un silencio de intensidad desconocida, como si todos los presentes asistieran a un espectáculo extraordinariamente profundo, de una categoría irreal y distinta, mas al mismo tiempo desconsoladora.

Ernesto volvió a sentir una especie de sueño y una blandura perezosa en las piernas, una blandura insólita, que parecía tener sabor, como si tras las rodillas existiesen glándulas sensibles que captaran las sustancias oscuras que corrían por el cuerpo. «¿Qué va a ocurrir?», pensaba; y en seguida: «Algo muy real, espantosamente real».

¡Aquel Gallegos intentaría una provocación! ¡Sí! No podía menos con ese rostro innoble y esos ojillos vivaces, de bestia acorralada. Les había ofrecido dinero y cigarros sólo para inspirar confianza y más tarde encontrarse en condiciones de provocar el escándalo, un pleito, una lucha, un grito, para que los soldados disparasen

sobre ellos a pretexto de sublevación o fuga.

Ernesto dirigió una mirada de inteligencia a sus compañeros. Éstos se replegaron en actitud defensiva. Bailaban en su mente las últimas palabras del jefe: «Al primer movimiento, dispara», y estas palabras parecían darles la clave de todo aquello.

Al advertir los sentimientos que suscitaba, Gallegos volvió a encogerse de hombros, con desprecio. De su mirada partió un destello blanco, como de lágrimas súbitas y contenidas. «Tienen miedo de mí», pensó con dolor.

Gallegos se sentía rodeado de cosas vagas. Su espíritu estaba como amortiguado y experimentaba las mismas sensaciones de una persona no completamente dormida que sueña —figuras sin precisión, apenas gestos y situaciones— y que a la vez escucha todo lo que pasa en su torno —voces llenas de independencia, cinematográficamente claras y distintas—. De pronto lo asaltó un deseo vehemente de darse cuenta. Quería captar en toda su extensión lo que iba a ocurrir y que ocurriría —pensaba—, comenzando porque el tren detendría su marcha para que el oficial subiera hasta el carro y pronunciara órdenes breves y frías (¡«A ver, Gallegos, baja!») Un pensamiento insospechado cruzó entonces por su mente: «¡Oír!» Sí, cuando menos oír. Tener pegada la oreja al suelo para darse cuenta cómo las ruedas se iban atenuando, cómo descendían la escala del ruido hasta enfriarse en el silencio; flexionó las piernas y se arrodilló sobre el entarimado.

La voz asustada del jefe brotó de las tablas:

—¿Qué vas a hacer, Gallegos...?

Entrecerrando los párpados, heridas las pupilas por la luz, sin comprender aquella interrupción desconsiderada, Gallegos replicó:

—¡Nada, mi jefe...! Si sólo quería...

«... Sólo quería», hubiese querido agregar, «darme cuenta de cuando se detenga el tren...» Mas consideró inútil todo. Inclinado el rostro pegó la oreja sobre las tablas gruesas. Entonces las ruedas se agrandaron en su cerebro, tomándose descomunales, sin cansancio, repitiendo cosas de sueño y pesadilla.

Desde su rincón, Rosario observaba detenidamente las siluetas monstruosas. ¿Eran veinte o cincuenta los soldados? ¿Eran mil?

¡Si la noche, siquiera, tuviese menos intensidad y menos fondos...!

Porque noches de una naturaleza así, tan profundas, tan sin estrellas, son abismo para el dolor y para que ocurran las cosas irreparables. Cosas irreparables: cosas que no pueden ya salvarse jamás. Tan irreparables como aquello que le sucedió a Rosario y de lo cual tuvo la culpa, también, la terrible Clotilde, que como un espíritu del mal cruzaba por su existencia.

Había aparecido Clotilde en la alcoba con un aire verde, como si en la comisura de los labios, efectivamente, tuviese hilillos verdes; de luz biliosa.

—Vengo a convencerte —musitó colérica—, no seas tonta. —Y en sus palabras había algo reprimido para siempre y ciego ya—. “Cuando menos por el prestigio de la familia...”

Y seguía:

—¿Quién es Damián? ¡Un hombre casado! ¡Imagínate!

En aquel instante Rosario tenía diez y nueve años y un hijo en las entrañas, un hijo de Damián. La voz de Clotilde se abría paso entre unos dolores espantosos que a Rosario le chillaban en el vientre, en las caderas, como un enjambre enloquecido. Permaneció silenciosa, sin responder, aunque hubiese querido encoger los hombros en señal de desprecio. ¿Qué le importaba Damián? Le importaba sólo su prolongación, su representación viva en el hijo, nada más.

Ante aquel silencio Clotilde apretó sus labios de odio hasta hacerlos desaparecer del rostro.

—¡Está bueno! —dijo amenazadoramente, y partió.

Mas el dolor es una cosa que avanza, tocando con dedos insistentes. Es un líquido que corroe y desmadeja, que horada como una barreta en el corazón de las canteras. De pronto, también, es una bahía cuyos dos brazos flexibles se abren y se cierran a tiempo que el pecho se contrae, al respirar.

Clotilde se aprestó a llevar una comadrona para que —según decía— con algo mitigase aquel dolor de nervios desnudos, despellejados.

La comadrona tenía un rostro enérgico, con algo de soez, y en medio de todo ello unos ojos que fulguraban, con resolución.

—¿Van a inyectarme? —preguntó Rosario al advertir lo que se preparaba en la mesita nocturna.

La mujer levantó los hombros sin dignarse contestar, pero después de algo caliente que empezó a invadirla, Rosario experimentó, de súbito, como si un cielo enormemente claro se abriera sobre su cabeza. El dolor se fue mitigando como si lo envolviera en materias afelpadas. Después, el sueño.

¿Cuánto tiempo permaneció dormida? ¡Nadie podría decirlo...! Las sábanas estaban blancas y frías, al despertar.

Y el vientre distendido, sin nada.

¡Sin nada!

Entonces, ¿la habían hecho abortar?

Aquella madre sin fruto empezó a gritar con todas sus entrañas. Se palpó el vientre con deseos de adivinar su cuerpo. ¡Nada! ¡Un vientre vacío! Lo estrujó entre sus manos. Pero era imposible. Imposible del todo. Un vientre vacío y flojo.

«¡Damián, Damián!», pero nadie respondía, sino voces turbias: «Por el honor de la familia». «Por el honor de la familia.»

Rosario se mordió los labios con el recuerdo. Y una voz extraña —¡oh, sí!, la voz del oficial, femenina, aquella de las obscenidades— irrumpió en la niebla oscura de aquellas escenas viejas:

—¡Aquí, teniente...!

¿Qué ocurriría? El tren se había detenido. ¿Cómo no pudo advertirlo Rosario?

—¡Aquí, con una chingada...!

Luego, ruido de cerrojos, de apresuramiento nervioso, y la linterna del jefe de escolta, que se había apagado y tornaba a encenderse, después, allá abajo, sobre el talud. Algunos hombres deslizaban a otro, tomándolo de las axilas. En seguida la misma voz de vieja del oficial chillaba:

—¡Corre, Gallegos...!

Y un balbuceo:

—¡Pa qué he de correr, mi jefe, si aquí está bueno...!

A continuación un tiro, luego otro. Y otro más, como si los hombres se hubiesen acercado a disparar meticulosamente.

Después todo volvió a su cauce. La locomotora volvió a jadear de nuevo.

Dentro del carro, los cuatro camaradas —Marcos, Ernesto, Prudencio, Santos— estaban solos. A sus pies, ahí, el piso donde Gallegos, el oído atento —¿hace cuánto tiempo?—, escuchó el momento solemne, vital, en que el tren detuvo su marcha, antes que lo bajaran, para eso de la «ley fuga».

III

Después de aspirar su cigarrillo de mariguana, El Chato dijo:

—¡Pobrecito Gallegos...!

Los demás mariguanos corearon:

—¡Sí, pobrecito...!

Las lenguas gruesas, cuyos poros se habían aumentado inmensamente, relamieron los labios cenizos y secos.

—¡Murió como los machos...! —insistió El Chato.

«¡Como los machos!» Y la masa harapienta, sucia, que estaba en cubierta, sentía latir la palabra sordamente, como una historia irreal, como algo nebuloso que apenas si podía haber ocurrido: «¡Como los machos!» Los «machos» mueren. Mueren sencilla, tranquilamente; sus pisadas se oyen y retumban con sólida firmeza; sus palabras son vivas, seguras, y después de eso mueren, mueren y quedan ahí, feos y descompuestos, sin vida.

Era obligada la renovación del recuerdo y El Chato se levantó, con fina elasticidad, para dirigirse al extremo donde estaban los «políticos». Formaban como una isla aparte, en medio de la multitud. Se les veía recelosos sobre la cubierta, con un rostro de tranquila angustia que se dirigía al horizonte, en espera de algo. ¿Qué hacían ahí, con sus cuerpos juntos, perseguidos? Cuatro rostros distintos y enormemente iguales. Daban la extraña impresión de estar agarrados de las manos, como en continua defensa contra enemigos permanentes e invisibles.

El Chato se dirigió a ellos sin vacilación, porque ellos habían sido, precisamente, los últimos compañeros de Gallegos, los únicos testigos.

Se detuvo frente al grupo, las piernas abiertas, sin saber cómo principiar. Sus ojos habían perdido esa irritante virtud de mudar de expresión a cada momento; hoy eran unos ojos casi dulces, estremecidos, cuyos reflejos derramábanse, sin maldad, sobre cuanto los rodeaba.

—Señores comunistas... —comenzó.

Los «políticos» miraron con asombro la figura de El Chato. Ahí estaba frente a ellos el gigantón insolente, el caudillo, con un rostro desusado, casi humilde, en los límites mismos de la cortesía.

—Señores comunistas... —repitió— ahí los «muchachos» —y señalaba al grupo de fumadores— quieren saber cómo fue que perdió la vida el difunto Gallegos...

Hubiese continuado con toda una historia a no ser porque, casi al mismo tiempo, los cuatro comunistas lo atajaron levantándose con el propósito de ocurrir hasta el grupo de los mariguanos y contar «lo de Gallegos».

—Ustedes verán... —comenzó Marcos, a tiempo que engrosaba el corro, junto con sus compañeros— a Gallegos le aplicaron la «ley fuga».

Los mariguanos permanecieron impasibles. Unos tenían la vista fija en el suelo, como divirtiéndose con el mundo infinito que ahí abajo se ofrecía a sus ojos. Otros

miraban el aire, descubriendo cosas invisibles para el común de los mortales. Se habían apoderado de sus rostros unas extrañas cenizas que se concentraban en los pómulos y descendían a ambos lados de la cara como por el declive de una cordillera. Los tejidos de la piel se estrechaban y contraían haciendo de aquellos hombres una especie abrumadora y penosa de máscaras duras e insensibles. «¡La ley fuga!» Esta expresión se derramaba en el Pacífico sonando de una manera singular en mitad del océano solitario y abandonado.

¡Qué solo y amplio el mar Pacífico! ¡Qué rumores hostiles e inexorables bajo sus olas sin costa! Porque el Pacífico era, sin duda, el más viejo de los mares, el primero de todos ellos, cuando en el mundo no había tierra y todo consistía solamente en un error sin meta y sin principio.

Uno de los mariguanos levantó la obstinada vista del suelo para clavarla fijamente en el rostro de Marcos:

—¡Sí señor! —dijo con lentitud—. Pero ¿cómo?

¿Cómo? ¿Cómo había sido aquella cosa fabulosa de unos tiros, por la noche? ¿Aquella sencilla historia de la «ley fuga»?

Marcos narraba, balbuciente, lo sucedido. A influjo del tiempo —¿por qué en estos casos siempre se olvida y agranda el tiempo?— los acontecimientos cobraban un relieve atroz, aún más enérgico y más imposible. De simple que era, de tan corriente, la noche aquella del crimen se convertía en una noche de espanto, sin rendijas, a la cual se había tapado por todos los sitios para que no dejase escapar ni un aliento. A su vez, las linternas con que los victimarios alumbraron el rostro de Gallegos se habían vuelto tan sustantivas que cualquier linterna del mundo ya tenía un significado, un punto en el recuerdo.

—¿Y qué dijo...?

Las últimas palabras tienen una importancia descomunal. No importa su contenido sino el hecho bárbaro de que son, todavía, una articulación cálida, un aire vivo que sube y se suelta en el aire como pedazo de humanidad despierta.

—¡Sí! ¿Qué dijo? —clamó el corro.

Marcos vaciló un instante. Estaba emocionado y recordaba con fijeza el rostro aguileño de Gallegos, su intensa palidez, su hondo convencimiento de la muerte. «Y sin embargo, un asesino... », pensó. Sí; había asesinado con frialdad y desesperación, rompiendo todo el orden de su vida, endureciéndose como si en el cuerpo de barro le hubiesen hundido piedras, para hacerlo inmaleable. Recordaba su voz, bronca y suplicante, sus “últimas palabras», al borde mismo del fin. ¿Qué dijo? Marcos sabía todo esto, podría repetirlo, lo estaba repitiendo ya, frente al grupo aquel de hampones. Pero si aquéllas habían sido en realidad sus palabras —«Pa qué he de correr, mi jefe, si aquí está bueno»—, no obstante, Marcos tenía la remota y misteriosa sensación de que habían sido otras, o con mayor exactitud, que había sido otro el sentido de las mismas, un sentido amplio e incomprensible, dentro del que se querían contener afirmaciones vitales, importantísimas, fuera de todo alcance.

—¡Eso fue todo, muchachos...!

Por el horizonte corrían las nubes negras invadiendo vertiginosamente el cielo. En un instante —tal pasa en el mar— lo cubrieron por completo reflejando en el agua su color gris y triste de acero.

El Chato elevó la vista e hizo un gesto enigmático.

Era El Chato un jefe del hampa, de espaldas sudorosas, amplias, brillantes, y de un rostro en el que, simultáneamente se reflejaban la burla y el imperio. Tenía una nariz gruesa, aplastada, y unos ojos que mudaban de expresión en una forma sorprendente: por momentos eran burlones, hasta la atrocidad; luego se volvían cínicos y desvergonzados; más tarde, crueles, completamente fríos, como si por dentro un golpe seco, de rabia, los hubiese encendido en llamas coléricas. Eran unos ojos que causaban desconcierto. Pues se afirma que, en cierto modo, los ojos son un reflejo del espíritu; que son, como quien dice, el «espejo del alma». ¿Y qué alma podría mostrarse tras esos ojos indeterminados, de los que era difícil que nada en concreto se definiera nunca? Eran hipócritas, bondadosos, alegres —por momentos de una opacidad aterradora—, fríos; simulaban todas las pasiones impidiendo que se entreviera la pasión real, la íntima, la que el hombre experimentaba en su ser interior más verdadero. Por lo que hacía al color pasaba algo parecido. Podrían ser unos ojos grises, ligeramente verdes, pero de pronto se ennegrecían o se aclaraban, como si allí en el fondo, como dentro de una caja fotográfica, hubiese una luz que se encendiera y apagara de una manera gradual y silenciosa.

Antes de la conversación con los «políticos», El Chato se había parado en mitad de la cubierta, insolente, seguro, observando todo. Miraba con un dejo de lástima, pagado de sí mismo, a los soldados que, junto a la borda, hacían ridículos equilibrios, faltos de costumbre para navegar. Se inclinaban para contemplar las pequeñas cosas increíbles del mar y reían, entonces, como si hubieran descubierto el mundo. Porque ahí estaban la espuma, como hecha de marfiles, y los peces voladores igual que rehiletes líquidos, girando y desapareciendo, otra vez, en las aguas profundas. Había en todo aquello como una separación inaudita, como un desarraigamiento que trajera consigo nostalgias de tierra y árboles, en ese mar que era una estepa de colores, tan verde, tan negra. Bajo sus gorras militares los rostros de niño de los soldados se abrían en grandes risas blancas mientras los presos, a mitad de la cubierta, hacinados, charlaban o dormitaban, los cuerpos expuestos al sol tórrido que acentuaba el cielo, afirmando su azul. El Chato se fijaba también en los jugadores de dados que, al advertirlo, sonreían humildemente y con pudor.

¡Y los pobres soldaditos...! ¡Soldaditos prietos, de tierra mexicana; soldaditos de color olivo y polainas tiesas; soldaditos que no conocían el mar...! Miraban por primera vez esta salobre agua infinita y no cabían en sí de extrañas emociones; una ola que subía, bañando la cubierta, o el mástil que se balanceaba entre dos nubes, les hacían sentir cada vez más el mar, del que, a pesar de todo, no estaban aún convencidos cabalmente. Algún pretexto había que oponerle, y no sólo ellos, sino

todo el mundo, se quejaba sin querer aceptar los sentimientos de dulce lasitud y vaga esperanza que nacen al influjo de la líquida inmensidad:

—¡No vamos a llegar nunca!

El Chato, entonces, reía, haciéndose el incrédulo.

O de otra manera:

—¡Es tan largo el viaje...!

Aunque en efecto el viaje era largo y aburrido. Sobre todo a bordo del *Progreso*, que entonces, frente al Cabo Corrientes, luchaba a brazo partido, roncando y temblando del esfuerzo.

Y El Chato:

“¡Ésta es la Armada Nacional!

Congraciándose, una voz:

—¡Pa que vinieran los gringos...!

La imaginación forjaba, a propósito, acorazados enormes, como los de las películas. (*En cada puerto una novia, o Vámonos con la armada.*) Brillantes escuadras que cruzaban el océano cual en un sueño de velocidad y de eficiencia.

—¡Los gringos...! ¡Ésos sí, para que vean...!

Las miradas lentas, llenas de indolencia, caían sobre los soldados. ¿Para qué esos hombres de uniforme, ahí, en el mar? ¿Quién iba a huir, en mitad de las aguas? Comprendiendo esta interrogación, tan legítima, los soldados se sentían impropios (los soldaditos mexicanos, negros), y entonces hacían perder a sus cuerpos la rigidez y se humanizaban hasta volverse niños, mirando a los presos inatentamente, sin vigilar.

El Chato detuvo su mirada sobre algo que logró llamar su atención de una manera poderosa: frente a él, sobre unas cuerdas, estaba un joven extraño. Permanecía con la cabeza entre las rodillas ocultando el rostro y sus manos, cruzadas hasta casi llegar a los hombros, se crispaban de vez en vez oprimiendo la carne como si el sujeto fuese víctima de agudos e intermitentes dolores. Lo extraño, en realidad, era el aire de ausencia que rodeaba al joven. De cuando en cuando levantaba el rostro, con los ojos cerrados, se llevaba la mano a la nuca, oprimiéndola rabiosamente, como si se tratase de desalojar un cuerpo ahí metido. Todo esto —y parecía ser lo notable— era realizado como si en su torno no hubiesen espectadores; como si nada de cuanto lo rodeaba tuviera una realidad firme y él se encontrara solo, sin importarle nada.

El Chato tuvo una impresión curiosa frente al muchacho. Un principio remoto de compasión empezó a germinar en su pecho. Hubiese querido llamarlo, preguntarle, saber qué dolor cruel y desesperado podía ocultarse bajo un cuerpo tan último y tan en desgracia. «Será un vicioso», pensó. Todavía por un instante su mirada permaneció fija sobre aquel cuerpo magro y empobrecido. Iba a apartarse, iba a olvidarlo sin más consecuencia, cuando, llevado por quién sabe qué impulsos, aproximándose, gritó:

—¡Eh, tú valedor...!

El muchacho dio un terrible salto y levantó el rostro trémulo y desencajado. Era un rostro de una palidez cadavérica, que amarilleaba en los bordes dando la desagradable impresión de estar saturado de nicotina, como si por fumar excesivamente el humo alterara su ruta normal para, en cambio, derramarse por la cara dejando una huella sucia y maloliente.

—¡Te estoy hablando, valedor! —repitió El Chato ante la cara estúpida que no entendía—. ¿Qué es lo que te pasa? —continuó.

Y como el muchacho parecía no entender, absolutamente distraído, El Chato agregó, asaltado por una súbita ocurrencia:

—¡Qué! ¿Ya no te quedan «polvos»...?

«¿Polvos?» La palabra tuvo una virtud extraordinaria. El joven adoptó, de pronto, una actitud de desenfrenada voracidad al mismo tiempo que de súplica angustiada.

—¡No señor! —exclamó al fin—. ¡Ni tantito así! —e indicaba con las uñas del índice y el pulgar algo significativo—. ¡Pero usted tiene! —aventuró en seguida—. ¡Por misericordia...! —El Chato fijó una mirada burlona y semicompasiva sobre el muchacho. Había advertido que, al hablar, la boca de éste apenas era una concavidad vacía, donde verdeaba un par de huesos en forma de incisivos. «Ha de tener mucho tiempo con el vicio», pensó, pues recordaba que se caen los dientes.

—¡Claro que sí! —dijo—. ¿Pero crees que te lo voy a dar «de barbas»?

Con este giro —«de barbas»— quería indicar que el servicio —si alguno le prestaba— en modo alguno podía ser gratuito; que en el mundo por todo se paga, por la comodidad o por la alegría, por el placer o por el dolor.

El chico —pues en efecto se trataba de un chico no mayor de diez y nueve— se arrodilló sobre la cubierta dejándose resbalar de las cuerdas donde estaba sentado. En esa posición, e inclinando la cabeza como si ésta fuera extraordinariamente pesada, comenzó a hurgar sus bolsillos. Sus dedos, ahí dentro, tropezaban con cuerpos inverosímiles y extraían objetos de una vulgaridad inaudita: una caja, vacía, de grasa para los zapatos *Shinola*, cuyo barniz estaba descascarado; un pañuelo rígido de tan sucio y en el cual negreaban gotas de sangre muy vieja; botones, cerillos.

—¡Hum...! —murmuró El Chato—. ¡Eres gacho...!

El joven vicioso mostró una cara que la desolación hacía monstruosa, absurda de tan lastimera.

El muchacho volvía la mirada a todas partes como buscando protección o asidero. Mas de pronto su rostro se iluminó y apresuradamente se llevó las manos a la bolsa de la camisa.

—¡No traigo más que esto! —dijo extendiendo un envoltorio infame de papel periódico manchado de grasa.

El Chato se inclinó sobre el pequeño envoltorio, deshaciéndolo lentamente a tiempo que dirigía miradas de inteligencia a unos jugadores próximos que veían con atención la escena. Extrajo, entre sus dedos, un poco de cierta yerba de un verde apagado.

—¡Mariguana! —musitó con lentitud.

En seguida extendió aquello sobre la palma de su mano para remover con los dedos, olfateando de cerca.

—¡Es de la mala, mi valedor! —dijo con sorna.

El dueño de la mariguana no cabía en sí de asombro. Se había imaginado que el ofrecer la yerba era su salvación, su recurso, y ahora veía que aquel hombre se expresaba con indiferencia, con crueldad, absolutamente frío.

El Chato giró un poco sobre la punta de sus pies volviéndose a los que estaban ahí junto.

—¡Eh, tú! —gritó dirigiéndose a uno, cetrino, de ojos pequeños y ruines, a quien llamaban El Chale—. ¡Fúmate esto! —y le arrojó el paquete.

El otro lo recogió al vuelo sonriendo de una manera estúpida y agradecida, que ponía al descubierto sus dientes de oro.

—¡Ahora vamos a ver! —dijo El Chato flexionando las piernas y sentándose a la turca frente al muchacho.

—¿Cómo te llamas? ¡Ajá! ¿Conque El Marquesito? ¡Buena facha de marqués tienes...!

Toda esta charla era para prolongar el tormento de El Marquesito, cuyos ojos anhelantes se habían agrandado descomunadamente y miraban sin cesar a todos lados, como pidiendo socorro.

Pero El Chato, en el fondo, ya estaba satisfecho. De alguna parte de su pantalón sacó un paliacate rojo y con lentitud, después de deshacer los nudos, seleccionó, de entre innumerables paquetes, uno pequeñito, cuidadosamente doblado.

—¡Aquí los tienes...! —exclamó con orgullo.

El Marquesito se estremeció. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, sus manos comenzaron a temblar, como hojas secas agitadas por el viento. Antes de que el propio Chato se diera cuenta el paquete ya estaba en manos de El Marquesito, quien lo desenvolvió con cuidado. La operación, en seguida, fue harto sencilla: en la caja de grasa *Shinola* depositó el polvito blanco —parecía sal fina, de mesa— y luego lo mezcló con saliva para, en lo posible, volverlo un tanto líquido. Después sorbió todo aquello con una extraña jeringa en cuyo extremo había un dispositivo semejante al de los goteros. Terminado esto se inyectó en una vena, haciendo, apenas, un leve gesto de dolor.

—¡Ah, qué Marquesito! ¡Quién lo viera!

El Chato acabó de girar en redondo sobre sus pies, volviéndose completamente hacia los jugadores.

—¡Qué! ¿Yo soy hijo de sereno? —exclamó exigiendo el gran cigarro de mariguana envuelto en papel de estraza que todos fumaban ya, en círculo, pasándose de boca en boca.

El Marquesito, entretenido, se había vuelto a sentar sobre las cuerdas. Ahora miraba todas las cosas con un alegre interés y cuando sus ojos se volvían al cielo,

hacia las altas nubes, mientras sus labios sonreían levemente, llenos de placidez, parecía hermoso, con su perfil sobre el mar.

Ocurrieron, después, pequeños acontecimientos curiosos. Los ojos de los fumadores se entrecerraron un poquito, como ausentes, al mismo tiempo que una llama activa y veloz brillaba en sus pupilas, mientras las voces se apagaban tomando una inflexión extraña, como si estuviesen reprimiendo un sollozar, mezcla de espanto y descabellada euforia. En seguida comenzaron a conversar febrilmente y con emoción. Se trataba de una conversación lejanísima y conmovedora, donde todo, incluso lo más nimio, era trascendental y con un hondo sentido de añoranza. Las palabras tenían una acepción notable, un significado vertiginosamente múltiple y aun el más falto de imaginación entre los fumadores experimentaba sentimientos graves y blandos, como si allá atrás, muy lejos, en los años más remotos, hubiese tenido algo dulce a cuyo recuerdo, hoy, lo invadían cosas nostálgicas, imponderables a fuerza de no tener cuerpo ni materia.

El Chato estaba reconcentrado, con la cabeza baja y los ojos brillantes, pensando. Procedía por asociaciones elementales y simples, basadas en lo meramente visual, pero llenas de sentido. Primero fue «el barco» —es decir, el barco donde iban todos con destino a las Islas—, luego «los barcos» —esto es, la especie, la generalidad—; más tarde «los barcos de guerra»; en seguida la guerra misma, con sus atrocidades, sus ruidos de infierno y sus «Gallegos» (una idea naturalmente absurda, que quién sabe por qué caminos se abrió paso en medio del cerebro).

Aquí detuvo El Chato el curso de sus pensamientos porque un recuerdo vivo y lacerante lo hirió en la mitad. Entonces se dirigió a sus compañeros con una voz contenida, como si al expeler el aire temiese, al mismo tiempo, que fueran a escapar los sollozos (voz habitual, por otra parte, cuando fumaba). Fue cuando dijo: «¡Pobrecito Gallegos!» y se encaminó hacia los comunistas para que le contaran cómo había sido «aquello».

Después de la charla algunas gotas calientes de agua empezaron a caer del cielo.

—¡Va a llover...! —gritaron unánimemente los deportados.

Entonces un terror desproporcionado se apoderó de ellos haciéndolos como replegarse en defensa contra algo desconocido y terrible. ¿Qué podría ser?

No podría ser otra cosa que el temor a la bodega; a que, por la lluvia, volvieran a encerrarlos en la espantosa sentina donde estuvieron al principio del viaje.

El recuerdo de la bodega, en efecto, no podía ser más terrible. Era una bodega estrecha, con cabida natural para unos noventa hombres y donde, sin embargo, habían aglomerado a más de doscientos. El espectáculo parecía como el de un infierno. Hombres tirados en el suelo, con los ojos muy abiertos, acezaban fuertemente, a punto de ahogarse; otros daban alaridos sin principio ni fin, en los que no se decía nada. Y rodeándolos a todos, penetrándolos, había una atmósfera espesa y llena de vapor humano. Esto del vapor humano fue una cosa extraordinariamente simple: primero —cuando los «políticos» entraron, antes que nadie, debido a órdenes

especiales—, sólo la humedad pegajosa y salada que hay en todo barco y un cierto calor que despedían las máquinas, ahí junto, del otro lado. Después, a medida que iban entrando los deportados y tomaban sitio, un transformarse de la humedad y el calor inorgánicos, en humedad y calor de hombre, algo completamente distinto a lo anterior y que provocaba la angustia, la desesperación más terrible.

Un grito, que salía de doscientas gargantas, como un alarido sin interrupción, se escuchó en la bodega:

—¡Queremos aire!

Oíase un jadeo colectivo y rítmico. No dejaba de ser abrumador y desconcertante aquel respirar simultáneo, de cuatrocientos pulmones prisioneros, que provocaba un ruido muy especial, como de fuelles rotos por donde escaparan basuras y materias pegajosas.

—¡Aire!

Empezó una lucha salvaje por posesionarse de las claraboyas. Éstas eran pequeñas, miserables, apenas suficientes para que una sola persona respirase a satisfacción. Pero en su torno la lucha era despiadada. Un hombre, blandiendo una navaja en la mano, logró mantenerse unos instantes junto a la claraboya, respirando, hasta que al fin cayó desvanecido. Los mariguanos gritaban como locos. En ellos la falta de aire, súbitamente, cobraba una proporción inaudita y brutalmente acentuada. Se arrojaban sobre las claraboyas, desesperados, como quien se arroja al paso del tren. Pero al mismo tiempo ocurría con ellos algo insólito: olvidaban, también de pronto, el tormento del aire, y adoptando una expresión extraña, donde las líneas del rostro parecían abultarse, como vistas por un cristal de aumento, poníanse a bailar danzas grotescas, exagerando los movimientos y llevando el ritmo con golpes en el piso y aplausos calculados.

El ejemplo de los mariguanos cundía; los demás presos se apresuraban a extraer de sus ropas toda la marihuana que les restaba y comenzaban a fumar con fruición, como si el mundo se fuera a acabar. Había ahí, realmente, un espíritu de fin del mundo. Sabiendo que la inspección personal en las Islas era extremadamente rigurosa, todos, sin excepción, se entregaban a la tarea de «dar el mate» a los estupefacientes que llevaban consigo, para llegar «limpios».

En medio de todo esto el imperativo del aire se hacía sentir con violencia. Un grupo espeso se arremolinaba en las escaleras de la escotilla, a cuyo extremo superior dos marineros con bayoneta calada defendían la salida. El grupo pretendía salir a pretexto de necesidades fisiológicas y gritaba y maldecía:

—¡No dejan salir, los cabrones...!

—¡Ni a cagar dejan...!

La perspectiva de ir a las letrinas, colocadas en cierta parte de la cubierta, encerraba la esperanza de poder respirar un poco. El grupo de la escalera pugnaba, dando gritos, mientras los marineros, asustados, movían las cabezas, negando:

—¡No se puede!

Junto a los «políticos», que estaban lejos de la escotilla, al fondo de la bodega, un hombre, colérico, vociferaba, amenazando con el puño:

—¿No se puede? ¡Ya verán si no...!

Se trataba de un hombre robusto, grosero, de grandes dientes y labios espantosamente gruesos, incapaces de cerrarse por completo, lo cual le daba una expresión permanente de risa, de idiotez, o de ambas cosas juntas. El hombre dirigió rápidamente una mirada a los «políticos», como si le hiciera gracia que estuvieran ahí, y, en seguida, después de bajarse los pantalones, se puso en cuclillas sobre un papel periódico, a tiempo que enrojecía por el esfuerzo. Cuando hubo terminado, envolvió con cuidado, para no mancharse, el contenido del periódico y prorrumpiendo en una indecente carcajada arrojó el proyectil con destino a la escalera.

Los marineros retrocedieron un paso y el grupo que esperaba a sus pies se contrajo como si lo hubiesen herido. El paquete había estallado, brincando en varias direcciones y manchando de pringas sucias a los más próximos. Un rugido unánime se levantó de la bodega. Por un lado se maldecía rabiosamente, y por el otro se comentaba en medio de grandes risas.

—¡A la guerra, a la guerra!

Aquello parecía una broma infantil. Parecía una de esas «guerras» regocijadas que hacen los chicos en las escuelas de internos, arrojándose cojines u otros objetos inofensivos. Muchos rostros, aquí, entre los deportados, tenían inclusive ese aire de travesura alegre, de gracia picara, tan común a los escolares cuando se divierten. Sin embargo había algo monstruoso y bárbaro. Algo que se antojaba enormemente desnudo, desnudo, como si no hubiese vestiduras en la tierra.

Los cuatro «políticos» estaban horrorizados. Se habían replegado sobre las paredes de hierro de la bodega y desde ahí esquivaban los infames proyectiles. Éstos llovían a derecha e izquierda, cayendo sobre los cuerpos, en el piso, en los escalones. Se había tornado el espectáculo algo extremadamente animado y ruidoso. La gente se tropezaba, reía a carcajadas, gritaba insultos bestiales. Quienes no tenían ya «parque», ni manera de producirlo, recogían lo que había caído y ya sin el escrúpulo de envolverlo en un periódico lo lanzaban al aire en medio de grandes exclamaciones.

Ernesto sintió sobre su pecho un deseo de llorar, de pedir clemencia. Hubiese querido arrodillarse e invocar entidades divinas, aun cuando no creyera en ellas. Porque en ese instante, en que toda razón tropezaba y permanecía rígida, incapaz, el espíritu se acogía al cielo, a lo irreal, a lo que estaba fuera de la lógica y era una esperanza oscura, fuera del tiempo y de la tierra.

—¡Ya está bueno! —suplicó elevando la voz.

Su demanda no hizo más que acrecer la fantástica locura y la batalla se generalizó aún más.

—¡Por favor...!

Mas súbitamente se hizo un gran silencio y los miserables proyectiles dejaron de

cruzar el aire. En lo alto de la escalera había aparecido el contraмаestre, que despedía fuego por los ojos, abriéndose paso a puntapiés.

—¿Qué pasa aquí? —rugió, y a todo aquel que tenía más próximo le rompía el rostro de una bofetada—. ¿Qué pasa aquí? —volvió a repetir.

La masa estaba silenciosa e, individualmente, cada uno de los deportados procuraba fingir cosas para encubrirse, lo cual hacía del conjunto algo inabordable e impune.

Un marinero, juntando los pies y haciendo el saludo militar, explicó al contraмаestre lo ocurrido. El contraмаestre escuchaba frunciendo el entrecejo con cólera. En seguida ordenó:

—¡Que suban al retrete de cinco en cinco...!

Ése era el recuerdo de la bodega. Hoy, cuando el cielo estaba encapotado y la lluvia caía ya sobre los cuerpos, la amenaza de volver pendía sobre todas las cabezas.

Marcos y Ernesto se miraron. Estaban el uno frente al otro, encogidos, pesados de dolor. ¿Cuándo terminaría todo?

Simultáneamente, y sin proponérselo, pensaron en cada uno de los compañeros. En Santos, en Prudencio.

—¿Y Rosario? —se dijeron.

IV

Rosario giró la vista en su torno examinando el estrecho camarote y una litera sucia y revuelta, la única que estaba ahí, con unas mantas grises, de soldado. Por la claraboya alcanzó a distinguir el puerto —Manzanillo, tan pequeñito, como de juguete— y más tarde, a medida que el barco avanzaba produciendo un ruido particular, los muelles blancos, higiénicos, modernos, de la California Standard Oil. El paisaje mudaba, alterando caprichosamente los puntos cardinales. Lo que antes se mostraba a la derecha de pronto se volvía de lado, colocándose a la izquierda, para desaparecer luego en medio de una bruma fácil, ligera, que más bien parecía un vaho tierno, ligeramente azul.

Corrió el pestillo de la puerta y frente al espejo mordido por el óxido, de luna vaga y rota, se examinó el rostro pálido. Tenía unas cejas finas y altas, debajo de una frente comba, enérgica, enormemente agradable. Los ojos eran castaños y profundos, la boca grande, y tan perfecta como un dibujo en mitad de la figura oval que hacía la cara, rematada por un mentón suave, infantil, prodigiosamente ingenuo. Como en los frutos artificiales, de cera, que se transparentan un poco y sobre los cuales, después de algún tiempo, el polvo se agrupa en manchas, así advirtió Rosario sobre su rostro pequeñas zonas de mugre que resaltaban sobre la palidez, como nubes sucias, encima de un cielo blanco, de agua. No le importó mucho el detalle y a lo más experimentó unos vagos deseos de encontrar agua con que asearse. Mas el camarote era un sitio en desorden, pobre, de barco pequeño y casi en ruinas, donde no había un servicio así. «¡Y camarote de oficiales...!», se dijo Rosario con desprecio. Luego volvió hacia la litera y sin arreglar siquiera las mantas se dejó caer, fatigada, clavando la vista en el techo. Era un techo de acero, con grandes remaches, como hongos. ¿Cómo podía un barco —de hierros, de maderas, de cables—, tan pesado, nadar en las aguas? Un misterio de la física oceánica, un misterio que, acaso, resolverían los números, las ecuaciones, las raíces cúbicas, algo que nunca fue el fuerte de Rosario en la escuela. La maestra de matemáticas era una mujer pequeñita, angulosa, como un costal relleno de escuadras cuyas puntas salían por todos lados, por los hombros, por las caderas, por las costillas. Repetía con una voz aguda y chillona la fórmula de la circunferencia y aquello sonaba tan extraño que era extremadamente difícil penetrar el sentido —de pronto místico, absurdo— de lo que se quería explicar. «Pi, por R al cuadrado», luego «tres, catorce, dieciséis». ¿Por qué aquella propensión desoladora al infinito? ¿Por qué tantas fracciones, tantas aproximaciones casi exactas, que dejaban a la inexactitud, sin embargo, como una entidad obsesiva, eternamente presente y reiterada? Lo más atractivo del curso de matemáticas era Damián Escalona, cuyas observaciones llenas de justeza y de gracia, constituían el eje del asombro. Porque nada más placentero —era como el gusto a la inteligencia, a la capacidad— que ver a Escalona, erguido sobre su banco, explicándose sensatísimamente, con elegancia extraordinaria, sobre problemas de números (aunque después comprendió Rosario

que los buenos alumnos de matemáticas resultan, a la postre, unos canallas). La pequeña maestra se irritaba ante la brillantez de Escalona y esto hacía que el muchacho ganase simpatía en la clase.

En cierta ocasión Rosario no pudo contenerse y prorrumpió en un «¡bravo!» estentóreo, que estremeció al grupo. Realmente no había entendido si Damián Escalona tuvo o no razón en su respuesta —se trataba de algo sobre los catetos y la hipotenusa—, pero la había dicho con tanta viveza y agilidad, con una sencillez que se adivinaba tan profunda, que Rosario no pudo menos que gritar, para estimularlo, para mostrarle su adhesión sin límites. La diminuta profesora se agitó como un manojo de ramas con espinas:

—¡Señorita del Valle, haga el favor de salir inmediatamente del salón!

Rosario se levantó de su banco muy dignamente, encantada de la vida, pues cesaría de escuchar la abrumadora clase por ver, mejor, los pájaros y el cielo, en el patio, tan grande y bonito, de la escuela.

Así comenzó su noviazgo con Damián, pues éste, a la salida, fue a darle alcance, cuando ya Rosario marchaba hacia su casa.

—¿Por qué ha hecho eso, Rosario? —le preguntó.

—¡Pues, hombre...! —y Rosario hizo un gracioso movimiento, completamente enamorada.

De ahí partió un idilio juvenil, feliz, lleno de afirmaciones y alegrías. (Aunque después ocurrieron todas esas cosas terribles del embarazo, del casamiento de Escalona con una muchachita blanca, neurótica, hija de una rica familia; la muerte de su madre; y cien mil hechos más, desconsoladores y tristes...)

Perdida en sus recuerdos, mirando aquel techo de hierro, Rosario no se había dado cuenta de que alguien golpeaba la puerta y exigía con voz aguda:

—¡Abra usted, señora...!

Se levantó negligentemente y descorrió el pestillo. Frente a ella estaba un oficial de marina con dos mujeres.

—Señora —dijo—, le harán compañía estas dos mujeres...

Se inclinó con cierta severa corrección y se fue.

Allí quedaron las dos mujeres, muy pintadas del rostro, un tanto confusas por lo que ocurría. La primera se adelantó, con desenvoltura:

—¡Me dicen Estrella! —se presentó tendiendo la mano con familiaridad.

—Yo Chole, Soledad Buendía —agregó la segunda con cierta torpeza.

Rosario había reaccionado con una mezcla de contrariedad y asombro. Sentía irritación porque se le hubiese mezclado con aquellas dos hembras, al mismo tiempo que una sorpresa de género indeterminado por el hecho de ser tratada con una tan súbita familiaridad. La habían apartado, además, de sus gratos recuerdos —acaso los únicos en su vida— y que parecían un perfume ligero y enternecedor, cuya naturaleza no podía determinarse completamente, pero que envolvían la mente como una bruma protectora, en contra de las desgracias y de la cotidiana, quemante realidad.

La que dijo llamarse Estrella era delgada, de ojos negros muy vivos y cabello lacio, del mismo color. Tenía un hombruno aire resuelto que le daba cierto prestigio de niña grande, de muchacha traviesa y perdida. La otra era más apacible, un poco más gruesa, también, de cabellos castaños y como muertos y de una mirada penosa, avergonzada siempre de algo, como si todo el tiempo estuviese purgando un pecado misterioso. Ambas se sentaron en la litera invadidas de pronto por una humildad inexplicable, como si la estirpe superior de Rosario las humillara, rebajándolas y haciéndoles recobrar las proporciones.

—¿Usted viene —aventuró, empero, Estrella, tímidamente— con los comunistas? Rosario afirmó con la cabeza.

En seguida las dos mujeres hicieron como quien va a soltar una gran cantidad de preguntas, pero la enérgica mirada de Rosario las detuvo a mitad de la carrera.

—Debemos procurar acomodarnos aquí organizadamente —dijo Rosario y advirtió que había usado el mismo estilo de Damián Escalona, cuando explicaba los problemas: un estilo positivo, desenvuelto, como indiferente—. Debemos organizarnos de tal manera —continuó, insistiendo en el estilo— que podamos dormir a la noche. Solamente hay esa cama... —y señaló.

Como si no le interesase nada de aquello y la resolución del conflicto fuese asunto exclusivo de las otras dos mujeres, se volvió de espaldas y acodada sobre la claraboya perdió la vista sobre el mar azul, de un azul pálido, por donde aún volaban las gaviotas blancas y solemnes.

—¡Yo puedo dormir en el suelo, seño... rita! —se apresuró a decir Estrella en un raptó de generosidad.

—Y yo —dijo a su vez Chole.

Para las dos mujeres aquél era un encuentro totalmente inacostumbrado, donde se manejaban difícilmente, ignorando maneras y lenguaje. Estrella había dicho «señorita» —cierto que con reticencias—, y ahora se arrepentía porque daba la impresión, según se imaginaba, de excesiva obsequiosidad, casi de servilismo. Pero ¿cómo llamarla? Sí que Rosario estaba sucia, sin pintar, el vestido arrugado. Pero a pesar de todo tenía un aire superior, fino, ante el cual era imposible no doblegarse, no mostrarse diferente y con, digamos, cortesía.

Rosario, vuelta de espaldas, oyó estas palabras y se sintió impresionada. ¡Acostarse en el suelo! ¿Por qué? Le pareció absolutamente indebido el sacrificio de las dos mujeres; era una desigualdad ofensiva que no podía permitir de ningún modo.

—¡No es posible! —objetó—. Cabremos juntas, en la misma cama, haciendo un esfuerzo...

Mas una desagradable idea repentina se le vino a la cabeza. ¡Los piojos! Llevaba piojos desde la Prisión Militar y tenía miedo de transmitirlos.

—¡Yo seré la que duerma en el suelo! —exclamó.

Las dos mujeres vacilaban. Se miraban entre sí y luego fijaban los ojos en la figura de Rosario, confundidas, desconcertadas. La primera en reaccionar fue

Estrella, quien volviendo a su estilo desenvuelto, un tanto cínico, determinó, imperiosamente:

—¡Hay que dejarse de papeles! Tú —y señalaba a Soledad— dormirás abajo... Nosotras dos en la cama. ¡Todo está arreglado!

Luego se aproximó a Rosario con aires de confianza, diciendo con desprecio y sin la menor consideración para Soledad.

—¿Sabe usted? Ésa está bien ahí... le gustan las mujeres y va a querernos molestar por la noche...

Soledad bajó la vista y enrojeció. Quiso objetar algo, pero lo hizo tan débilmente y tan sin convicción que prefirió quedarse callada, las dos manos rudas entretenidas con los botones de la falda de colores chillones, de seda barata.

Rosario no pudo reprimir una indiscreta mirada hacia Soledad. No era preciso mirarla, aparte de que el caso no tenía interés excepcional y Rosario entendía perfectamente esto, por lo cual se arrepintió al instante —«¿No seré capaz de tener tacto nunca?»— tanto más cuanto la confusión de Soledad aumentó notablemente, llegando al extremo de que sus manos —torpes y gruesas, de un moreno sucio— arrancaban por fin un botón de la falda, llevadas al extremo de la nerviosidad.

Rosario experimentó una viva cólera en contra de Estrella, pues le pareció baja y estúpida su delación, pero al mismo tiempo una ciega repugnancia se apoderó de su ser, como si Estrella no fuera ajena a las prácticas que condenaba y todo el mundo aquél, de hampones y criminales, no fuera, también, otra cosa que un mundo escondidamente monstruoso, subterráneamente anormal y desquiciado.

Miró con fijeza a los ojos de Estrella intentando penetrar sus pensamientos. Pero estos ojos estaban velados como por una mica extraña que les hubiese hecho perder el brillo y las ideas. Al mismo tiempo, y de una manera ciertamente contradictoria, Estrella había recobrado su habitual agresividad. Repuesta de las primeras impresiones ahora sentíase otra vez dueña de sí misma —en cierto modo libre y ágil, como si hubiera salido de una estorbosa soñolencia— abandonando aquella irritante humildad que mostrara en un principio. Adivinaba los pensamientos de Rosario y esto la irritaba sombríamente, como si alguien la hubiese puesto en evidencia sobre pecados interiores, desconocidos, que no debían saberse jamás.

—¡Mira tú! —dijo con violencia—. ¡Aquí no hay distinciones! ¡Las dos vamos a las Islas, somos iguales! ¡Deja ya tu carita de santa!

Rosario no respondió mordiéndose levemente los labios, indignada, entretanto la mujer volvía a la litera donde, recostando las piernas hasta dejar el muslo al descubierto, extrajo un cigarrillo de su bolsa, mirando abstraídamente, por la claraboya, hacia el mar.

Empezó, entonces, a charlar con Soledad contando complicadas historias donde, a cada instante, aparecía su «viejo», un personaje cínico, brutal, que tenía, sin duda, un significado profundo en su existencia.

Rosario escuchó toda una novela sobre el «viejo» que hoy estaba en la

Penitenciaria, con una «zoleta» —decía Estrella— de ocho años.

—Él va a pedir que lo manden a las Islas, para que estemos juntos...

Entonces a Rosario se le ocurrían meditaciones imprevistas —en las cuales nunca se había detenido— sobre el amor y sus tortuosos caminos. ¿Qué fatalismo había para que el amor no fuese limpio y claro, y estuviera, por el contrario, condenado a eternas simulaciones, a un camino ciego y trágico? Hubiera querido exclamar, dirigiéndose al par de mujeres: «Ustedes no entienden nada de eso», y al mismo tiempo, también hubiese querido narrarles su propia historia y la historia de todos los amores que conocía. Particularmente toda la enredada trama de Clotilde, su pavorosa tía, y cuyos amores, por reflejo, habían hecho la desgracia de Rosario.

Clotilde estuvo enamorada del padre de Rosario. Aquello fue una dramática rivalidad entre hermanas que nunca pudo encontrar adecuada solución. El padre de Rosario actuó de tal manera —seguramente sin proponérselo, pues esas cosas suelen ocurrir así— que Clotilde se creyó siempre la elegida. Mas el caso era por completo distinto. Hoy, a distancia, tan esquemáticamente hablando, el asunto parecía frío y sencillo. Pero había que imaginarse la complicada pasión, el brutal drama, que tenía lugar en el espíritu de Clotilde. Ésta calló siempre, no dijo nunca nada, pero cuando la madre de Rosario murió —había muerto siendo ya viuda y ya todo estaba perdido para Clotilde— hubo como el principio de una deuda saldada. ¡Todo perdido! La vida había pasado sin dejar huella de dulzura. Los minutos y las horas, los meses y los años, habían sido en vano. Hay que imaginarse y comprender lo que significa una vida vacía y pobre, sin el menor sentido; imaginarse y comprender lo que es un desierto, sin sombra ni vegetación alguna, abierto de par en par a todas las desolaciones. Clotilde estaba en la imposibilidad —incluso física— de comprender ya ninguna cosa alta, ningún sentimiento noble y puro. De ahí su empecinamiento en la venganza, en la tortura cruel y diaria, repetida, contra un ser que pudo haber sido su hija pero que era el fruto de un amor enemigo y oscuro, persistente como una maldición.

Rosario suspiró profundamente al hacer un descubrimiento tan insólito y asombroso. En efecto, nunca se le había ocurrido que su tía Clotilde fuese un ser lleno de amargura y sufrimiento a quien había que compadecer con toda el alma por su negra esclavitud sin resquicios, por su pobre corazón falto de bondad y de cielo.

Se dirigió a la puerta del camarote y la abrió de golpe, con el deseo de aspirar el aire transparente y purificador que venía del Pacífico.

Un centinela —marinero sucio, con sus carrilleras de lona— cruzó la carabina sobre la puerta.

—¡No se puede salir! —dijo secamente.

Rosario movió la cabeza sin asombro alguno:

—¡Si sólo era para recibir el aire...! —musitó.

Sentía en las sienas el movimiento del barco. El ritmo exterior —era un movimiento pausado y grande— se reproducía en el centro mismo de la cabeza y

bajaba a la garganta, al pecho, para hacerse amplio y desagradable en el estómago, donde las paredes parecían salirse de la caja del cuerpo, perdidos ya los límites.

—¡Acuéstese usted! —oyó a sus espaldas una voz (Soledad, sin duda) que la requería. Pero comenzaba ya a perder las nociones y tenía una concepción completamente extraña de las cosas. Se olvidó por completo de que en el camarote había dos mujeres, como si nunca las hubiese visto en la vida, al mismo tiempo que le pareció radicalmente inmotivado e inexplicable hallarse a bordo de aquel barco. En una palabra, todos sus puntos de apoyo y sus referencias sobre el tiempo y el espacio —apenas alcanzaba a pensar, muy vagamente: «Parece tratarse del mareo»— se derrumbaron cediendo el lugar a cierta chocante variedad del vértigo que consistía en un girar absurdo de todas las cosas y en un cielo furioso, a veces de hierro claveteado con remaches como hongos, y otras, el verdadero cielo, con nubes largas y sucias, como vendas de una enfermería.

Soledad y Estrella la recogieron del suelo, pues de pronto había caído desvanecida. Estrella —ya habían colocado a Rosario en la litera— le echó la manta gris de soldado sobre el rostro, «para que no le diera el aire», según dijo.

La mente es algo curioso y casi inverosímil. Tiene una extraordinaria semejanza con un escenario de ésos muy profundos —tanto que se sentina vértigo—, que tuviese una serie sucesiva de decoraciones imprevistas. Primero una, después otra y otra, sin acabar jamás, porque la mente, en el fondo, es insondable. También se parece a dos grandes y descomunales espejos encontrados, que se reprodujeran a sí mismos sin cansancio y de una manera tan infinita como en las pesadillas, con la diferencia que a medida en que apareciesen nuevos espejos —espejos y espejos como una torre de Babel— las figuras reproducidas fueran siendo otras o, con mayor exactitud, las mismas, pero vistas en aspectos desconocidos, como si a cada nueva aparición se descompusieran en sus elementos integrantes creando la falsa idea de que, después de algún tiempo, en el más lejano y último de los espejos, acabaría por encontrárselas, simples ya, y como quien dice «monocelulares», poniendo al descubierto su origen y con ello el origen de todas las cosas, el secreto del universo y el principio de lo que existe. Pero ya se ha dicho que, en todo caso —y aun dejándose llevar por ilusiones ópticas—, se trata de una falsa idea o si se quiere, de un «espejismo». La mente, no obstante, es así. Nosotros tenemos un pensamiento, una emoción, un instinto. Mas todos ellos —y cada uno en lo particular— se pueden descomponer en mil pedazos y no encontraremos jamás el camino, no encontraremos jamás lo simple ni lo primario.

Rosario tenía unas nubes, gruesas como cuerdas marinas. Evidentemente como cuerdas marinas, pues cuando se las tocaba tenían una consistencia burda y de lejos parecían como esos fenómenos conocidos popularmente con el nombre de «culebras de agua». Aunque a decir verdad lo que les daba esa semejanza con cuerdas marinas no era precisamente el tacto, sino más bien la lejanía, porque, en fin de cuentas, por más ancha que sea una cuerda marina nunca podrá serlo más que una «nube gruesa».

La lejanía, sin duda alguna, porque aquellas nubes de Rosario iban corriendo hacia el horizonte, después de estar en los primeros términos y se adelgazaban ridículamente, en una forma que movía a risa. «El hilo siempre se rompe por lo más delgado», pensaba Rosario y era tan humorístico este pensamiento, que prorrumpía en una carcajada homérica, salvaje, rompiendo, en verdad, aquellas nubes absurdas, de las cuales brotaban unas gotitas de agua, como el jugo que brota de un tallo frágil y tierno al romperse. Lo asombroso era que ahí estaba Ernesto, de rodillas, dirigiendo la mirada a un sitio invisible. «Sí, señor oficial —decía Ernesto, tímido y compungido—, es mi querida; además yo la mantengo, además usted le pegó...» Pero no era cierto que estuviese de rodillas. Lo que ocurría es que estaba mutilado, sin piernas, y caminaba de un lado a otro —¡quién sabe cómo, Dios mío!— gritándole a Rosario: «Sí, a las Islas.» Rosario sentía una gran pena y una especie involuntaria de amor, pues había creído reconocer en la voz de Ernesto una vieja voz muy antigua y entrañable. Entonces tendía los brazos hacia Ernesto, pero una gran carcajada lo hacía desaparecer poniendo ahí, en cambio, el rostro de Estrella que era quien reía.

Estrella no reía, en realidad, sino a lo sumo enarcaba los labios, amablemente, mientras frotaba la nuca de Rosario, que comenzaba a abrir los ojos, con lentitud y extrañeza.

—¡Te desmayaste! —dijo Estrella—. ¡Qué! ¿No has comido?

Rosario gimió ininteligiblemente y volvió a cerrar los ojos.

—¡Pobrecita! —exclamó Soledad.

Este «pobrecita» tuvo la virtud de conmover a Estrella; se sintió de pronto como culpable de todo lo que ocurría y en un instante saltó hasta la claraboya para chillar con todas sus fuerzas:

—¡El médico de a bordo, por favor, el médico...!

Después de mucho tiempo un señor de edad, que vestía americana blanca y tenía una nariz rojiza, grande, subió hasta el camarote.

—No es nada grave —dijo a tiempo que auscultaba el cuerpo de Rosario—, únicamente debilidad.

Pero llevado de quién sabe qué pensamiento colérico, agregó, frunciendo el entrecejo:

—¡Además les está prohibido hacer tanto escándalo por una bagatela!

Afuera del camarote se oía un rumor confuso. Parecía ser que a los hombres de la bodega, por fin, ya que el *Progreso* estaba lejos de la costa, los sacaban a cubierta para respirar el aire libre. Pero había algo más que no alcanzaba a comprenderse. La tripulación estaba inquieta y como misteriosa, moviéndose de un lado a otro de la embarcación. Un oficial subió al camarote de las mujeres y abriendo la puerta dijo al médico con brevedad y rapidez:

—¡Allá abajo se le necesita, doctor, un certificado...!

Después, de nuevo volvió a subir el rumor confuso de la gente, lastimero y como

indignado.

Las mujeres oyeron, en seguida, una conversación de oficiales, sobre el puente, a un paso del camarote que ellas ocupaban:

—¡Es que no se tiene cuidado con estos hombres! —argüía uno.

—¡No es posible otra cosa! —se le replicaba.

—¡Bah! ¡Bah!

La conversación cesó por un momento mientras el primer oficial gritaba al parecer dirigiéndose a un marinero, allá abajo:

—¡Cuando termine el doctor que suba a verme...!

Soplaba un viento cálido y tropical. Por la claraboya del camarote, en ese instante, las aguas veíanse verdes y pausadas, mientras a lo lejos se perdía la última línea, delgada e imposible, de la costa.

—¡Alta mar! —suspiró Estrella.

¡En alta mar...!

¡Oh, viaje pesado y negro! Navegarían aún por cuarenta y tantas o más horas, como se navega siempre en el mar, con el corazón turbado y el espíritu en duda; como se navegaba siempre en esas aguas inmensas, sin fin ni principio, bajo la idea, apenas insinuada, pero firme e insistente, de que se marcha sin destino, al azar, persiguiendo cosas vanas e ilusiones distantes.

—¡Ah! ¡Ya doctor! —sonó la voz del oficial sobre el puente.

En seguida las palabras graves, lentas, del doctor:

—¡Asfixia, señor mío, nada menos que asfixia...!

—¡Qué contrariedad! ¡Cuídese de decirle a nadie...!

El mar elevaba un grueso, tangible aire de sal y yodo. Un aire que humedecía el cuerpo del hombre —negro, aún con los ojos abiertos— que había muerto, muy poco tiempo antes, en la bodega.

V

El Chale, renegrado, abriendo la boca con sus dientes de oro, se colocó el primero en el extremo de la proa, señalando con asombro las montañas verdes. No mostraba alegría sino una especie de todas las emociones: pena, rabia, tristeza, y seguía señalando como si el espectáculo no fuera posible, como si todavía hubiese una esperanza.

El *Progreso* había bordeado la María Cleofas y momentos más tarde la María Magdalena, navegando con cierta lentitud cautelosa, tímidamente. Sobre cubierta los marineros ya maniobraban aprestando el ancla, acomodando cuerdas, despejando de estorbos la sucia embarcación.

—¡Las Islas!

En el borde de las Islas el mar se volvía blanco, revuelto con la arena y sobre los acantilados el agua reventaba, elevándose como en candelabros de espuma.

El Chale parecía inmovilizado, señalando aún las Islas, sin alterar la posición del brazo:

—¡Grandes, las cabronas...! —musitó por lo bajo e inclinó la cabeza.

La María Magdalena quedó atrás y el *Progreso* viró entonces del sur de la María Madre hacia su costado este, donde las olas se estrellaban con gran majestad, llenas de vigor. Algún funcionario del gobierno, cuyas ideas laicas lo habían hecho famoso, propuso en quién sabe qué ocasión el cambio de nombre para las Islas Marías. Se trataba de poner un nombre cívico, ciudadano, que enalteciera la conciencia de la nación: las tres islas se llamarían «Igualdad», «Libertad» y «Fraternidad», correspondiendo al archipiélago el título —que ni aun en la democrática Francia existe— de «Archipiélago de los Derechos del Hombre».

Sobre una considerable explanada —después del pequeño faro y ya para entrar en la bahía— se dejó ver el edificio gris, bajo, del hospital; en seguida las barracas —de madera, muy parecidas a simples bodegones—, y finalmente el caserío blanco de Balleto, puerto y capital de la colonia.

Los rostros eran tristes y angustiados sobre el barco. Una temerosa humildad se había apoderado de todos los presos, quienes miraban en forma interrogante a los oficiales. Con numerosos papeles en las manos, éstos contaban y recontaban el cargamento humano del *Progreso*.

—¡De dos en fondo!

—Numeración corrida por la derecha.

—¡Uno, dos, tres...!

Los deportados gritaban su número respectivo, hasta que la operación se veía interrumpida por algún inexperto, que se equivocaba (esto ocurre siempre, y en todas las filas de la vida hay alguien que se equivoca).

Los «políticos» formaban en el último extremo y en una de tantas ocasiones un oficial se llegó hasta ellos para verificar también el número:

—Ustedes aparte —dijo—, vienen muy «recomendados»... —y los separó del conjunto colocándolos frente a todos los demás.

Del puerto ascendió entonces un rumor de música que el aire dejaba pasar a trozos hasta el *Progreso*. Era una marcha militar que desde un quiosco ejecutaban unos hombres de uniforme, negros, pequeñitos.

Puerto Balleto daba una impresión dolorosa y grave. Se veía desde luego ese color desolado y esos gestos inmisericordes de los establecimientos oficiales, donde existe una jerarquía rigurosa y una vida entera, llena de importancia, tan completa como la de una nación o un mundo. Porque, ciertamente, basta sólo con penetrar en el sentido y en el aire de cualquier establecimiento gubernamental —orfanatorios, hospitales, cárceles, y hasta las escuelas— para darse cuenta del complicado universo de pasiones e intereses que existe ahí. Desde el director hasta el último empleado, todos giran en torno de la institución, ciegos, maniobrando para conservar el empleo o hacerlo más lucrativo, y las cosas que ocurren —baladías en otro sitio—. Después dice uno: ¡pero qué fantástica insignificancia cobra una importancia de vida o muerte y en derredor de ella se urden intrigas interminables, donde se llega a extremos que no se pueden creer!

Un ruido interior y profundo anunció que el ancla había caído al fondo del mar y en seguida el *Progreso*, fijo ya y tranquilo, saludó al puerto con tres grandes toques de su sirena.

De espaldas a las Islas los presos formaban una doble fila silenciosa, con sus bultos enormes y sucios donde cabía todo: sombreros, cobijas, pan, zapatos, periódicos, cigarrillos. El Miles, blanco con su cara de negro —pelo ensortijado, nariz ancha, labios gruesos—, formaba sin soltar la guitarra que había traído desde México. Veía las gaviotas y los pelícanos y soñaba en el Puerto de San Blas, ahí enfrente, a doce o a quince millas, ¡quién iba a saber!, como un puerto submarino, inalcanzable, que no podía verse sino en raras ocasiones y eso cuando el aire volvía fino y la atmósfera se transparentaba hasta hacer próximas las cosas.

¡San Blas! Por el camino de Tepic a San Blas todos los jueves iba el pagador de cierta plantación frutera para realizar el pago de los peones. El Miles había fraguado ese «golpe» desde hacía dos años —«¿existirá aún la compañía, y pagará, asimismo, los jueves?»— y no abrigaba el menor deseo de abandonar sus propósitos, antes creía realizarlos cuando saliese libre de ese «mal paso» de hoy, después de sus ocho años de condena. Y como que el destino lo había aproximado, poniéndolo ahí, relativamente cerca, en las Islas. ¡Ocho años! ¡A la salida! ¿A la salida? Los ojos a un tiempo alegres y melancólicos de El Miles brillaban singularmente ensombrecidos por la nostalgia. Eran sus ojos, ojos de negro, de permanente nostalgia, como si la sangre clamara por otra sangre remota que lo determinaba, ancestralmente, desde lejanísimos continentes. Ojos de negro, porque El Miles tenía todo aquello que suelen tener los negros, el vigor extraordinario, la corpulencia, la alegre tristeza, en medio de un rostro sorprendentemente blanco y fino. En Nayarit estuvo, hace algún tiempo,

hospedado en un hotel tepiqueño de patriótico nombre —Hotel Hidalgo u Hotel Independencia—, y ahí había observado los manejos de la *Banana Fruit* y de su diligente pagador —el pagador era lo más importante—, un hombre pequeñito, de pelo cortado a lo káiser y ojillos azules, llenos de ternura. «La suerte que va a correr, el pobrecillo», pensaba El Miles, imaginando ya el asalto. Examinó, también, el Roadster del gringo y por las noches, en el garaje, sigilosamente, el motor del carro con sus cilindros, su *monoblock*, su cárter y el sitio aquel preciso donde un petardo de tiempo estallaría en el momento oportuno —un jueves, por la mañana, antes de que el sol llegase al mediodía, en medio de las altas ceibas y los gruesos mangos— para que El Miles actuara sin obstáculos, llevándose los catorce mil pesos; los catorce mil «del águila». No obstante la policía lo obligó a salir de Tepic, pues le perseguía de cerca por un enojoso asunto en Mexicali, donde había despojado a unos traficantes de drogas que hacían negocio en los casinos.

Cerró los ojos El Miles incapaz de vencer la bruma que en el horizonte impedía distinguir esa pequeña porción de la Sierra Madre Occidental que se yergue frente a las Islas Marías y que antaño, bajo don Porfirio, dio calor en sus faldas al próspero puerto de San Blas, cuyo comercio, tráfico e industria, fueron alimentados por el río, de igual nombre, pero cuyo curso se alteró, después de la caída de don Porfirio, reduciendo al puerto a un simple puerto de cabotaje, sin comercio, donde pobres pescadores se hacían la vida liviana echando al mar sus redes. (La alteración del curso del río coincidiendo con la caída del dictador, hizo que las malas lenguas se desatasen en denuestos contra el movimiento revolucionario y contra el «chaparro» Madero.)

Colocado de esta suerte El Miles a bordo del *Progreso* —y con él todos los otros deportados—, atrás las Islas y enfrente el invisible San Blas, antojábasele entonces que el presente se hallaba a sus espaldas y el porvenir risueño delante, invitándolo a marchar, llamándolo a la vida.

El «presente» era un cerro ancho, semicónico, sujeto a variaciones, es decir, descompuesto en otros cerros más pequeños, ventrudos, que lo rodeaban cubiertos de una vegetación tupida, aunque pequeña, de árboles blancos, de pochote y huayacán; oscuros, de cedro y encina; rojizos, de palo-fierro; grises, de palo-negro, que surgían irregularmente en mitad de los chaparros y las higuierillas, o solos como garfios, en medio de las explanadas limpias por la quema.

La música de Balleto pasaba en ráfagas sobre el *Progreso* y algún deportado no pudo menos que corear la melodía, con aires de comicidad, en un intento de romper aquel silencio dramático y asustado:

—«Se llevaron el cañón para Bachimba, los federales...».

La doble fila celebró la ocurrencia con una risotada a tiempo que un funcionario de la Isla —ya había subido y examinaba los papeles con gesto duro y ademanes esotéricos—, interrumpía, explicando:

—¡Se va a pasar lista! ¡Firmes!

Después del recuento la cifra total fue desconcertante: doscientos cuarenta y cinco, cuando debía ser doscientos cuarenta y seis.

—¡Cómo! —gritaba el funcionario—. ¿Doscientos cuarenta y cinco? ¿Qué es esto?

Los oficiales lo miraban compungidos, con aire de culpabilidad, sonriendo torpemente.

—¡No es posible!

Se intentó rectificar sin resultados positivos.

—¡Debe haber un error, señor licenciado! —pronunció, cortés, un oficial.

—¿Por qué error, capitán? —argüía el funcionario—. ¡En estas cosas no debe haber *nunca* error!

El ambiente era de confusión y embarazo; todos iban y venían, sin saber qué hacer, dando voces inútiles.

El funcionario examinaba la lista con cuidado, nerviosamente.

—¡Vamos a ver! --decía—. ¡Rectifique usted, hombre! ¡Hágame el favor! ¡Grítele usted a ese «doscientos cuarenta y seis» del demonio!

El capitán se acercó la lista a los ojos poniendo un gran empeño y diligencia en la tarea.

—¡Nicolás Fuentes! —gritó.

—¡Nicolás Fuentes! —repitieron los cabos y sargentos y algunos serviles de la doble fila.

Una voz anónima y modesta se dejó oír entonces:

—¡Es el «muertito», mi capitán...!

Los funcionarios y oficiales se miraron como quien se quita un gran peso de encima, a la vez que con cierta picardía. «¡Bendito sea Dios!», musitó el capitán volviendo hacia los presos.

No era vano ni sin motivo el respeto que se guardaba ahí al «licenciado», pues dicho personaje era alto funcionario de Gobernación comisionado en las Islas un mes antes para recibir la «cuerda» y en particular a los cinco «políticos» que venían en ella.

El funcionario, en consecuencia, se aproximó a los cuatro comunistas —Rosario estaba en el puente, con las dos mujeres—, con cierto aire de familiarizarse un poco, al mismo tiempo que darse cuenta de la peligrosidad de los agitadores.

—Tienen ustedes muy disgustado al señor presidente de la República... —dijo a manera de introducción, llenándose la boca con la palabra «señor presidente», y adoptando un aire severo.

Era un hombre de estatura regular, frente amplia, blanco, de manos muy finas y aire semibohemio, de intelectual. Se reconocía en él a esos profesionistas veloces, llenos de intrepidez y de tino, que saben actuar en el momento propicio con la frase adecuada, o el halago justo (son siempre secretarios de alguien importante, o jefes de algo). Con sólo observarlo se intuía que era uno de esos personajes dobles, o con

mayor exactitud, que hacen una vida doble, consagrándose, por una parte, a los negocios oficiales —que tienen su juego, su pasión, su historia endiablada—, y por otra parte a un género específico y singular de «creación», consistente en escribir versos, cuentos, ensayos, que las prensas del gobierno imprimen con diligencia y editan en lujosos volúmenes destinados al gobernador, al ministro, al diputado y al senador, no obstante que ninguno de éstos los lee, formándose, empero, un alto concepto del «escritor», debido, sin duda, a ese influjo supersticioso que la letra de molde ejerce sobre algunos espíritus. (Rascad encima de cualquier jefe de departamento y encontraréis versos terribles, que él muestra con orgullo y que, si sabéis gustar, os pueden significar un empleo modesto y alegre.)

—¡Nos hace mucho honor, el señor presidente! —repuso Ernesto con ironía.

El licenciado se mosqueó un poco, sorprendido, pero insistente:

—Miren ustedes —dijo en tono conciliador—, nosotros no tenemos ningún prejuicio en su contra... Yo mismo los veo a ustedes con muchísima simpatía, soy un espíritu amplio y comprendo todo lo que sienten y sus aspiraciones. (Yo también fui romántico y creí en la humanidad.) En el fondo estamos de acuerdo, diferimos sólo en los métodos...

Los «políticos» miraron al personaje con extrañeza y desprecio, sonriendo con insolente incredulidad.

—Pero nuestros métodos —continuaba— son distintos. Nosotros haremos todo pacíficamente, sin violencias. Nuestra revolución es mexicana, somos mexicanos, tenemos fisonomía propia... Ustedes copian a Rusia...

Prudencio intentó un gesto como de querer iniciar la polémica, pero fue detenido por Ernesto que atajó rudamente:

—¡Déjese de decirnos tonterías!

El funcionario se confundió pero tuvo buen cuidado de mantenerlo oculto con un movimiento de pretendida superioridad y desenvoltura. En seguida se alejó con rapidez, exclamando, con intenciones de ser oído: «Soñadores, soñadores...», para vomitar, casi torvamente, junto a un oficial de marina: «¡Imbéciles!» Sin embargo, todavía se volvió a los comunistas con un aire de insufrible pedantería.

—¡Les enviaré mi libro! Ahí están todas mis teorías sobre México. ¡Entiéndanlo bien, es un país paradójico, chistoso...!

Ernesto recordó entonces que este señor era una persona famosísima, un poeta, que había escrito muchas cosas profundas.

—¡Le estaremos profundamente agradecidos! —exclamó sin poder reprimir una sonrisa.

Descendieron los presos en grupos de ocho, llevados hasta el muelle por robustos barqueros semidesnudos, a quienes cubrían apenas unos calzones cortos, de mezclilla. Llegaban hasta los tablones de palo-negro que formaban el muelle y se les veía como muñequitos sucios, flacos, modelo de miseria y desolación. Los últimos fueron los cinco «políticos» a quienes hizo compañía el cadáver de Nicolás Fuentes, el

«doscientos cuarenta y seis» desaparecido.

—¿Estás mal? —preguntó Ernesto a Rosario al advertirla pálida, sombría.

Rosario no apartaba la mirada de los pies sucios y transparentes del cadáver.

—¡Tuve un ligero desmayo, no sé! —repuso como distraída sin apartar los ojos del cadáver.

—¡Pediremos que te vea el médico!

Al pronunciar estas últimas palabras Ernesto logró interceptar una extrañísima mirada de Marcos. Lo veía éste con severidad y enojo; mas no se trataba de una severidad común y simple, sino por el contrario, de algo colérico y lleno de furia, como si de pronto Marcos lo odiara con toda el alma. Mas esta impresión fue tan fugaz como un relámpago y Ernesto olvidó todo al instante, dispuesto ya, como debía estarlo, a desembarcar, pues habían llegado al muelle.

¡He aquí que estaban en las Islas Marías! Una protesta ahogada, espesa, se agolpó en la garganta de Ernesto. Todo lo que se ofrecía a sus ojos era tristísimo y brutal, como si la gente de ahí estuviese un poco ciega o loca. La mezclilla parda o el traje rayado de los colonos daba a éstos un ligero aire de monstruosidad al que contribuían las cabezas grandes y rapadas. Examinaban de lejos a la «cuerda», buscando gente conocida, algún «valedor», o procurando, sin ser vistos, que alguno de ellos les arrojara la mariguana que trajera antes que los funcionarios del penal hicieran el examen.

El Miles sonreía desde la fila donde estaba sentado en cuclillas como todos los demás, pues se les había dado esa prerrogativa mientras los funcionarios hacían los trámites de ingreso frente a una mesa. Sin embargo, hubo algo que hizo a El Miles levantarse de un brinco y exclamar, indignado:

—¡No sean abusivos ni cabrones!

El incidente era con los «políticos» pues a uno de ellos se le golpeaba con furia, bestialmente. Era Ernesto, que al poner pie en tierra había dado un grito en favor de su partido. Tenía la cara roja, bañada en sangre, e inclinaba la cabeza como sin conocimiento, pero por completo silencioso, ajeno. Los cuatro compañeros restantes estaban profundamente pálidos, mordiéndose los labios sin poder hacer nada.

—¡No sean abusivos ni cabrones...! —gritó nuevamente El Miles, de pie en medio de los deportados.

Los guardianes que ahora cuidaban de la «cuerda», pertenecientes todos al llamado Cuerpo Nacional de Inválidos, se dirigieron presurosos —con terribles ruidos de piernas artificiales y aspavientos de mangas sin brazos—, sorprendidos realmente por el hecho inaudito de que alguien fuese capaz de protestar ahí, en plenas Islas Marías, frente a ellos. Al llegar frente a El Miles encontraron a éste con los pulgares metidos en el cinturón, las piernas abiertas, sonriente aunque un poco pálido.

—¡Le va a pesar al primero que me toque! —dijo calmamente.

Los guardianes se detuvieron llenos de asombro. Aquel hombre infundía un extraño respeto, no solamente por su extraordinaria fortaleza física, sino además por

su continente superior, audaz, atrevido y rotundo.

—¿Qué cosa? —replicó el sargento con el solo fin de no permanecer callado.

Pero ya del extremo del muelle venía cojeando, engarabitado como un chivo, el subteniente Smith. El rostro del subteniente Smith era una cosa singular e interesante. En algún sitio —y es de suponerse que de una manera heroica—, durante sus campañas, lo sorprendió un incendio del cual salió con vida por un verdadero milagro. Sin embargo, su ya pobre y desmedrado cuerpo tuvo que sufrir las consecuencias; quemado en una forma horrible, en su casi totalidad se había contraído mostrando una piel descarnada, brillante, mientras el rostro estaba hecho una plasta escrofulosa. Era pequeño de estatura, enteco, y agregaba a sus desgracias la de estar absolutamente afónico, debido, con seguridad, a alguna deficiencia glandular.

Se estremecía frente a El Miles como un muñeco de alambre.

—¡Qué indejencia ej ejta! ¡Qué atrevimiento —y sentía una cólera mortal, verde, de acíbar, frente al osado, cuya fortaleza y vigor lo humillaban como si se tratase de una ofensa personal. Levantaba su bastón hasta el sonriente rostro de El Miles deseando que se lo tragara la tierra:

—¡Sajgento Cajajco, venja ujté...! —tosía.

Y como el sargento Carrasco no percibiera que lo llamaban, a tal grado era pura expulsión de aire, casi inarticuladas, las palabras del subteniente Smith, éste se vio en la necesidad de patear el suelo como un niño rabioso para llamar la atención.

—¡Pajeje que ejtá sojdo, Cajajco, venja ujté!

El sargento se volvió, apenas si un poco confundido, aunque se adivinaba más bien burlón, e hizo juntar su arqueada pierna artificial para marcar el «firmes» de ordenanza frente a un superior, mientras se llevaba la mano derecha a la gorra.

—¡Ordene usted, mi subteniente!

Ajustóse el subteniente los espejuelos, cuya cadenita de oro se remitía hasta la oreja rubia y arrugada.

—¡Incojpoje a ejte bandido con loj comunijtaj! ¡Que sufra su mijma suejte!

Cumplida su venganza el subteniente Smith se alejó en dirección a la mesita donde se veían los expedientes, moviendo las caderas grotescamente, como si su cuerpo estuviese hecho de juntas, a tiempo que se apoyaba en el ridículo bastoncillo.

Con la mano extendida que hizo bajar desde la frente pasando por encima de los ojos, de la nariz y la boca, hasta llegar al pecho, donde se detuvo en el corazón, Ernesto trató de limpiarse la sangre secándose finalmente en la camisa, que negreaba ya de tanta mugre. No sentía ningún dolor físico; por una razón extraña e inexplicable aquellos golpes no le habían dolido. Era nada más algo muy caliente que le había invadido el rostro y que le dejaba los oídos zumbando, como si numerosos insectos batieran en el aire. Pero, al mismo tiempo, por todo el cuerpo derramábase una sensación de hielo y de cuchillos, que se concentraba en las corvas, donde la sangre

parecía volverse una solución a base de hormigueantes esferitas, como granizos. En medio de todo brotaban ideas, nociones, sentimientos, de lo más contradictorio e insospechado. Sentía Ernesto satisfacción y vanidad; una ola placentera le inundaba el pecho y, aún de espaldas a Rosario, como se encontraba, la veía ahí, como más presente, como si un lazo tierno y fuerte se hubiese tendido entre ambos, estrechándolos y uniéndolos. ¿Cuáles eran sus sentimientos, en realidad, con respecto a Rosario? ¿Habían nacido ahí mismo, durante el viaje, durante todas esas circunstancias que ahora unificaban sus destinos? No podía responderse. Rosario le apareció siempre velada por una serie de prejuicios; es decir, por el prejuicio de obstinarse en no tener ninguno. Teóricamente se pensaba en un mundo donde las relaciones entre hombre y mujer deben ser distintas y donde el sexo no ocupa un lugar de primer orden, o con mayor exactitud, un lugar determinante, sino que vive como sujeto derivado, no principal. De esta manera hacer brotar de cualquiera o de todas las circunstancias una situación sexual o simplemente amorosa, le parecía indebido, falta de limpieza y de rectitud. Partiendo de considerar que entre sus camaradas las relaciones entre hombre y mujer eran libres, sanas, sin hipocresías ni prejuicios, Ernesto incurría en el prejuicio de temer se le considerase un «aprovechado». Su amor hacia Rosario, de esta forma, estaba oscurecido por una serie de represiones, inhibiciones y censuras, e inclusive no aparecía completamente claro ante él mismo. No obstante en este hecho no radicaba lo insólito del problema. Hoy, Rosario tan próxima, esperando situaciones físicas que forzosamente tendrían que compartir, el sentimiento de amor, vago y oscuro, se abría paso hasta la superficie, aflorando con un disfraz múltiple y constante en cada palabra, en cada gesto, en cada pensamiento. Ernesto hubiese querido que todo fuera un sueño. Esto es, que ella fuese un sueño y él también, y dormidos ambos, sin importarles nada, sin que existieran dimensiones, se entregasen completa, dulcemente, hasta el olvido.

Cuando aparecieron los cinco «políticos» ante el director de la colonia, Ernesto continuaba pensando en Rosario; con la diferencia de que su pensamiento ya no era especulativo ni abstracto, sino desnudo, fuerte y brutal. No era ya simplemente una idea amorosa —con todo lo que de «puro» tiene la palabra—, sino algo rotundo, despierto, que imaginaba a Rosario de carne viva y de sexo concreto hasta el martirio.

El director de la colonia era un general llamado Macario Gaxiola. Vestía con chamarra de cuero y pantalón de kaki, tocándose con un sombrero tejano que se echaba hacia atrás para descubrir la frente pequeña y estrecha, de roedor. Cauteloso como un zorro no se aventuraba a decir muchas palabras concretándose a clavar sobre sus interlocutores el par de ojillos claros, sin inteligencia, que hurgaban los rostros tratando de desconcertar.

—Comunistas, ¿no?

Los cinco compañeros no respondieron.

—¡Pues aquí los «güevos» se dejan en el muelle —terminó señalando con el mentón y volviéndose de espaldas.

Con grandes letras negras leíase en la primera casa, frente al muelle: *Ayudantía General de Campo*. Ahí fueron introducidos los «políticos», antes que nadie, para ser destinados a su campamento.

Después de cada nombre que escribía, el mecanógrafo levantaba la vista hacia su jefe, el cual pronunciaba una sola palabra:

—Arroyo Hondo.

¿Qué sería?

Cuando ya estaban casi en las afueras de Balleto un mensajero alcanzó al «gendarme» que los conducía.

—¡Que la mujer se queda aquí, dice el jefe...!

—¡Cómo!

—Si, dizque va a trabajar con mi subteniente...

Ernesto vio cómo Rosario se alejaba. Entonces sintió un terrible vacío dentro del pecho y una angustia que no podía calificar.

«Es que la amo», pensó al fin.

VI

El polvo era fino y caliente. Los pies, que sudaban dentro de los zapatos, se hundían con desesperada fatiga en el camino, blanco e infernal bajo aquella atmósfera ahogada. Después de las zarzas, sedientas y malévolas, que bordeaban aquella cinta blanca, seguían las plantaciones de papayos, un tanto ridículos, vagamente parecidos a avestruces, rodeados de alambradas. El sol había traspuesto la prominencia más alta del cerro, llamada El Borbollón y pese a que su fuego no caía ya directamente, de la tierra se desprendía un calor picante y molesto que parecía introducirse en las articulaciones de los huesos y en las ventanas de la nariz donde se mezclaba con rasposas mucosidades.

Ramón montaba un flaco mulo sin herraduras: era éste uno de esos animales a quienes la gente de campo llaman «espiados» por haber consumido las pezuñas de tanto caminar y que cuando lo hacen, después, pisan con la carne viva en el suelo. El pobre mulo cojeaba al contacto con la caliente tierra provocando las iras de Ramón que mostraba su boca desdentada al maldecir.

Aquellas dolidas pezuñas sabían de toda la Isla; por las tardes, antes de ocultarse el sol, debían conducir a Ramón a los campamentos donde se entregaban los «partes» y la orden del día. También, y de una manera irregular aunque frecuente, hacían viajes hasta Arroyo Hondo cuando Ramón conducía a los castigados, pues dicho lugar, el más insalubre y el más lejano, era una especie de ergástula, de séptimo infierno a donde pagaban sus culpas los rebeldes.

Ladeándose sobre el mulo Ramón examinó atentamente a los «políticos» que sudaban bajo el peso de la fatiga. Era Ramón el «gendarme» de la Isla, puesto que se le había otorgado en atención a su comportamiento y que consistía en conducir a los castigados y en llevar los partes a las comandancias de los campamentos. Mirando a los «políticos» se le ocurrían multitud de meditaciones.

—Ustedes vienen «muy recomendados» —dijo, mientras sonreía, con el afán de iniciar conversación.

El «gendarme» tenía una cabeza redonda, esférica, apenas cubierta por un cabello claro, cortado al rape. Su edad era indefinible sin duda a causa de los pocos dientes y las numerosas arrugas, cosa que le hacía aparecer como muy viejo, aunque al conversar y al dirigirse, con sus ojos llenos de destellos, se le notaba cierta juventud, cierta variedad de lozanía trágica y de jovialidad a destiempo. No era envidiable —pensaba Ramón— la situación de aquellos cuatro «políticos», tan «recomendados» y sobre quienes el funcionario de Gobernación había tenido extensas conversaciones secretas con el general, pero hubiese cambiado con gusto su lugar por el de ellos. Ramón Flores, colono número ochocientos cuarenta y tres, llevaba sobre sus espaldas condena de veinte años —pena máxima—, por el delito de homicidio con todas las agravantes. ¿Quién, en tales condiciones, no hubiera querido cambiar su destino por cualquier otro, aun cuando éste, en apariencia, estuviese pintado con los más negros

tintes?

—¿Qué quiere decir con «muy recomendados»? —inquirió Prudencio.

Prudencio, el mayor de estatura entre los cuatro, caminaba encorvado y rengueando. Quién sabe por qué su figura, en esos momentos, era la más dolorosa y abatida. Sería probablemente por el hecho de que, también, era el más fuerte, el más osado y ahora flaqueaba lleno de humillación y de temor.

Por los ojos del «gendarme» pasó una chispa de maliciosa burla:

—Es que se les va a aplicar todo «el rigor de la colonia».

Esta breve frase abría un mundo inimaginable para los cuatro camaradas. «Entonces —pensaban— se va a desatar todo el odio sobre nosotros». El odio del hombre, el odio de clase. Porque se odia históricamente, se odia como una función abstracta e impersonal, pero alguna vez este odio se vuelve concreto y encarna en seres vivos, que caminan y comen, que se vengan y torturan porque así se lo ordena la clase, así se lo ordena un dios misterioso que gobierna. Y ese odio pega con furia y con pasión pero al mismo tiempo de una manera indiferente o que se antoja así por lo repetida y lo capaz de eternidad; siempre tiene algo de muralla china, construyéndose paso a paso, día por día, sin descanso y resulta imposible imaginar cómo es verdaderamente. Ahí los aguardaba ese odio; algún día debían encontrarlo, vivo y presente, y ese día había llegado.

Por el camino apareció un hombre a caballo. El caballo era fino, lujosamente enjaezado y el hombre vestía un traje de campo que le daba aires de mayordomo. Se detuvo frente al grupo tirando de las riendas.

—¿Y éstos?

Era de rostro blanco, largo, y de unos labios gruesos, sensuales, entreabiertos siempre. Los ojos azules o verdosos relampagueaban con agilidad, abriéndose mucho por efectos de la cólera.

—Los comunistas, mi jefe —explicó Ramón.

El hombre miró a los presos de arriba a abajo con muestras de infinito desprecio.

—¡Peores que los rateros y los asesinos! —exclamó picando espuelas y echando a caminar, casi encima de los «políticos».

Sin embargo, se detuvo algunos pasos adelante:

—Mira —dijo a Ramón—, ya «telefonié» a Arroyo Hondo, pero me le dices tú mismo a Maciel que estos hombres van con tarea doble, que me los ponga luego luego a trabajar...

Sacudió las riendas del caballo y una nube de polvo lo hizo desaparecer, porque corría ya al galope.

Ramón meneó la cabeza con lástima y sin ser oído: «No tienen piedad», musitó refiriéndose a los verdugos. Sentía él mismo cómo el hombre puede ser juguete de fuerzas superiores y cómo un destino maléfico, turbio, le niega todas las alegrías y en el momento menos pensado pierde su libertad y tiene que someterse a ruindades, a humillaciones, y lo que es peor, a la sujeción desconsiderada y abominable de otros

hombres, que no tienen sentido ni saben nada de amor. Recordaba su propia vida dentro de la cual no cabía ninguna esperanza (aunque el hado terrible, para que el hombre siga viviendo y sufriendo, le pone por enfrente una esperanza, y siempre la hay, aún en las peores oscuridades). ¡Veinte años de condena! Una cifra inmensa colocada encima de la vida como una pesada lápida de piedra; una cantidad desprovista de alegría, de sueño, insomne, de desvelo sin cauce.

Espoleó al mulo flaco, exasperado:

—Demen sus «chivas», muchachos, para que no se cansen —dijo con amabilidad, conmovido ante sí mismo y por ello ante sus semejantes—, pues la jornada es larga...

En seguida tendió las manos para recoger los bultos de ropa y otros enseres que se le ofrecían, colocándolos en las ancas de la bestia.

«¿Y quién está a salvo de cometer un crimen?», pensaba. Un crimen es algo muy sencillo. Todos los hombres se encuentran al borde del asesinato. No sentía remordimiento alguno al recordar su propio crimen y, por el contrario, estaba convencido de que, repitiéndose las circunstancias, obraría de la misma manera.

Comenzó la cosa por una mujer. La mujer de Matías Aguilera.

¡Tenía una belleza tan extraordinaria Julia! ¡Y una juventud plena, luminosa, abierta, de trigo fresco y de campiña cargada de frutos...! Matías la cuidaba celosamente. Pero se trataba de unos celos descomunales como si Matías hubiese sido un Shylock del sexo o un padre Grandet cuidando su tesoro. No puede celarse a una mujer de esta manera sin que exista, allá adentro, algo monstruoso e inconfesable. Porque Matías nunca fue casado, sino cuando llegó a viejo, después de permanecer aislado, solitario, sin mujer.

El doctor de la ciudad —un honrado profesionalista de Chihuahua— lo previno seriamente:

—Me parece que comete usted una locura al casarse...

Porque antes, durante una larga temporada, estuvo atendiéndolo en secreto (después, en el Casino, el médico despepitaba sobre la inenarrable enfermedad de Matías) y estaba al tanto de las condiciones físicas imposibles de su paciente.

—Pero doctor —decía angustiado Matías— ¿la cosa es irremediable...?

El médico meneaba la cabeza con escepticismo, desahuciando cada vez a don Matías (desde que se convirtió en rico ganadero obtuvo el *don* en todo Chihuahua), quien regresaba a su hogar desconsolado.

Pero Matías hizo un descubrimiento que es muy difícil contar a menos de que se narre lo acontecido la primera noche de su boda.

El matrimonio introdujo en su vida cambios muy considerables. Por lo pronto mandó colocar puertas dobles en su habitación, le aumentó el sueldo a su ama de llaves —tía lejana suya—, y compró un gran mastín, famoso más tarde por su fiereza —cuando estuvo a punto de matar a un niño—, y al que sujetó con grandes cadenas.

El perro era fuerte, espantoso, de una horrible cara. En la familia de los perros existe una curiosa división: hay perros nobles y buenos, dulces, que son, por lo

general, los perros sin dueño y sin casa, vagabundos, que comen aquí y allá, y en todas partes reciben palos e insultos; hay otros llenos de escándalo, chillones, que son los perros de las solteronas, bien educados, que comen a sus horas y hasta hacen sus necesidades en el W. C.; hay también los perros llenos de garrapatas que acompañan al campesino en su labor; y están, finalmente los perros bestiales, inhumanos, capaces de destrozar niños y a los que se ocupa en prisiones y cárceles para perseguir prófugos.

La noche de la boda tuvo lugar una escena harto interesante. Matías se encerró con la jovencita y comenzó a requerirla con las más tiernas y ridículas frases hablando como niño e intentando acariciarla. Aquél era un momento que Matías esperaba por años en su existencia. Temblaba como un azogado, las venas del rostro parecían estallarle y un latir frenético le bailaba en las sienes.

La muchacha corría por el cuarto, llena de repugnancia pero sin alterarse, con el ceño fruncido y la respiración bronca.

Matías estaba loco; ora amenazaba con cólera, recordando a la muchacha que sus padres le habían prescrito obediencia ciega hacia él; ora suplicaba, poniéndose de rodillas y adoptando un rostro dolorido, que moviera a compasión, o decía frases apasionadas, de un lirismo desbordante. Había puesto tal empeño en su propósito, era tan poderosa y desesperada la carga de energía contenida en sus ruegos, que la jovencita accedió, al fin, a desnudarse toda entera (y aquí principiaba la primera fase del alucinante descubrimiento que Matías comenzaba a poner en práctica).

A veces el sexo y la muerte se conjugan —o quién sabe si siempre sea así—, y para Matías, en particular, el sexo estaba vedado por la muerte. Y en qué forma curiosa y grotesca: el vientre le caía por encima del cuerpo, relajado, y un solo esfuerzo, aun simple y leve, produciría una congestión muscular, una de esas endiabladas catástrofes invisibles que ocurren en el fondo de los cuerpos y los desligan de la tierra. Se unía este vientre a cierto vencimiento sin prórroga, oscuro, de vigor en derrota, de sexo muerto, donde Matías naufragaba como en una bahía sin perspectivas. Pensó entonces en la posibilidad de morir. La muerte se le presentó en la forma de un millón de cabezas de ganado, rompiendo los corrales del mundo, para pasar encima de él, en avalancha. Miraba los ojos de las vacas furiosas, inyectados por siglos de desesperación y de cólera; las pezuñas de sílex, echando fuego de metales; los belfos angustiosos y llenos de palabras. Estrechó entonces junto a sí el cuerpo desnudo de la joven, como si ya estuviese ahí el millón de bestias desaforadas. Estrechó más aún, más, y una ola tumultuosa, de sangre, de sollozos, de dientes apretados, subió de su interior transformándose en caricias suaves y violentas, bruscas y tímidas, desesperadas y con esperanza, que recorrían el joven cuerpo de la mujer.

Aquellas caricias lo conducían (y aquí estaba el descubrimiento) no al sexo, sino a ciertos márgenes del sexo; no al acto sexual, sino a ciertos márgenes del acto sexual, con lo que se sentía completamente satisfecho y libre, lejos del alcance de la

muerte.

Dio un suspiro de alegría y pasó la mano, casi con pureza, sobre aquel cuerpo tan —pensaba— escandalosamente virgen aún.

Por eso cuando Ramón —el mejor amigo de Matías por aquel tiempo, con apenas treinta y dos años encima y ojos extremadamente vivaces— hizo una alusión torpe, en el Casino de Chihuahua, que se refería, en broma a la posibilidad de que el propio Ramón llegase a engañarlo con su mujer, Matías sintió un odio vivo y lacerante que con una rapidez fantástica se convirtió en pasión. Una de esas pasiones militantes y sin sosiego que en Matías —naturaleza enferma— cobraba al instante rango de hiperestesia.

Desde ese instante se dedicó a observar la vida de Ramón procurando deducir del menor de sus actos indicios que lo comprometieran. Todo lo que ocurría, como sucede generalmente con los celosos, era motivo de preocupación, e interpretando los hechos de una manera caprichosa, Matías fue conduciéndose insensiblemente, de la simple e infundada sospecha, a la duda, y de ésta a la certeza.

De cómo pudo llegar a ésta última evidencia podría dar razón el honorable médico de la ciudad, quien uno de tantos días y con el sigilo que el caso demandaba, verificó un examen de la joven desposada.

—¡Examínela usted! —decía febril Matías, con el cinismo que adopta uno ante los médicos de confianza—. ¡Si hay algo anormal usted mejor que nadie sabe que yo no pude haber sido...!

—Mi buen amigo —dijo el doctor, meneando la cabeza, después del examen—, ¡tiene usted razón!

Y con palabras impropias de un profesionista coronó la frase:

—¡Le comieron el mandado, don Matías!

Matías tomó la mano de su joven esposa, cual si se tratara de una niña sorprendida en falta, y fue a su hogar donde la golpeó sin descanso, repetidamente, de una manera brutal, instándola a que confesara.

—¿Y me vas a decir que no fue ese libertino de Ramón Flores?

(Y él precisamente, claro, con treinta y dos años y aquella frase que dijo sobre Julia, ¿cómo no iba a ser culpable?)

—¡Pues no, señor, no fue él! —replicó la muchacha con la testarudez de las jóvenes mestizas.

—¿Quién, entonces?

Julia hizo pucheros, cansada de tanto golpe:

—¡Pues un novio que tenía antes...!

No convencido, Matías seguía golpeando a Julia hasta que ésta, casi exánime, sin fuerzas ya, contestaba meneando afirmativamente la cabeza.

Desde entonces Matías empezó a perseguir sin descanso, al pretendido burlador. De noche, entre las sombras, y de día bajo la luz del sol, acompañado de su perro, no desesperaba de vengarse. Había ocurrido en él una catástrofe interior que transformó

por completo su ser, operando una insólita mudanza de sus objetivos sexuales. A la obsesión de tener un cuerpo femenino a su lado, siguió la idea fija de vengar un ultraje superior a todo sexo, un ultraje que lo humillaba hasta lo más profundo y que interiormente lo descubría en monstruosidades sin nombre.

Temeroso de las consecuencias que pudieran acarrearle las locuras de Matías, Ramón huyó de la ciudad refugiándose en una ranchería cercana. Mas el furioso marido lo perseguía implacablemente. Había adiestrado de tal suerte a su mastín que esperaba dar muerte a su rival con los colmillos y las garras de la fiera.

Ramón huyó hasta la ciudad de México (un hombre de paz debe evitar dificultades y eludir las situaciones comprometedoras), donde la vida comenzó a ser apacible después de tanto desasosiego. La ciudad, con sus calles numerosas, con su nutrido tránsito, con sus luces múltiples, con sus gritos de los vendedores, tan variados y musicales, tuvo la virtud de restituirle la calma y hacer renacer en su corazón la esperanza en una existencia tranquila y sensata fuera de la enloquecida persecución a que estaba tan involuntariamente sometido (aunque, a decir verdad, Julia era portentosa como mujer y fue una lástima que toda la leyenda forjada por Matías no resultara cierta).

Mas sucedió que un día aquel Otelo furibundo hizo su aparición nuevamente, acompañado del inseparable can. Había envejecido a tal grado que sólo los ojos tenían en él una vivacidad alucinante y como de locura. Exasperado, Ramón estuvo también a punto de enloquecer. Hizo gestiones, dijo aviso a las autoridades, pero todo fue en vano porque a la gente le parecían pueriles sus temores y porque, a pesar de todo, su inexorable perseguidor no cesaba en el empeño y aparecía en todos los sitios como una maldición.

Fue aquí donde Ramón incubó su crimen.

Una madrugada —ahora lo recordaba bien— fue hasta donde vivía el enemigo. Iba provisto de todo lo necesario para consumir el asesinato. Desde una esquina del pasillo, donde estaba agazapado, arrojó sobre el perro un gran trozo de carne saturada de cianuro. El odioso perro casi murió instantáneamente.

Cuando Ramón estuvo en la oscura alcoba le asaltó una vacilación repentina: «Lo importante era el perro, y ya está listo; debiera dejarlo dormir tranquilo», pero al mirar aquel rostro obeso y al sentir aquella respiración pastosa y repugnante, no pudo retroceder. Blandió con todas sus fuerzas el martillo (sí, era un propósito lejano el darle muerte, ¿si no por qué un martillo, que es lo más silencioso de la tierra?), y descargó uno, dos, tres, cien golpes sobre la abominable cabeza.

El resto de la historia no podía ser más vulgar: un proceso largo y lleno de escándalo; tremendos discursos en la sala de jurados —era de ley, por ese tiempo, el jurado popular—, y luego la condena. De paso, y en medio de todo este laberinto de hechos, había, sin embargo, un suceso desconcertante. En una de las sesiones del jurado Ramón sintió una molestia atroz en la nuca, como si alguien estuviese respirando a sus espaldas. Volvióse irritado, y pudo sorprender en las primeras filas a

Julia, que lo miraba fijamente, con una extraterrenal y enloquecedora actitud, muda, aunque enormemente comunicativa. ¿Qué hacía esa mujer ahí? ¿A qué venía, de tan lejos, haciendo un viaje tan largo? ¿A qué...? Ramón trató de penetrar el misterio, mas todo fue en vano; Julia no apareció jamás y todo rastro suyo fue borrado (por el demonio que pierde las huellas y nada más nos deja anuncios viejos, tristes). No obstante, Ramón jamás olvidó esa mirada.

Los cuatro «políticos» caminaban encorvados junto a Ramón, como si no pudiesen soportar el implacable cielo que pesaba sobre sus espaldas. Hundían los pies en el polvo hasta los tobillos y a cada instante levantaban la vista hacia el horizonte como si oteasen el final de la jornada.

—Y usted —preguntó Marcos—, ¿cómo es que está aquí?

Ramón sonrió como si una nube de nostalgia le hubiese pasado por el rostro.

—¿Homicidio?

—¡Sí, un viejo cabrón...!

Siguiendo el camino y a unos cuantos pasos solamente, comenzaba ya el campamento de Nayarit, blanco, aseado y poblado de numerosos *bungalows* que habitaban los empleados de la Isla. Era el campamento aristocrático de la colonia, donde estaba en la residencia del general —cancha de tenis, tanque de natación— y donde hasta la barraca de los colonos ofrecía cierto aspecto de limpieza y orden. La playa de Nayarit era la más propicia para el baño y las señoritas hijas de la burocracia isleña hacían de ella un admirable sitio de solaz y esparcimiento, arriesgándose en el nado, las más intrépidas, hasta la punta denominada El Polvorín.

Un soldado salió al camino para detener al grupo, con la idea, seguramente, de transmitir algunas órdenes.

—Telefonean de Balleto —comenzó— que deben esperar aquí hasta que se les incorpore otro colono que también va para Arroyo Hondo.

Ramón hizo una mueca significativa y se apeó del mulo mientras con una seña indicaba a los comunistas que descansaran.

Prosiguieron la marcha cuando El Miles, con su rostro alegre y su mirada simpática, apareció, la guitarra al hombro y una ligera cobija como toda impedimenta.

El camino, que en un principio era recto, viraba de pronto a la altura de El Polvorín, siguiendo las sinuosidades del litoral, defendido de las aguas por altas rocas y fantasmagóricos acantilados.

El paisaje que se ofrecía era majestuoso e imponente. De un lado el mar azul, de una hermosa transparencia que permitía ver la quebrada arena del fondo, las móviles estrellas marinas y todo el mundo caprichoso de las conchas y los caracoles. Del otro, una vegetación exuberante, de un verde intenso, que trepaba por el cielo, mágicamente, como una decoración de teatro suspendida en el aire por invisibles alfileres. Una brisa aromática soplabá del norte y era tan singular aquello, que el pensamiento volaba por el océano, aproximando las distancias e imaginando tierras

remotas, islas verdes y azules. Allá adelante estaría la Isla de Guadalupe, casi desconocida, misteriosa, donde los japoneses, se decía, se dedicaban a la pesca ilegal de perlas y de esponjas; luego el Cabo de San José, desértico, solitario, como un puesto de avanzada en el mar poblado de fantasías; el Golfo de Cortés, ahí mismo, legendario, oliendo aún a carabelas y a indios silenciosos, que construían sus balsas de maderas vivientes. Más tarde San Francisco, cuyo nombre español parecía una lágrima en medio de los demás puntos sajones del mapa: ciudad de fama desenfrenada, de llanto alegre y desquiciado, de terremotos y de consternación. Y en el límite del mundo, arriba, entre el trabajo de los hielos, se encontraba Alaska, con sus salmones de oro y sus pescadores tristes, forzados, prisioneros sobre los sucios barcos y anhelando una mujer.

¡Ningún mar tan lleno de historia y maleficio como éste! Ni el Océano Índico, con sus costas de maravilla y de cuento, ligado a la Biblia y a Salomón, al Ramayana y a los viejos poetas sánscritos; ni el Mar Negro, oloroso a petróleo y a mujeres prisioneras; ni el Mar Caspio, enriquecido por ancianos ríos eslavos; ni el Mar del Norte, donde navegaban las viejas razas rubias. Bajo el Atlántico se mueven aún olvidadas ciudades submarinas, hombres de vidrio que hacen poesía y suenan como música. Pero este Pacífico de aquí, el más inmenso de todos los mares, tiene una voz que no se olvida. Los pueblos que baña el Pacífico, guardarán siempre en su fondo algo de primitivo y de elemental, algo lleno de misteriosa unción y comunidad con las cosas lejanas, porque el Pacífico es el único mar que tiene una voz universal y vieja. Basta detenerse en sus orillas, con la respiración en suspenso, para oír las más profundas palabras: palabras del África, como golpes de címbalo; antiguas palabras del Indostán, grandes y monumentales como iglesias; palabras de Cipango y de Marco Polo; voces de Magallanes, sinfonías de sal y de repúblicas abandonadas bajo cruces australes. ¡Tal es este mar lleno de cosas despiertas, de luces y de sombras!

A la altura de El Mirador el ancho camino concluía convirtiéndose en una vereda que abandonaba el litoral, para internarse en el monte. Era el monte de una espesura tropical y de su seno se desprendía un fuerte aroma a tierra mojada y a yerbas rotas.

En segundo término, después de Ramón que abría la marcha sobre su viejo mulo, Santos caminaba con la cabeza baja. Se detuvo de pronto, asustado y con el rostro lívido:

—¡Miren!

En el tronco de un árbol, confundiéndose con la hojarasca, dormía enrollada una serpiente.

—¡No hagan ruido! —ordenó Ramón poniéndose un dedo en la boca, y descendiendo silenciosamente del mulo, apresó con rapidez a la serpiente sujetándole las tapas con el pulgar y el índice.

—¡Una boa! —exclamó con regocijo.

Como es sabido, las boas son inofensivas. Se alimentan de iguanas y otros individuos menores, mas fuera de este daño, no hacen otro mal.

El Miles silbó de admiración, acariciando con la palma de la mano, el cuerpo frío de la serpiente para prorrumpir en una sonora carcajada de alegría y ponerse a tararear, luego, una canción llena de optimismo.

Aquella boa sería vendida por Ramón en cinco pesos, cantidad que en la Isla constituía una verdadera fortuna.

VII

«Es que estoy soñando», pensó confusamente Ernesto. Escuchaba la voz de Marcos, pero al fijarse bien advertía su equívoco, pues aquélla no era otra que la voz de El Zapato, con su lobanillo a la espalda, inclinándose sobre las ramas mientras blandía su machete. «¡Ernesto! ¡Ernesto!» El Zapato volvíase con furia llameándole los ojos de una manera siniestra, para proferir frases entrecortadas que se convertían en gemidos. Eran largos gemidos dolorosos, inmensos gemidos que parecían una cama de hospital ininterrumpida y tan grande como la misma sala de cadáveres. Los cadáveres tomaban asiento en las planchas de mármol y decían rotundamente, silbando a semejanza de El Miles: «Peores que rateros y asesinos», y echaban a correr en medio de una nube de polvo que ardía en la nariz. El Zapato, que en esos momentos los conducía por entre las breñas —todos se habían vuelto niños y hasta Rosario era una niña muy conocida que en el colegio se llamaba Carmen—, tenía ahora la fisonomía exacta de «El Zapato Roto», héroe en las películas de episodios (1920-24). Movíase con rapidez, marcando los movimientos, y de pronto levantaba los brazos para alcanzar una escala que se le tendía desde un aeroplano, cuyo vuelo no podía ser más lento ni más ruidoso. En una forma extraña, atroz, el piloto abría los ojos desmesuradamente, gritando: «¡Ernesto!», y luego un gemido se escuchaba otra vez, hendiendo el aire con un rumor metálico.

—¡Ernesto, despierta!

Ahí estaba junto, desencajado como un cadáver, Marcos. La luz de una vela le subía por el rostro marcándole los pómulos, que se tornaban, de esta suerte, la parte más característica, negros, como dos perillas.

—¡Despierta, por favor!

Los labios le temblaban y bajo la nariz, la proyección del mentón, enérgico, le derramaba un bigote de sombra. Parecía una máscara viva y extraterrenal con unas huellas penosísimas de fatiga en las sienes y en las paredes transparentes del rostro.

Ernesto abrió poco a poco los ojos sin darse cuenta exacta de lo que ocurría. «Ha de tratarse de un sueño», repitióse, y el cansancio más inimaginable le paralizaba los brazos, las piernas, la cabeza, dejándolos inertes cual si estuviesen rellenos de plomo. Era una pesadilla de agotamiento, de absoluta extenuación. Se les había hecho trabajar desde que llegaron a la Isla. Por la tarde del primer día, ya en el crepúsculo, después de una caminata de doce kilómetros, cavaron un profundo pozo, metidos en el fango hasta la cintura —El Miles, que trabajó con ellos, estuvo cantando todo el tiempo aquello: «De la sierra morena, cielito lindo, vienen bajando»...—, y después a las nueve y media de la noche, por espacio de una hora, se dedicaron a afilar sus hachas en el mollejo para el trabajo del día siguiente. La salida del sol los sorprendió en el monte, después, entre árboles inmensos que se unían los unos a los otros como una muchedumbre defensiva y temerosa. ¿Catorce o diez y seis? ¿Cuántas horas? No podrían decirlo. Mucho más tarde de que el sol se ocultó ese día —apenas

ayer—, regresaron al campamento, sintiéndose como hinchados, gruesos, sin tacto, y doliéndoles las pisadas.

Por eso hoy Ernesto se negaba a creer que las voces, los gemidos, y aquella presencia, ahí, de Marcos, fuesen realidad. Navegando penosamente entre las brumas de hierro que la fatiga ponía en su pecho, la razón inventaba explicaciones: «Ha de haber amanecido ya». En un costado reposaba el hacha, junto al machete. Extendió la mano para palpar el mango, pegajoso aún por la sangre que le brotara durante el día de las ampollas, ocurriéndosele que lo llamaban a trabajar.

—¡No se trata de eso! —replicó Marcos advirtiendo el gesto—. ¡Ven!

Se levantó pesadamente, tambaleándose. Afuera la noche estaba poblada de luciérnagas y los gemidos que Ernesto oía en su sueño eran ahora claros, se sentían en lo más profundo, como si alguien, sin ningún concierto ni medida, ejecutara un desquiciado solo de fagot.

—Prudencio se cayó de la barraca —explicó Marcos.

La barraca era de ladrillo, alta, con dos pisos. En el piso superior había un pasillo sin barandal, donde Prudencio pasó la noche.

—¡Qué absurdo! —dijo Ernesto, sintiendo en la garganta un golpear de lágrimas.

Dieron vuelta a la barraca y en la parte posterior, hacia el extremo, encontraron a El Miles con un mechero de bencina en la mano, frente al cuerpo fabuloso de Prudencio, suelto como un costal.

Marcos y Ernesto sufrían lo indecible. En un segundo vertiginoso, su imaginación se pobló de presentidas situaciones: Prudencio se habría quebrado la espina dorsal, fracturado el cráneo y sus ordenadas visceras se encontrarían revueltas, mientras la sangre correría desesperada, en su interior, fuera de los vasos y las arterias, derramada como un líquido sin orden. ¿Qué inenarrable dolor, qué tortura de cosas rotas y subvertidas se alojaría en ese pobre y querido cuerpo?

Prudencio se encontraba boca abajo, desarticulado como una mancha. A la altura de sus labios, chico como una moneda, estaba un coágulo de sangre. Eso era todo.

Ernesto y Marcos temblaban. ¡Qué atroz era aquello! ¡Y ni siquiera sangre, ni siquiera un cuerpo destrozado! Todo transcurría en el interior, bajo la piel, obedeciendo a un caos específico y oculto.

El Miles fruncía el ceño con cólera, como si protestara enérgicamente contra el destino, contra los mandatos de la muerte.

—¡Ambulante! —gritó con rabia aproximándose al borde de la colina donde estaba asentada la barraca.

De ésta, se levantó un clamor airado:

—¡Dejen dormir, no sean jijos de la...!

Entonces El Miles se desprendió por la pendiente de la colina hasta llegar a la casita blanca donde el «ambulante» —encargado del «servicio médico» en el campamento— dormía.

—“¡Si no abres te lleva la chingada...!” —exclamó golpeando con rudeza.

Cuando el cuerpo de Prudencio estuvo sobre la camilla —en un extremo lo sostenía El Miles, en otro el enfermero y adelante caminaba Marcos con el mechero de bencina—, parecía un conjunto de piedras dentro de un pantalón y una camisa. Su gemido era ya entrecortado, no de notas largas y profundas, sino de borboteantes golpes parecidos a estertor. En la inclinada pendiente, el enfermero soltó los extremos de la camilla, haciendo rodar el cuerpo de Prudencio.

El Miles ennegreció de cólera y prorrumpió en una maldición terrible:

—¡Si todavía estás dormido, pendejo!

En efecto, el «ambulante» estaba dormido aún y mantenía los ojos cerrados, sin darse cuenta de nada. El Miles soltó la camilla, desentendiéndose provisionalmente de Prudencio, y aproximándose al sonámbulo enfermero:

—¡Esto te va a quitar lo imbécil! —exclamó asestándole un brutal puñetazo en el rostro.

Ernesto y Marcos sintieron una ola de viva simpatía por El Miles, cuya generosa lealtad lo hacía lleno de sedantes virtudes, como un descanso en medio de la angustia.

Recogieron el cuerpo de Prudencio, cuyo rostro, bañado en sudor frío, estaba cubierto de tierra.

—¡A la enfermería! ¡Pronto!

En el pequeño cuarto de madera el enfermero empezó a frotar desconsideradamente los pies de Prudencio (no era ningún enfermero el tal ambulante, sino un «comisionado», un reo sin conocimientos, encargado a lo más de proporcionar quinina a los que padecían de paludismo). Prudencio abrió los ojos, como enloquecido, gritando desaforadamente.

A ambos lados de él, estaban El Miles y Ernesto, fija la mirada en aquellos pies sueltos, cuyos dedos rotos colgaban sobre la planta, inertes.

De la barraca salían voces, perforando la noche:

—¡Ya callen a ese desgraciado!...

A poco apareció en el dintel de la puerta, sin proferir una sola palabra, la figura de Santos, seminterrogante; tenía los ojos vagos y estúpidos como si lo que estaba ocurriendo fuera totalmente incomprensible.

Prudencio clavaba los ojos en El Miles frunciendo el entrecejo en actitud de recordar viejos sucesos olvidados.

—¡Allá abajo está el toro! —gritó, y aunque la escena era dramática, rieron todos con una carcajada nerviosa y lóbrega.

Se adivinaba que Prudencio había querido decir algo muy diferente, algo distinto en lo absoluto, pero las palabras huían de su cerebro poniendo en el lugar de los conceptos, frases sin sentido que, empero, Prudencio juzgaba correspondientes exactas a sus ideas, como ocurre con los locos. El cerebro, en realidad, es un almacén lleno de orden donde el lenguaje articulado está dispuesto de tal manera que a cada sentimiento o concepción corresponde aproximadamente una frase o una palabra. Mas cuando todo esto se revuelve y altera, a una sensación, a un deseo, a un estado

de ánimo, corresponden locuciones absurdas que el paciente no advierte jamás y que, por el contrario, juzga absolutamente atinadas y legítimas, puesto que la idea abstracta, el concepto que guarda en las celdillas del cerebro, es decir, el proceso preverbal, no puede ser más fidedigno e indudable.

Prudencio lloraba crispando las manos y haciendo intentos por levantarse y huir.

—¡No, no! —decía apretando los dientes.

Imaginaba cosas prodigiosamente extrañas. Había olvidado quiénes eran los sujetos que estaban ahí y no podía darse una explicación satisfactoria. Desde luego, aquello no era un sueño. Era la muerte. Había muerto y todo esto se desarrollaba después de la muerte. Era ésta como una explosión blanca, de electricidad que removía los nervios y los levantaba hacia el aire. Pero, además, era un golpe asestado sobre el tiempo y el espacio, que hacía perdedizo el pasado, del cual no volvía a saberse nada en absoluto. Se vivía nada más el instante preciso, sin memoria y sin capacidad de porvenir, como una briznita de paja, abandonada en mitad del universo. Prudencio hubiera querido levantarse y correr, gritando: «¡Quiero saber algo!», porque todo lo ignoraba y no existía ya como ser, brotando tan sólo de su pecho confusos estertores, que apenas eran como una versión elemental de las palabras, antes del verbo. Y éstos no eran en modo alguno estertores involuntarios o que surgieran del cuerpo por cuenta propia. No; él los ordenaba con regularidad y conocimiento; eran su lenguaje, sus palabras. (Es decir, Prudencio *creía* estar hablando y propiciaba aquel ronquido descomunal, terrible, que se extendía por el campamento en medio de la noche negra y cálida.)

«*Que no me hagan daño. Ya he muerto. Quiero un poco de tierra.*»

El Miles movió la cabeza, conmovido:

—¡Éste se muere! —musitó.

Marcos apartó la mirada de los pies rotos de Prudencio para preguntar negligentemente:

—¿Lo crees tú?

El Miles hizo una mueca:

—Sobre todo porque él mismo lo quiere...

Afuera empezaba a soplar un viento furioso. La tempestad se cernía amenazadora sobre el campamento y a los pocos instantes un aguacero torrencial y huracanado se despeñaba en medio de amarillos relámpagos, y prolongados truenos.

—¡El cordonazo, el cordonazo!... —se oyó en la barraca.

La naturaleza estaba sobrecogida, temblando bajo el agua. Se adivinaban en la impenetrable noche, los gigantescos árboles en movimiento; las corpulentas higueras, abatidas por el vendaval; la selva toda, crepitante, como llena de lamentos y de sordas protestas. Más allá, el mar embravecido se sacudiría, negro y porfiado, primitivo como al comienzo del mundo, capaz de reinar él solo sobre toda la tierra. Embarcaciones consternadas donde hombres lívidos sujetarían las velas, se pasaban en la soledad de la tormenta, mientras los diminutos e impotentes faros se perderían

entre las amargas montañas marinas.

Allá en la Isla, la tierra despertaba. Las víboras abrían los ojos escuchando el correr del agua y trepando hacia las ruidosas plantas de hojas anchas; los chivos salvajes huían en dirección a los barrancos, y el arroyo crecía, cada vez más turbio y más grueso. En los corrales el ganado golpeaba las trancas, gimiendo roncamente y los perros gruñían, torvos y empavorecidos, bajo los pesebres.

Prudencio había cesado de gemir y estaba sin conocimiento, respirando ruidosamente.

Ernesto y El Miles sintieron un alivio al verlo desmayado —«lo que importa es que no grite»— y salieron al pequeño mirador de la enfermería para dejarse bañar por el aguacero.

—¡Hermosa tormenta! —suspiró Ernesto.

Sentía el corazón empequeñecido por la pena y la soledad, diríase que una sombra espesa le había invadido el pecho dejándolo como abandonado en un océano sin costas, irremediable y oscuro. La sola posibilidad de que Prudencio muriese lo llenaba de una congoja desolada. Sentía entonces que el mundo estaba rodeado de impiedad; que era un mundo sin abrigo, frío, donde los hombres caminaban ciegos y brutales, furiosos en la lucha por sí mismos, sin volver la vista atrás ni a los lados, apretando los dientes.

—¿Por qué le has dicho a Marcos esas palabras? —preguntó—. ¿Crees que Prudencio quiera la muerte?

No se veía El Miles en la oscuridad. Amparado en las sombras dejaba que la cabeza se le humillase sobre el pecho y que todo su valor, toda su audacia, y altivez, rodaran vencidas por la noción del destino.

—¡Sí! —dijo—. ¡Intentó suicidarse...!

Eran espantosas estas palabras no sólo por su significación específica, sino por el dolor y la angustia colectivas que representaban. Prudencio no había querido soportar la pesadilla de las Islas, el trabajo enloquecedor, aquella fatiga inhumana que caía como una maldición de plomo sobre el cuerpo.

El Miles contó entonces cómo Prudencio, creyéndolo dormido, hizo girar su cuerpo en el vacío, rodando.

Estaban ambos tirados en el pasillo, con la cara al cielo. Prudencio acezaba con violencia y los latidos de su corazón eran tan fuertes que El Miles podía oírlos. «¡Qué cansancio tiene el pobre!», pensó. Prudencio se estremecía como si sollozase, aunque sus ojos eran claros, limpios, únicamente lastimeros.

—¿Nunca has embarazado a una mujer? —preguntó con húmeda voz.

El Miles se encogió de hombros:

—¡Es probable! —dijo, no sin cierto espontáneo cinismo.

Entonces Prudencio cambió inopinadamente de expresión tornándose tierno, agitado por una vivísima nostalgia.

—¡Por estos días debe haber dado a luz...! —suspiró.

Hablaba en un tono como si las cosas irrevocablemente estuvieran perdidas; como si volver atrás fuera de todo punto imposible.

Ernesto oía el relato de El Miles gravemente, con profunda tristeza, sintiendo junto a sí los ademanes que éste hacía y la voz, que sonaba a hueca de una manera extraña e insospechada.

«Es probable que sí muera, entonces», pensó refiriéndose a Prudencio, y un abandono soñoliento, recuerdo del cansancio, le soltó los músculos como si le hubiesen desatado mil ligaduras de desvelo.

Recordó muy vivamente los sucesos de los últimos dos días, desde la tarde en que llegaron al campamento. En primer término la figura de Maciel, el «cabo» de Arroyo Hondo. Era alto, muy moreno, de nariz aguileña. Los recibió con una sonrisa fría y desdeñosa encaminándose desde luego al teléfono:

—¿Tarea doble? —preguntó a la Ayudantía General—. ¡Muy bien! ¡Oritita los pongo a trabajar...!

Luego se dirigió muy en serio a todos:

—Aquí —expuso— no nos gusta pegarle a nadie —y se golpeaba con el fuste la musculosa pierna extendida—, pero si ustedes no cumplen, tengo instrucciones de darles veinticinco machetazos...

Los cuatro camaradas hicieron un gesto indefinido. El Miles, por su parte, levantó la cara con inaudita insolencia.

El campamento estaba situado a orillas del arroyo, en la vertiente formada por los cerros y tenía mucha semejanza con las misérrimas y pequeñísimas aldeas de la Huasteca o del Istmo: unas cuantas casuchas y enfrente la finca de don Macario Solís, el jefe, ahora en Balleto curándose una herida. Junto al arroyo se erguía una frondosa higuera de cuyas ramas colgaba una sogá gruesa, de ixtle. El Miles hizo un gesto significativo señalando la sogá: de ella colgaban a los remisos, a los que no cumplían su tarea o a los que amenazaban el buen orden.

Maciel meneó de arriba a abajo la cabeza, y dijo con sorna, señalando la higuera:

—¡No olviden esa «reatita»...!

A la sazón había cuatro mujeres en el campamento y las cuatro eran queridas de Maciel. Gobernaba éste sin freno (naturalmente, en ausencia del jefe), despóticamente, en un lugar que, por la distancia, estaba a salvo del propio reglamento; en un lugar donde sus deseos de sátrapa grotesco eran cumplidos al pie de la letra y donde ninguna vigilancia sobre sus actos podría importunarlos.

Correspondía Maciel a ese rango de colonos conocidos en la Isla como «de gobierno», esto es, los no sentenciados por autoridad competente, y que son apresados en las *razzias* sin ninguna culpabilidad demostrada. Se agrupan en esta categoría los delincuentes habituales —rateros, por lo general—, a quienes desde el punto de vista jurídico no se les puede comprobar nada. Para esquivar la acción de los jueces la policía los mantiene por temporadas en diversas cárceles de la ciudad de México, en la Sexta, en la Penitenciaría, en el Carmen, hasta que hay una «cuerda» y

los «remite» a las Islas Marías. En el penal duran años para obtener su libertad, pues no habiendo jueces ahí ni autoridad regular alguna, el director de la colonia, cuando se le demandan informes, dice ignorar todo. Si por ventura hay algún juez tan intrépido como para arriesgarse en un viaje que le permita verificar por sí mismo los hechos, el sujeto a quien la justicia federal pretende amparar es borrado de las listas e internado en la parte más remota, hasta que el juez desaparece.

Los presos «de gobierno», por su parte, son tipos insignificantes, de poca monta, que rara vez llegan a robar quinientos pesos juntos. En la ciudad de México pululan por los mercados, «descontando» bolsas, o aparecen en las colonias ricas donde se «enjaulan» en las casas cuando sus dueños están ausentes, para sustraer objetos que la prisa y el miedo nunca les permiten discriminar sensatamente: abrigo, relojes, a veces joyas, y muy pocas ocasiones dinero en efectivo, pues son incapaces de ponerse a meditar con frialdad en los detalles del atraco. La vida que llevan estos hombres es triste, agitada, y ofrece muy pocas ventajas. Los objetos robados forzosamente deben ser vendidos con ciertos compradores —en otro sitio es imposible, y se comprende— quienes pagan cantidades ínfimas, risibles. Esta clase de delincuente actúa siempre con un «compañero» que es quien realiza todas las labores anexas al atraco. Existe tan poca solidaridad en este gremio que, cuando uno de ellos cae en las redes de la policía delata a su cómplice, señalando la hora precisa y el lugar exacto donde puede echársele el guante.

Esta gente es siempre de lo más abyecto y ruin: cruel, egoísta, malvada, resentida, miedosa. Se ensaña con los débiles y ante los fuertes es humilde y sumisa hasta el servilismo.

Maciel era un tipo clásico en esta categoría. Ya se comprenderá entonces el efecto que en su espíritu podía ejercer el hecho de ser «cabo» en el campamento. Se vengaba de su complejo de inferioridad dictando insensatas órdenes que no podían discutirse; castigaba cruelmente gozándose en la humillación de las gentes que él creía superiores; la soberbia y la locura del poder lo habían transformado en un tipo enfermo, desquiciado, en cuya presencia se experimentaba de la manera más palpable lo que puede ser una viviente pesadilla. Todos lo odiaban profundamente, pero todos, también, se sometían.

Ordenó a los «políticos» ponerse a trabajar en un fétido agujero lleno de fango. Los pies descalzos tocaban en el fondo materias blandas y asquerosas, animalejos fríos que se escurrían resbalosamente. Cuando ya estaban a punto de terminar, Maciel les ordenaba que debían cargar unas carretillas de tierra y guijarros para llenar nuevamente el agujero.

Maciel reía a carcajadas:

—¡Pa que no anden de agitadores...!

Prudencio abría los ojos lleno de angustia. Comenzó a trabajar de prisa, casi con entusiasmo, con el anhelo de terminar pronto, y cuando Maciel dio la orden de recomenzar todo, se sintió anonadado, como si le hubiesen dicho que su madre había

muerto. En un arranque súbito sintió deseos de arrojar lejos de sí la pala, gritando. Pero se detuvo, pálido, como loco, sin poder articular un sonido. El Miles lo miró con un aire de fraternal reconvención: «Hágase fuerte, chingao», pronunció a su oído, y se puso a cantar:

Cuatrocientos kilómetros tiene
la ciudad donde vive Zenaida...

Los ojos de Maciel se empequeñecieron por la rabia:

—¿Tú eres muy machito, verdad, valedor...?

Pero El Miles hizo como que no oía.

Los «políticos» terminaron exhaustos; sólo aquel demonio de El Miles, vigoroso como un toro, antes de acostarse tuvo aún la energía suficiente para pulsar su guitarra un buen rato:

Vida le pido a mi Dios y amistad a mis amigos...

Antes de retirarse a la barraca Prudencio apareció en el dintel del cuarto que ocupaba Ernesto, para decir, únicamente, con voz desesperada:

—¡Es el infierno! —y desapareció.

Al asentar Ernesto con tristeza —al reconocer que aquello «era el infierno»—, un golpe como de martillo, que era el cansancio, le cerró los ojos como si se los hubiesen pegado con goma.

Antes de amanecer fueron conducidos hasta el «corte» por un hombre pequeño, de ademanes rápidos, que tenía un lobanillo en la espalda. El Zapato —su apodo—, convertido en el «cabo» de los comunistas y El Miles. Los conducía con diabólico regocijo por entre las breñas:

—Nada que los quiere a ustedes el gobierno —comentaba. El grupo permaneció silencioso.

—¡Miren que darles tarea doble!

La pesadilla comenzaba a los primeros golpes del hacha. Derrumbar árboles es un trabajo prodigioso y que requiere una destreza especial. Si no se ejecuta conforme a determinadas reglas que la costumbre ha fijado, los golpes que se asestan sobre el tronco repercuten en todo el cuerpo y destrozan las manos. Es tan agotador, exige tanto esfuerzo, que a los primeros hachazos se siente como si se hubiese dado una carrera descomunal, y el pecho estalla agitado por latidos vertiginosos. Si no se sabe manejar el hacha los árboles parecen una pesadilla; puede uno golpear incansablemente sin ningún resultado, pues la corteza, a lo más, se desmadeja superficialmente como si se le hubiese mordido con los dientes.

El monte era nutrido, compacto. Por entre sus altas ramas no se advertía el cielo y apenas unos rayos de luz oblicua, verde, sombría como la que se cuele en los templos, entraba sordamente, doblándose en la tierra espesa de «humus». El golpear

de las hachas sonaba musical y trágicamente. Los pájaros, allá arriba, huían con ruido de hojas, y enormes bandadas de pequeños loros, como pajaritas de papel verde, aleteaban con gritería de vidrios y cuerdas.

Al pie de los árboles las manos sangraban; primero eran las blancas ampollas, grandes, y después un líquido transparente, precursor de la sangre.

Prudencio levantó las manos rojas, soltando el hacha:

—¡Agua! —gritó cayendo.

Recordando hoy toda la aventura trágica, Ernesto sentía enorme gratitud hacia El Miles. Cuando terminó su tarea, se fue aún a ayudarles, sano, potente, invencible, y después todavía cargó con Prudencio a las espaldas hasta el campamento.

Ernesto, sintiendo ahora bajo la tormenta la alentadora presencia de El Miles hubiera querido estrecharle la mano con cariño. Pero El Miles habría reído de este gesto infantil; habría reído homéricamente, mirando a Ernesto con sus ojos leales, un tanto matizados por la burla.

VIII

Los cerdos del subteniente Smith eran gordos, innobles como todos los cerdos del mundo. Después de la comida se movían perezosamente, con un ritmo pesado, satisfecho y actitudes que parecían humanas, pero en el acto mismo y un poco antes, cuando presentían la comida, eran de una diligencia primitiva y grosera, llena de escándalo y de brutalidad. Los cerdos jóvenes, pequeños y aún limpios, tenían, por el contrario, cierta gracia, se asustaban, corrían, y en sus ojillos vivaces parpadeaba el azoro de la vida.

Cuando todas las mañanas, entre las nueve y las diez, oían un ruido particular, un ruido a la vez elástico y seco, de ligaduras restiradas y sin lubricación, se ponían a gruñir como en un infierno, como gruñen los cerdos por cualquier cosa para demostrar su profundísimo apego a la vida. Y es que el ruido lo provocaba el subteniente Smith al encaminarse a los chiqueros moviendo sus piernas escrofulosas y sus brazos embrionarios, de animal aún no consumado.

El subteniente Smith había adquirido la costumbre de golpear diariamente a los cerdos, con un bastón, gozándose en los lamentos y en los ojillos angustiados, fijos, que corrían como arrastrando el cuerpo. (Los cerdos deben ser de la familia de las ratas; tienen una mirada muy semejante y casi se dedican al mismo género de vida; además, sienten el mismo odio por el hombre.)

Smith estaba solo en la vida y ni siquiera el calor de una mujer le había dado alguna vez abrigo y descanso, pues su aspecto, su rostro, su afonía (¡si cuando menos se le oyera...!) y todos sus innumerables defectos físicos lo colocaban aun fuera del grupo que las más feas y desgraciadas mujeres pueden aceptar. Sin embargo, él hizo todos los esfuerzos que su tenaz empeño le dictó para agenciarse una querida.

Fuese a ver a Galindo:

—¡Amigo Jalindo, nejejito una hembrita por ahí!

Galindo era el patrón de *La Victoria*, un balandro que hacía viajes entre San Blas y la Isla y que, a veces, iba también a Mazatlán.

—¡Pos se la traeré a usted, mi subteniente...!

Éste era un servicio legalmente establecido en la Isla, pues de otra suerte los empleados célibes y los guardianes sin soldadera sucumbirían al terrible imperativo del sexo, que es como la sed. Un juego interesante porque ni la mujer ni el hombre se conocían. Galindo se llegaba a San Blas, que tiene los burdeles más pobres del mundo, y reclutaba las voluntarias.

—Allá —explicaba, y este *allá* quería decir la Isla— tendrás la comida a tus horas, y te darán ropa. ¡Toma! —y extendía un peso o uno cincuenta—. ¡Cómprate tus medias!

Las mujeres miraban a Galindo con unos ojos de agua, indiferentes:

—¿Y cómo es él? ¿No está enfermo? —preguntaban.

A Galindo se le daban diez pesos por cada hembra, dizque para costear el viaje, y

siempre, toda la vida, una propina de tres o cinco, «para las medias», para que las mujeres no llegaran a la Isla «tan diatiro».

Cuando *La Victoria* atracaba en Balleto, después de quince días o un mes de espera, en el muelle aguardaban los presuntos maridos: en su mayor parte soldados, cabos, sargentos, oficiales de baja graduación y hasta empleados administrativos que no tenían esposa.

—Ésta es la suya, sargento Quiñones —decía Galindo mostrando la hembra—, y ésta la de usted, amigo García.

Las mujeres se mostraban tímidas y examinaban con rapidez al hombre que les tocaba en suerte. Más tarde, no obstante, amoldábanse a la vida isleña y se les veía haciendo compras en la tienda o los domingos, muy de seda y tacón alto paseando por el muelle al son de la música de viento.

Al subteniente Smith le correspondió una muchacha enfermiza y delgada («ya ha de entrar en carnes», pensó Smith), hambrienta, aún cuando tenía algunos rasgos agradables y casi bellos.

La muchacha era seria, fría, y realizaba todo con indiferencia abrumadora. El «casamiento» de Smith, por eso quizá, terminó a la semana de iniciado, pues agregóse a todo el hecho de que María —así se llamaba— se entregó a un colono cierto día, sin más formalidades y en la propia casa del subteniente. Al colono se le impusieron seis meses de castigo y a la infiel aventurera se le reembarcó hacia su punto de origen.

Por las noches plenas y profundas, cuando el sexo parecía un mar sin freno en medio del clima afrodisiaco, la imaginación suelta y todo el cuerpo atento —aun el suyo, tan miserable—, se lamentaba de no haber aprovechado cabalmente el tiempo con María, de no haber bebido hasta las heces aquel vaso oscuro de pasión (de no haber hecho esto o aquello, etcétera). La memoria del sexo —y todavía más, la memoria del sexo perdido— es peor en la viveza y en la tangibilidad, en los sentidos y en el espíritu, que el sexo mismo. No hay lamentaciones bastantes, ni rabia, para dolerse por completo de ese paraíso del mal, de ese tóxico sombrío de piernas, de vientres, de senos, de respiraciones, en que el recuerdo se quema. Por esto el subteniente no se resignaba. Aún más: la vida se había alterado notablemente y tanto, que su espíritu giraba ya, obsesivo, en torno de una sola idea: la mujer.

En casa del general cierto día, arrugando entre sus manos una ficha enviada desde Gobernación, suplicaba:

—Nejejito ejta muchacha, mi general. Nejejito alguien que cuide mij puejcoj...
—El pretexto, los puercos.

El general sonreía sarcásticamente, pues estaba enterado de las aficiones del subteniente.

—¡Ajá! ¡Alguien que cuide sus puercos!

En la ficha podía leerse:

Nombre: Rosario del Valle.

Estatura: regular.

Ojos: castaño claros.

Cabello: de igual color.

Boca: grande.

Nariz: recta.

Señas particulares: ninguna.

Antecedentes: comunista.

Acostumbra la Secretaría de Gobernación enviar anticipadamente las fichas de algunos reos, por telégrafo, para que la dirección del penal tenga información completa sobre ellos. La ficha de Rosario, junto con la de sus compañeros, había llegado a la colonia una semana antes.

Smith, temblándole en las manos el papel de Gobernación pensaba oscuramente: «Estatura regular» (y veía una mujer «ni alta ni baja», maravillosamente formada, de un cuerpo aéreo, grácil); «ojos castaños» (y adivinaba unos ojos finos, graves, luminosos); «¡y boca, y nariz, y rostro...!».

Estaba dispuesto a pedir de rodillas se le «comisionara» a Rosario. Existe en la Isla esta posibilidad: cualquier empleado puede solicitar de la dirección, se «comisione» un colono junto a él, en calidad de criado u otra cosa. Smith pedía ahora ese privilegio, y no sabía el general cuán grande, cuán inmenso era el favor y todo lo que representaba.

—¡Conque para que cuide sus puercos...! ¡Ah que subteniente! ¡Llévesela, llévesela, y haga lo que quiera, hombre!

—No sabe cuánto se lo agradezco..., mi general.

Los cerdos del subteniente eran gordos, ruines, como todos los cerdos del mundo. Pero en medio de ellos Rosario aparecía como una figura bíblica, dorada, con su prestigio de espiga grácil y sus ademanes de danza, arrojando el maíz desde una cesta, como una sembradora. Se descubría en ella, entonces, una conjunción atrayente, vital, de mujer llena de inteligencia, al mismo tiempo que de mujer de la tierra, fresca, formada de semillas y de cosas feraces.

Smith quedó anonadado. El ejemplar que se le ofrecía era muy superior a cuanto pudiera imaginar. Rebasaba de tal manera los límites, era tan extraordinaria para él, con esas manos, con ese rostro, con ese talle de planta, que una pasión caliente, de metales ardiendo, nubló su espíritu e hizo hervir su pecho en una marea incontenible y desproporcionada.

Aquella mujer tenía la virtud enloquecedora de subvertirlo interiormente: sus nociones y sus apetitos cambiaban de pronto; los cauces de su pasión se alteraban tomándose canales subterráneos, cuyo destino era el más insospechado y tremendo. Era tan inabarcable el placer que esperaba encontrar en Rosario, representaba a tal grado una fiesta loca y un vendaval de los sentidos, que no podía imaginarse un hecho sexual simple con ella, un contacto breve y en cierto modo solitario, mínimo. No.

No besaría previamente sus manos, su rostro, su boca. No acariciaría sus senos, su vientre. No tomaría su cálido cabello de abrasadoras bandas. No. ¡Primero había que golpearla! ¡Azotar su cuerpo desnudo! ¡Enloquecer de golpes hasta llegar al espasmo!

Iba a esperar noches y semanas; a aguardar como aguarda el jugador empedernido un golpe de fortuna ante el tapete verde; como espera el condenado el momento de la fuga, previsto a largo plazo.

Renqueando, con unos calzones cortos que ponían al descubierto sus piernas arrugadas, junto a la puerta de Rosario oía, por las noches, cómo ésta se desnudaba, como sus ropas le palpaban el cuerpo y subían fabulosamente por los muslos, temblorosos y húmedos como dos vivientes columnas humanas.

Dentro del pecho de Rosario, al ser arrancada de sus compañeros, aquella primera tarde de la Isla, algo penoso y duro se movió, con insistencia de llanto. «La mujer se queda aquí», escuchó como en un sueño. ¿De dónde partían estas palabras? La tierra era opaca y sobre su superficie las pisadas cobraban sitio prolongándose como en un planeta sin atmósfera. Rosario distinguió por última vez los ojos sanos, sin horizontes, de Ernesto, que la miraban con dulzura, y entonces una cosa antigua, de salones de clase, de jóvenes con libros, de palabras cálidas, de pupitres, de caricias remotas y de alientos, se le aglomeró en los sentidos como si el recuerdo viniese solamente por ellos; por el tacto, aludiendo a la consistencia de viejos cortaplumas escolares; por el oído, encontrando su referencia en voces inconfundiblemente amigas; por la vista, fijándose en aquellos ojos de Ernesto, tan semejantes, tan próximos. «¿A quién, Dios mío?», se preguntaba con asombro y duda.

Frente a la Ayudantía General de Campo se aglomeraban los hombres que había traído el *Progreso*. Estaban recelosos, llenos de temor, con sus harapos encima y sus grandes bultos inútiles y queridos. Dos mujeres, en quienes Rosario reconoció a Estrella y Soledad, aguardaban en la banqueta, fingiendo no interesarse por nada, los brazos en cruz sobre el pecho.

En torno de las mujeres había un solapado examen, lleno de deseos, por parte de guardianes y colonos. Las veían como si estuvieran sedientos, con la garganta oprimida y la lengua seca. Si les hubiese sido dado poseerlas ahí mismo, ante todo el mundo, lo hubiesen hecho sin el menor recato. Observaban las piernas, las caderas, los senos, y una corriente imposible, como si un semen múltiple les corriera por todo el cuerpo, los estremecía, sacudiendo sus músculos. Las mujeres experimentaban, por su parte, una sensualidad acariciadora, y se abandonaban impunemente a ella, gozando la violencia que todo aquello representaba.

Rosario fue incorporada al grupo en espera de que llegase Romualdo de la Vega, mayordomo general de la Isla y encargado, por ende, de todas las labores.

El Trabajo Regenera, se leía en un marco, sobre la pared.

El jefe Romualdo descendió de su caballo, con despreocupada insolencia, agrandando los ojos sin color, rabioso por quién sabe qué cosas.

Miró en su torno y produjo una sola frase:

—¡Cabrones!

Luego, desde el escritorio exclamó:

—¡Primero las putas...!

Se iba a hacer el registro y la asignación de futuros trabajos para los recién venidos.

Soledad se echó a temblar como si fuesen a darle tormento; Estrella se puso lívida de cólera por el insulto, y Rosario enrojeció infantilmente, como si hubiese recibido una reprimenda.

Los colonos observaban cada vez con mayor interés a las mujeres: Soledad sufría un ataque de timidez, girando la vista en su torno, sin encontrar sitio para sus manos, para sus pies, para su cuerpo entero; Estrella se mostraba llena de agitación moviéndose sin concierto de un lado a otro. La única tranquila era Rosario, quien fingía mirar con indiferencia los letreros de la pared: *Ante el látigo que envilece e infama, está el trabajo que regenera y salva*. Esta frase no podía menos que causarle gran contrariedad por aquellas dos palabras: «Infama» y «salva», cuya asonancia parecía tonta e indebida. Junto al aforismo estaba un viejo látigo cubierto de polvo, sostenido por unos alambres en arco, a semejanza de las piezas que un buen aficionado a la caza conserva en las paredes. «Tonta e indebida.» ¿De dónde venían estas dos palabras? Hay palabras cuyo uso se antoja privativo de gentes muy específicas, que hacen de ellas algo enteramente personal y sustantivo. ¿De dónde, sí, podían venir? Porque las dos voces no le pertenecían, no eran de su uso corriente; recordaban a una persona singular en lo absoluto, que ponía en evidencia, al pronunciarlas, su psicología toda: de orden y de profundidad, de pasión y de cosas diáfanas, positivas. En labios de Ernesto apenas desentonarían, llegarían casi a lo natural y si el derecho, digamos, de pronunciarlas, no aparecía legítimo de una manera completa, esto era atribuible, en forma exclusiva, al hecho de que Ernesto no era, aún, una persona *conveniente* para ello; conveniente como podía serlo, como lo era Damián Escalona, es decir, un hombre de conveniencias, un espíritu matemático en la parte conceptual y especulativa, clara y razonable, de su talento, y un espíritu simplemente aritmético en la parte menuda, concreta, bajamente calculadora de sus sentimientos. «Tonta e indebida», dos términos exactos, sin rabia, despreciativos y carentes de fuego. Ernesto apretaría los dientes para calificar y de sus labios partirían voces tales como «canallesco», «ruin», «bajo», «miserable», lo que, no obstante, no le impediría hacerse partidario del «tonta e indebida», tan clásico en Escalona. Esto hizo aparecer ante los ojos de Rosario un nuevo elemento, sorprendente y apenas descubierto: Ernesto y Damián. Dos espíritus como derivados uno del otro; dos variaciones de una misma vocación. Los dos rostros aparecían, ahora, en el recuerdo: uno, el de Damián, enturbiado por historias, por situaciones, por palabras que se dijeron alguna vez y que nunca podrían borrarse ya; otro, el de Ernesto, próximo y limitado, como sobre las puntas de los pies para aumentar de estatura, posible pero como en sueños siempre, como traducido, como vertido de una a otra lengua.

¿Amaría a este último? ¿Podría amarlo o lo amaba ya?

—¡Tú te quedas aquí en Balleto! —dijo el jefe de la Vega a Soledad.

—... y tú... —iba a agregar con relación a Estrella, pero se interrumpió al ver el rostro pálido, hostil, de la hembra.

Estrella caminó unos cuantos pasos hasta el escritorio del jefe; parecía que iba a dudar de sus propósitos pero plegando los labios, llena de resolución, le lanzó un escupitajo al rostro.

Los ojos del capataz se agrandaron en una forma aterradora. Durante los primeros brevísimos instantes no alcanzó a comprender la magnitud del hecho y estuvo a punto de sonreír, con la embarazosa sonrisa con que un transeúnte pretende justificar un resbalón. Pero recapacitando velozmente se sintió poseído de una cólera mortal, de una rabia sin medida, tanto cuanto más pensaba en lo indeleble de la injuria. Cual si estuviese frente a un hombre y con igual violencia, surcó por dos veces con su fuate el rostro demudado de la mujer, prorrumpiendo en una andanada atroz de insultos y maldiciones.

Su sentencia fue inapelable:

—¡A Arroyo Hondo y que la pongan a trabajar en el campo!

Aun cuando después de esto daba la impresión de tranquilidad, sentado nuevamente tras el escritorio, le temblaban las mejillas en un tic ingobernable, pues las mejillas, como otras partes del cuerpo, cuentan con músculos manejados desde lejos por la subconciencia.

—¿Y tú? —preguntó procurando mirar atentamente el rostro de Rosario.

Rectificó, en seguida, al ver aquella figura dignísima que hacía Rosario en esos momentos:

—¿Y usted...?

El escribiente aclaró, entonces, que Rosario debía permanecer en Balleto por instrucciones precisas dictadas por el general.

Balleto y los cerdos; el puertecito, breve y arenoso, formado por dos calles —Venustiano Carranza y Artículo Ciento Veintitrés—; por un muelle pobre, de maderas rotas; por la escuela, blanca y grande como un hangar; por el almacén, gris, oloroso a costales y a semillas; por el taller mecánico; por la carpintería; por la caldera; por las casas de los empleados; por las barracas y por el hospital. Rosario, en medio de todo eso, de porquera, alimentando a los ruines cerdos del subteniente Smith, viviendo junto a ellos en un cuarto de madera, sucio, lleno de terríficas alimañas, frías y lentas y que el trópico suelta por las noches agrandándolas por el vapor.

Se alumbraba por las noches con una pequeña y primitiva lámpara de petróleo, a cuya luz leía páginas de *La fundación de México*, o las *Crónicas de Nueva España*, debidas a Cervantes Salazar y publicadas por Del Paso y Troncoso, obras de la biblioteca cuando el director de la colonia era un general semiletrado. El primer libro se le antojaba ameno, divertido, inverificable, y el segundo una obra sin principios, zalamera y llena de cortesánías, aunque todo ello elevado de rango por el lenguaje

galano y los giros castizos del español del XVI.

¡Balleto y los cerdos...! ¡*La fundación de México* y los cerdos! ¡El español del XVI y los cerdos! ¡El subteniente Smith y los cerdos!

¡Y la forma de morir que tenían los cerdos! Tenían una capacidad fantástica para presentir la muerte, y en esto, sin duda, se parecían a los hombres porque chillaban, corrían, haciendo mil aspavientos. Cuando el cuchillo se hundía por debajo del cuello y una sangre roja, hirviendo, brotaba, los pequeños ojos del cerdo adquirían una singular atención, como si estuviesen oyendo algo, y se borraba de ellos la angustia, adoptando la muerte un aire de cosa fija, inanimada y como llena de estupor. Ayudado por unos colonos, el propio subteniente Smith se ocupaba de destazar y descuartizar al cerdo, causándole la sangre y la carne vivas una sensación de fortalecimiento, de alegría, de resurrección, que manifestaba riendo con una risita estúpida y baja.

A la venta de «carnitas», labor que correspondía a Rosario, llegaban los colonos, empleados y guardianes. Llegaba el propio Chato, nombrado jefe de las cocinas en Balleto.

El Chato se había vuelto un hombre más afinado, como dócil y sus ademanes eran llenos de afabilidad y cortesía, recurso hipócrita, sin duda, de su espíritu mestizo, hecho al fingimiento, al doblez y al cálculo. Se había resistido a usar el uniforme de la colonia y vestía un limpio pantalón de mezclilla azul, lavado, unos huaraches, tejidos, y un sombrero ancho, de palma. La dirección del penal, no pudiendo hacer caso omiso de la condición de El Chato como caudillo y jefe del hampa, conocido por todos, y en cierto modo respetado, le otorgó, desde el primer día, el puesto de cocinero mayor, lugar envidiable si se toman en cuenta las numerosas ventajas económicas y de otro orden que de él se derivan, pues El Chato sustraía un porcentaje de provisiones: café, arroz, frijoles, piloncillo, vendiéndolas subrepticamente.

Después de la primera ocasión en que acudió a casa del subteniente para comprar «carnitas», sus visitas se tornaron más y más frecuentes, con o sin pretexto. Se detenía en el corral, daba gritos a los cerdos y sonreía a Rosario con un aire malicioso y lleno de picardía.

Se atrevió por fin, un día, a plantear abiertamente sus propósitos:

—Mire usted —comenzó—, le doy diez pesos si me deja pasar la noche en su cuarto...

Las reacciones femeninas son muchas veces inexplicables. Rosario se indignó con viveza, rechazando desde luego el vergonzoso ofrecimiento. Pero su indignación no era cabal ni absoluta, no era excluyente y definitiva. Sin llegar a sentir halago —hubiera sido mucho—, experimentó, pese a todo, un cierto placer, como de caricias inconfesadas, a las cuales se hubiese abandonado mediante condiciones. Es decir, habría accedido a los deseos de El Chato si éste, en primer lugar, no hubiese cometido la torpeza de ofrecerle dinero («¡Como a cualquier prostituta!»); en segundo término si la más absoluta discreción se hallara garantizada; y en tercero y

último lugar, si El Chato no fuese él mismo, sino cualquier otra persona, vista y sentida con los ojos cerrados. De El Chato, entonces, no quedaba otra cosa que el sexo, en cierto modo impersonal, genérico, presente.

Comenzó un juego diabólico. Rosario se mantenía impenetrable y hostil, pero gozándose en ello, haciendo del rechazo una a modo de aproximación inadvertida, equivalente a la entrega, al contacto mismo.

El Chato, por su parte, sentía hervir la pasión sin sutilezas, sin capacidad alguna, directamente, sin cualidades interpretativas o, con mayor exactitud, sin la facultad — casi exclusiva de las mujeres en determinadas condiciones, cuando no están «apasionadas»— de interpretar múltiplemente los hechos y en todos los sentidos.

Mas de pronto El Chato desapareció. Parecía como si la tierra se lo hubiera tragado, no dejando el menor rastro de su presencia.

Si calificásemos de contrariedad a la impresión que esta ausencia causara en Rosario, pecaríamos, sin duda, de confusos. No. Rosario experimentaba contrariedad pero al mismo tiempo pena, enojo, nostalgia, anhelo, deseo, aun cuando todos estos términos no deben tomarse en su acepción absoluta. A tal grado constituyeron en su espíritu un mundo contradictorio e incalificable, que no sin violencia consigo misma, llegó a inquirir por la suerte de El Chato.

—¿Y qué se ha hecho de aquel hombre, el jefe de las cocinas? —preguntó, con la mayor indiferencia, a Soledad, que todos los días visitaba la casa del subteniente.

—¿Quién? ¿El Chato? Anda buscando a los «remontados».

¡Buscando a los «remontados»! La historia de éstos era fabulosa. Eran dos homosexuales que habían huido al monte y a quienes la guarnición y empleados buscaban afanosamente. A las cuadrillas de colonos que trabajaban fuera de los campamentos se les había encargado avisar en cuanto apareciesen, y sobre aquellos que viéndolos no hicieran la delación, pesaba la pena de ser juzgados en el mismo nivel y como reos del mismo delito. El Chato fue encargado de capitanear un grupo, el cual revolvería el monte hasta capturar a los prófugos. Por otra parte, los soldados —inválidos que no podían someterse a esfuerzos excesivos— cuidaban los aguajes en espera de que la sed obrara con superior eficacia que los propios perseguidores.

—¡Ya tienen tres días en el monte, los pobres...! ¡Y no han aparecido! —agregó Soledad refiriéndose a los «remontados».

Soledad había sido ocupada como cocinera en casa de un empleado, y su aspecto, hoy, resultaba notable. Vestía con gran limpieza y sus cabellos castaños, antes como muertos, ofrecían una agradable brillantez que daba al rostro cierta gracia amable, contrastando con aquella Soledad del barco, sucia, torpe y de un rostro poblado de huellas trágicas, producto indudable de la dolorosa perversión que gobernaba su existencia.

Se la veía diariamente en casa del subteniente, a donde, con las más inverosímiles razones, acudía por instantes, sin faltar en ninguna ocasión. Podía afirmarse que aquellos momentos representaban lo más vivo y central en su vida y que de no existir,

las razones que la alimentaban, el sentido que la presidía, se hubiesen desplomado, vaciándole el alma de todo aliento y de toda fe. Sentía un amor casi puro por Rosario, un amor que se había despojado de cosas adjetivas, y que se levantaba, irreprochable, sin exigir nada, sin esperar nada, gozándose, desinteresadamente, en su propia contemplación. Si sólo se le hubiese permitido estar siempre junto a ella, sin hablar, sin decir nada y hasta sin mirarla, Soledad se sentiría plenamente satisfecha, pues su amor participaba de todos los atributos de la adoración, alimentándose ya de cosas místicas y sin materia.

Rosario observaba a esta mujer —sin extrañeza, sin desasosiego, pues realmente era una observación agradecida—, y dolíase de no poder ser mejor para ella y de que entre ambas se interpusiera todo un abismo orgánico imposible. En su ser más íntimo descubría la suerte de apostolado que desempeñaba, pues había trasladado a Soledad, por su pura presencia, del vicio a la virtud, haciendo de la desviación y de la enfermedad una bandera de reencuentro y de salud.

Este cambio, esta alteración inaudita, se operaba por el amor. Porque mientras Soledad no encontró amor en su vida, mientras sus pasiones y sus placeres fueron tan sólo un grito animal, y deforme, aquello no pasó del vicio. Mas cuando sobre el caos, una llama distinta y sustantiva, un soplo de cosa singular, advino, lo anormal comenzó a desvestirse para formar nuevamente, haciéndose pureza.

Soledad regresaba a la infancia, a la época de las preformaciones. Si Rosario le dirigía una palabra o una mirada, se le arrebolaba el rostro, aturdido su espíritu como el de un colegial. Si le sonreía, sentíase tan llena de agradecimiento, tan libre del peso del mundo, que las lágrimas asomaban a sus ojos, tiernamente, sacudiéndole el corazón.

—¡Pobres los «remontados»! —continuó—. Los van a azotar si los encuentran.

Rosario fijó su mirada en los humildes ojos de Soledad:

—¡Pobrecillos! —dijo por su parte—. ¡Pero no me explico...!

Caía la tarde pesada y olorosa a polvo, mientras los cerdos se hundían en el fango.

Se alejó Soledad y a poco, con el sonar de la retreta, la noche envolvió al puerto hundiéndolo en el mar.

Las noches de la Isla son palpitantes y llenas de misterio. Del océano salen sombras oscuras y cálidas, que se detienen en el aire adhiriéndose a los hombres y penetrando en sus sueños. Entonces aparecen mareas difusas, llamamientos que vienen de muy lejos y referencias interiores que vuelven el espíritu hacia sus propios orígenes. Nadie puede resistir el influjo y se experimenta la necesidad de ir hacia el mar, desde la playa, como hacia un viejo dios, no para oír palabras ni rumores, sino para no oír nada, y quedarse en la oscuridad, donde cielo y agua se adivinan, y se adivinan, también, todos los recuerdos, el amor ausente, la vida infructuosa, los anhelos sin utilidad y los esfuerzos sin gloria.

Dentro del cuarto de madera, Rosario hubiese querido salir hacia la noche, pero algo la sujetaba sobre su camastro como un presentimiento. Algo humano y muy

poderoso que, desde el aire, se insinuaba por entre los maderos del cuartucho, pesada, roncamente. Eran esas tinieblas donde se grita «¿quién está ahí?», y se escucha una respuesta de materias y resuellos.

En ese mismo momento, del otro lado, entre los muros de su cuarto, el subteniente Smith se levantaba de la cama, sin vestirse, sintiendo en sus pies el suelo apenas fresco de la casa infinita. Su corazón era un reloj de arena donde los minutos caían como gotas espaciadas, lentas, hablando un lenguaje mitológico, de golpes y de signos.

El subteniente se movía como en la eternidad, dando a cada paso un prestigio de siglos. Para salir de su cuarto era necesario cruzar de extremo a extremo, en una aventura sin puntos de relación, donde el cielo y el infierno unían sus nociones cardinales, hasta desembocar en la puerta, al borde mismo de la tinta prodigiosa de la noche. Era aquél un avance de temblores recrudescido por el anhelo, con rumbo al cuartucho de Rosario. Pero ¿quién iba a afirmar nada cierto sobre nada? ¿Quién iba a decir, jurando sobre fuego, que aquel cuerpo del cuartucho, del otro lado, aquél de Rosario, no fuera otra cosa que tinieblas con forma, que tinieblas convertidas en razón humana, en aliento? Smith penetró al cuarto de Rosario como el Hombre Invisible, atravesando las paredes, pues la oscuridad había suprimido la puerta. (¿«Estará siquiera en su cuarto?» “¿La encontraré?»)

Se aproximó despacio, conteniendo la respiración. Imaginó estar en un laberinto o en una selva, donde cada esquina y cada árbol son una manera de perderse. Entonces una idea descabellada se apoderó de su espíritu: «¡Se me va a perder!». Se figuró que caminaría sin descanso, como un ciego, sin encontrarla jamás, sin saber nada de ella. Mas una presencia cautelosa estaba a sus espaldas ya y súbitamente, en mitad del más loco terror, Smith sintió que unas manos le oprimían el cuello con rabia.

—¡Canalla! —escuchó.

Temblando, en el otro extremo, Rosario encendió un cerillo.

El subteniente yacía en el suelo y encima Soledad apretaba con furia, el rostro descompuesto, tratando de ahorcarle.

—¡Canalla!

Rosario se incorporó del lecho:

—¡Mátalo! —dijo secamente, los labios apretados.

Pero ya corrían los soldados, con linternas, haciendo ruido.

—¡Viejas jijas...! —y las golpearon con las culatas en los codos, en las costillas, en el vientre.

Cuando a la otra mañana, bajo espléndido sol, las dos mujeres caminaban rumbo a Arroyo Hondo, en castigo, conducidas por Ramón «el gendarme», Rosario se fijaba en aquella figura de Soledad, a su lado.

—¡Soledad...! —musitó quedamente, llena de agradecimiento.

IX

El cabo Maciel se apoyaba sobre la pierna flexionada, mientras con el fuste removía las yerbecillas, pensando en cosas intrascendentes. A sus espaldas formaban los colonos para la lista de seis, en la tarde. Haciendo un grupo aparte estaban los de la última cuerda, medrosos y abatidos, con señales de profundo cansancio en el rostro. Se les había repartido por igual en las cuadrillas de «hacheros», y de «ixtleros», y según sus ojos llenos de inquietud, que eludían las miradas de los cabos de cuadrilla, y según su manera de no encontrar sitio adecuado en las filas, ora distendiendo la pierna derecha, ora cruzando los brazos o intentando meter las manos en las inexistentes bolsas del uniforme, era posible darse cuenta de que no habían terminado la tarea. Aguardaban con espanto a que el cabo Maciel se volviera, dándoles la cara, e imaginaban ya los gestos iracundos, las imprecaciones violentas, el castigo implacable. Pero Maciel continuaba inclinado, sin apartar la vista de las yerbas y los insectos que, ahí abajo, a sus pies, vivían su simple existencia, tan llena, sin embargo, de misterio: hormigas rojas y grandes, caminando con empeño insensato; escarabajos ceñudos que arrastraban con sus tenacillas botines inmensos; culebrillas de agua, fugitivas, filtrándose por entre las piedras. Con silencioso espanto pudo advertir Maciel, bajo el musgo verde y espeso, los dos puntos rojos del *cancel*, insecto peligroso y terrible, único, al parecer, en la Isla. Recordó a los picados de *cancel*, cómo perdían el habla, de una manera súbita y cómo, en un plazo de sesenta minutos morían, congestionados, negros. No quiso moverse ni respirar: las alimañas en cuestión eran veloces, parecían tener pensamiento y revolvíanse con rabia, zigzagueando. Adelantó el pie con cautela y lentitud, en una lucha fantástica, empeñada entre dos silencios, entre dos prevenciones, entre dos acechanzas. El temible *cancel* no acertó a hacer movimiento alguno cuando ya el pie de Maciel lo había aplastado sin misericordia.

Al advertir el negro animal deshecho bajo sus plantas, Maciel experimentó un placer intenso, superior al hecho mismo de haber dado muerte a un enemigo tan, a pesar de todo, vulnerable. Otros eran los enemigos que Maciel hubiese querido tener bajo sus pies, aplastados. Otros que se habían clavado en su existencia firmemente y no se separaban de ahí, hostiles, imborrables. Porque su vida estaba rodeada por el odio; en ningún sitio existía para él amistad o cariño o estimación o amor: sólo una gruesa capa de odio y miedo que lo separaba de los hombres, que lo refundía hasta sepultarlo en los sentimientos más últimos y en las más últimas palabras. Una sola vez en la vida estuvo a punto de encontrar la esperanza anhelada: era una mujer, pero una de esas mujeres capaces de arrastrar al hombre hasta los peores abismos, que carecen del menor sentido humano y proceden con una inconciencia monstruosa, fría, gozándose en el naufragio de quien las ama. Por otra parte, un caso hartamente explicable y que, estudiado con detenimiento, perdía el carácter melodramático que el propio Maciel le daba. ¿Pues hasta dónde puede llegar la inconciencia, la inhumanidad de

una mujer, que al fin, tarde o temprano, es vencida por el más insospechado de los amantes, a veces por el último y el que aparentemente menos significa? El Charro había resultado vencedor en la pelea, hace algunos años, en «la calle», cuando nadie imaginaba que Maciel llegaría a ser un penado de las Islas Marías. Hoy el destino los reunía a ambos en la colonia penal. Y si para este último la desventura de Maciel había sido un puro incidente, para el cabo de Arroyo Hondo significaba, aún hoy, su vida entera y un deseo profundo, retenido y violento de venganza. ¡Se vengaría, sí! Aguardando, de ser preciso, la eternidad entera; no por el placer de inferir un dolor semejante al suyo, sino por la ambición misma de reelaborar su personalidad, de afirmarla, cuando ésta había sido deshecha en su más íntimo sentido, en sus más preciada esencia.

La tarde iba cayendo matizada de un oro trémulo por el sol crepuscular. En frente del arroyo, desde la casa del jefe Solís, La Morena, un afeminado, cantaba con una voz nostálgica y absurda. Su camisa blanca ondeaba a la brisa, en la ventana, y por todo esto, por la canción, por el aire de monstruosa nostalgia de la melodía, por el ondear blanco, Maciel sintió una viva cólera, un deseo frenético de golpear:

—¡Cállate ya, con una tiznada, que vamos a pasar lista! —gritó.

Volvióse entonces hacia los colonos. Al advertir los rostros desencajados por la fatiga y aquellos cuerpos totalmente vencidos, experimentó una extraña alegría: «No han terminado la tarea», se dijo. El castigo, por lo pronto, se reduciría a que terminaran su trabajo hoy mismo, y a que la mañana siguiente ejecutaran un trabajo suplementario. De esta suerte, como era seguro el no acabar tampoco mañana, se les iría aglomerando labor, hasta el infinito, para llegar a la segunda parte del castigo: los azotes.

Con deseos de encontrar algún motivo de queja contra El Charro, cabo, a la sazón, de «ixtleros», Maciel le echó en cara:

—¡Carajo, tu gente nunca cumple!

El Charro se aproximó, indiferente; y sin responder:

—Desapareció un «ixtlero» —informó—. El Marquesito, creo que anda remontado...

Maciel sintió interiormente gran alegría por el pretexto que se le daba para molestar a El Charro.

—¡Pos ahí la responsabilidad es tuya!

Como ocurre frecuentemente cuando una persona poco conocida muere o desaparece, la figura de El Marquesito se borró en absoluto de la mente de Maciel. ¿Qué rostro tenía el tal Marquesito? ¿Qué actitudes, qué gestos? Cobraba el «remontado» una nueva connotación, independiente de su ser físico; se le sentía distinto, como redescubierto en caracteres y capacidades desconocidos antes.

—¿Quién era? —preguntó apretando los dientes.

El Charro expuso entonces, largamente, toda la historia del muchacho, su debilidad física, sus crisis espantosas cuando le faltaba «droga».

El Marquesito había sido llevado a Arroyo Hondo porque el general consideraba su caso como ejemplo de corrupción, de relajamiento, de abyección, inauditos. Sin que precisamente lo «recomendaran» para tareas dobles, se le hizo la indicación a Maciel de que lo colocase en algún trabajo donde sintiera el «rigor de la colonia». El muchacho se portó con absoluta indiferencia; tenía la actitud del que vive estando muerto ya, sin anhelos, como una basura que se deja llevar por la corriente. Tomó, sin decir palabra, su cuchilla, su machete, su tabla, y fue con todos los demás a cortar y raspar pencas de maguey. Después de tres horas de trabajo en que no había producido ni doscientos gramos —para una tarea de tres kilos—, empezó a gemir, el rostro descompuesto por una lividez mortuoria.

—No es lo mismo que untarse los dientes de coca, ¿verdad? —le había dicho burlonamente El Charro.

Pero El Marquesito estaba como enloquecido, ya no entendía nada, con un rostro lleno de arrugas, los dientes amarillos alargándosele fuera de los labios y los ojos acuosos, de pescado.

—¡No puedo más! —silbó, inclinando la cabeza como si se tratara de una cortesía.

—¡Eso es lo que vamos a ver, güevón!

Cuando El Charro lo golpeó y más tarde, ya caído, le dio tremendos puntapiés, El Marquesito no tuvo fuerzas para quejarse, lo cual daba la extraña impresión de que no había ahí sufrimiento, sino cosas inanimadas y carentes de sentido.

—Después —continuaba informando El Charro ante Maciel—, no lo vimos más; yo me entretuve con la cuadrilla y bajamos del monte... Sí, sin El Marquesito... ¡Quién sabe!

Detuvo la conversación Maciel para ocuparse de los colonos, de la lista, y de quienes no habían cumplido su tarea. Gritaba, se movía de un lado a otro, hasta que dejó todo dispuesto conforme a sus propósitos.

Iba a ponerse en conversación nuevamente con El Charro, cuando se le interpuso Jesús Ábrego, «el de la Constancia». Caminaba Jesús Ábrego despacito, suavemente, como apenas apoyándose en la tierra y era inimaginable que hubiese podido cometer el crimen fantástico que lo llevó a las Islas. Aquellas manos de trabajador, gruesas, campesinas, no podían ser las mismas que, con las de sus dos cómplices, dieron muerte al pobre sujeto de la Constancia; ni aquel rostro tan presente, tan indudable, podía haber sido el que contemplara el fabuloso descuartizamiento y la sepultura de la víctima. (Lo hicieron muy de prisa, temblándoles las manos; con cierta repugnancia y cierto terror, mas no había otro remedio.) Pero ahí estaba, con su uniforme rabón y desteñido y sus pies de huaraches.

—Mire Maciel —le dijo al oído—, yo puedo ayudarlo a encontrar al Marquesito...

Maciel adoptó una actitud interrogativa:

—Sí —prosiguió Ábrego—, lo oí quejarse cuando bajamos del monte; sé donde

está...

Ábrego recordaba todas las circunstancias que El Charro, receloso y al parecer astuto, mantenía ocultas. Algo dijo a Maciel, sobre El Charro, secretamente, mirando con desprecio a éste.

—Oí que decía El Charro: yo te hago la tarea, Marquesito, pero con una condición.

¡Con una condición! ¿Cuál podía ser esa condición inaudita, allí, en las Islas, donde no existía la menor solidaridad y el hombre era un animal de egoísmo, entregado con todo el cuerpo y los sentidos a evitar su propio sufrimiento? Ábrego la intuía como se intuyen los crímenes o los grandes sucesos, por el aire, por el indeciso aliento que brota del pecho culpable a cada palabra, por los ojos indeterminados donde en quién sabe qué fondo han de quedar grabadas las escenas.

—¡Bien! —dijo Maciel comprendiendo—. ¡Irás con nosotros!

El sol se había ocultado ya. Las estrellas, primero lechosas, tímidas, adquirieron una brillantez espléndida, como sólo tienen las del trópico, donde el cielo se torna algo tremendamente profundo y alto, lleno de movimientos y sucesos, inadvertidos en otras latitudes.

El Charro se mostraba receloso y hostil. Algo lo hacía rechazar con todas sus fuerzas la figura del «de la Constancia»; experimentaba el desasosiego, la tremenda sensación de asfixia que ocurre cuando en torno de la luna la atmósfera se condensa ennegreciéndose y formando un a manera de colosal planeta que puede aplastar el mundo.

Caminaba ahí junto Jesús Ábrego como si la conciencia hubiese tomado cuerpo humano y fuese a perseguir al culpable en mitad de la selva, y ya se imaginaba a El Charro perseguido por el monte, cayendo y levantándose, ciego, en medio de una pesadilla de árboles que hablaban y se reproducían sin fin, con sangre y ademanes.

—¡Yo guío! —dijo rotundamente para evitar que se inmiscuyera Jesús.

No se veían los rostros apenas remotamente contrabalanceada su sombra por el parpadeante mechero que Maciel llevaba en las manos; pero aun así, la cara de Jesús Ábrego era la misma, llena de paciencia, de certeza, de capacidad para el triunfo.

Caminaron sin descanso como ciegos que van tocando dimensiones invisibles: cuando presentían un tropiezo el aire estaba solamente vacío y oscuro, como una pared; pero más allá encontraban helechos, ramas, troncos porfiados, gigantescas plantas, calientes como si tuvieran sangre, que los hacían retroceder, con un espanto primitivo.

Habrían transcurrido muchas horas, sin duda, cuando Maciel ordenó:

—¡Fumemos! —y los tres hombres se sentaron sobre el musgo, ausentes, descomponiéndoseles el rostro con la luz aquella de los cigarrillos que les mordía la cara tornándola en un fragmento irreal, lejano, como si se tratase de viejos ídolos descubiertos entre la tierra.

Jesús Ábrego observaba la escena desde su más hondo interior: ¿No era la misma

de cuando su propio crimen? ¿No se habían sentado así, igualmente en círculo los tres asesinos —él en medio—, en torno del cadáver sepultado y alguno había dicho: «Fumemos»? La sensación era la misma: un olvido de la muerte y la muerte, el crimen, como un hecho desconectado ya, como algo que no tenía que ver, en lo absoluto, con este quedarse ahí fumando un cigarro y donde la única experiencia era la de la fatiga, la del cansancio. Hoy, ¿para qué buscaban al Marquesito? ¿Dónde estaba? ¿Quién era? ¿Existiría realmente?

—¡Yo sé dónde está! —balbuceó Jesús Ábrego, soñoliento.

Los tres hombres se irguieron entre los árboles, entonces, prosiguiendo su caminar desesperado.

Podría haber sido la medianoche, tan sin luna estaba aquello, o podría ser el fin de toda luz sobre la tierra, cuando un débil gemido los hizo orientarse en mitad del caos que formaba la naturaleza sin composición, revuelta, que hacía el monte.

Colgado de una rama, semidesnudo, estaba El Marquesito, la camisa rota y los muslos sangrantes.

Maciel lo examinó de cerca aproximando el mechero y pudo apreciar que El Marquesito había sido víctima de una suerte inimaginable, escalofriante, de estupro que no se podía concebir.

Lentamente, apenas volviéndose un poco a El Charro preguntó sin alterarse:

—¿Quién fue?

¿Quién? Cerrando los ojos, sin ver el cuerpo grotesco de El Marquesito pasaba por el espíritu una sombra de encontradas sensaciones; sentíase un horror tangible, como si fuese de piedra, y una cólera ciega, al mismo tiempo que una sensación llena de malevolencia, de baja burla, cruzaba el pecho como sacudiéndolo en sus fondos de fría e insospechada anormalidad.

El Charro permanecía mudo, la cabeza inclinada, sonriendo con torpeza.

—¿Quién fue?

El Marquesito hizo un gesto vago y musitó unas palabras apenas perceptibles.

—¿Conque tú...?, —dijo Maciel coléricamente volviéndose hacia El Charro.

Sonrió éste encogiéndose de hombros y levantó la cara con naturalidad, como si el asunto careciese de importancia. «Sí, ¿y qué?», parecía decir, «¿qué otra cosa podía haberse hecho?» En su mente, reducida de pronto a un primitivismo más acentuado que el normal, los hechos perdían significación, lo acontecido cobraba relieve de cosa legítima y todo aquello le parecía, pese al carácter espantoso, algo que lo afirmaba en su orgullo de macho descomunal.

Ordenó Maciel a Jesús Ábrego cargarse con el cuerpo de El Marquesito y en medio de las insólitas protestas de El Charro que apelaba al compañerismo y a la hombría, le ató las manos a la espalda, gritando siguieran todos por el arroyo, rumbo al campamento.

Las cosas posteriores fueron silenciosas, como si se estuviera contemplando un sueño o una imperceptible película antigua. Llegados al campamento condujeron a El

Marquesito hasta el botiquín y después los tres hombres se fueron a la higuera.

—¡Ábrego! —exclamó Maciel—. ¡Enciende una lumbre!

A la luz de la pronta luminaria, Maciel colgó al miserable Charro de la higuera para golpearlo sin conmiseración.

—¡Ora verás qué tarea! —le dijo a Jesús a modo de broma.

Duró aquello hasta el amanecer, como algo repetido y sin cansancio. El cuerpo del victimado oscilaba como un péndulo sin voluntad, sin conocimiento, con la sangre resbalándole por sobre los sucios vellos. Maciel estaba bañado en sudor, los ojos pequeños de fatiga, el brazo cayendo, inerte, sin fuerzas ya.

—¡Ah que jijo éste...!

Por encima de las ceibas, de la higuera, de los altos cedros, elevábase la mañana con su despertar de pájaros. Era espléndido aquel abrir de ojos de la naturaleza que parecía surgir como del fondo de un inmenso y profundo estanque, espeso de rumores, que eran un a modo de fantasma del verdadero ruido que sólo en el día y bajo el sol cobraba su estirpe auténtica de cosa sonora y vital, como si la luz fuese un agente de las voces, y las tinieblas, al contrario, material de obstáculo, barrera de oposición a todo sonido y a toda nitidez.

Sin descolgar el cuerpo del martirizado, Maciel arrojóse al pie de la higuera, rendido por la fatiga. Sentía los músculos impersonales e incapaces de obedecerlo a fuerza de cansancio. Un raudal de ideas corría sin cauce por su cerebro, recordándole que se aproximaba la lista de diana, la distribución del trabajo, el informe a la Ayudantía General de Campo y una serie de obligaciones más.

Empañado el espíritu de sueño, alcanzó a gritar:

—¡Ábrego! ¡Descuelga ya a este cabrón...!

Ábrego había permanecido inmóvil, en cuclillas, durante toda la escena. No encerraba la menor animadversión para El Charro, pero contempló con verdadero placer el castigo, gozándose en ello como si el martirio del infeliz constituyera una forma viviente y lúcida del recuerdo; no de un recuerdo semejante, precisamente, a lo que hoy veían sus ojos, sino un recuerdo más sustancial, una memoria de las emociones, un retorno a cierta sensación específica, compuesta de angustia, de placer, de miedo, de lástima, de arrepentimiento, que en otro tiempo experimentó, en las calles de la Constancia, ante aquel hombre que entre él y sus compañeros partieron meticulosamente en pedazos, con frialdad e indiferencia: una frialdad calurosa, de fiebre, y una indiferencia atenta, llena de asombro ante sí mismos y ante lo que ocurría.

El cuerpo de El Charro se desplomó, como un guiñapo, desvanecido a los pies de Maciel. Maciel sintió la misma impresión placentera que por la tarde, cuando el *cancle* quedó hecho un ovillo de piernas largas y de líquido espeso bajo sus plantas. Ahí estaba El Charro, el enemigo, vencido y en derrota, igual que el mortífero insecto; ahí, humillado bajo su omnímodo poder.

En medio de estos pensamientos percibió por el arroyo el ruido de unos caballos

cuyas pezuñas chocaban contra las guijas, y a poco, en un claro del monte, pudo distinguir un grupo de jinetes entre quienes, por su porte y estatura se destacaba El Chato. Haciendo un esfuerzo para sacudirse el sueño y el cansancio, Maciel se levantó para darles encuentro:

—¡Qué milagro el verlos por acá! —dijo zalameramente.

Y dirigiéndose a El Chato, lleno de hipocresía, agregó:

—¡Y tú, caray, diatiro te olvidas de uno...! —y tendía la mano para saludarlo.

El Chato no acogió la mano que se le tendía y sin apearse del caballo, el codo sobre la cabeza de la silla, dijo secamente:

—¡Andamos buscando a los «remontados»...!

Su rostro era seco y duro, y miraba intensamente a Maciel como tratando de adivinar sus pensamientos. Dos o tres días de recorrer la Isla no habían bastado para encontrar a los prófugos y se esperaba, no sin razón, que estuvieran en Arroyo Hondo, cuyo monte intrincado era, sin duda, el más propicio al refugio.

Pero a El Chato le movía un interés más. Estaba enterado del incidente de Rosario con Smith y sabedor de que en castigo se le había impuesto Arroyo Hondo, quiso adelantársele en unas cuantas horas para prevenir cualquier acechanza y, al mismo tiempo, para porfiar en sus propósitos al lado de ella.

Llamó por separado a Maciel, en un margen del arroyo:

—Llegará hoy al campamento una comunista —pronunció con lentitud, fríamente, casi con odio—. ¡Si quieres hacer de las tuyas, te malo...!

Ocultando su perplejidad, Maciel se apresuró a prometer:

—¡Nada más eso faltaba! ¡Ya sabes que con los amigos yo me porto a lo macho...!

Mientras esto sucedía, en lo alto de la colina donde estaba la barraca, echado entre la hierba sobre la que acostumbraba dormir, El Miles veía toda la escena apoyándose en el pecho. Silbó conforme a su peculiar manera pensando que El Chato no podría venir al campamento sino por los «remontados». «Lo siento por ellos», musitó y se volvió sobre sus espaldas para contemplar el amanecido cielo, precursor del trabajo.

—¡Ernesto, Santos, Marcos! —gritó jovialmente—. ¡Van a tocar diana!

En efecto, el corneta golpeaba ya con la palma de la mano la boquilla del instrumento y en seguida se escucharon las primeras notas, que son largas, de un amplio diapasón, solemne y triste, de la diana.

El Chato descendió por fin de su caballo dispuesto a esperar que los colonos formasen. Entretanto Maciel le daba toda clase de pormenores sobre El Charro y las causas por las que se le infligió un castigo tan ejemplar. Sentíase Maciel influido en tal grado por la aplastante personalidad de El Chato que se le sometía desde luego halagándolo y mostrándose dispuesto a complacerlo en todo. De esta suerte —a tiempo que los colonos descendían de la barraca y formaban una doble fila en el arroyo— le mostró con gran obsequiosidad los corrales del ganado, la casa de las

herramientas, el pozo que habían construido los «políticos», y le hubiese mostrado más si el propio Chato no llama su atención para que de una vez se dirigiera a los colonos, reunidos en su totalidad.

La doble fila llegaba a cerca de doscientos nombres en cuyos rostros el sueño aún no borraba del todo su paso, acentuando en muchos el aire de zozobra con que invariablemente acudían a la lista matinal, que era ocasión diaria para el reparto de labores. Era explicable la zozobra pues siempre se esperaba la peor de las suertes: el que servía en la siembra de palmeras hallábase temeroso de ser trasladado la mañana siguiente a la carga de sal, trabajo mucho más pesado; el que atendía los corrales, mostraba miedo por cambiar su oficio al de «ixtlero»; éste por ser enviado al corte de leña, y así todos, en una escala de sufrimiento que los volvía estúpidos, torpes, a la hora en que Maciel seleccionaba las cuadrillas.

Su presencia lo mismo que la de El Chato fueron recibidas con una contracción de animales asustados. ¿Qué sucedería hoy?

El Chato se aproximó lo más que pudo:

—Muchachos —dijo.

En seguida expuso las razones que lo llevaban a Arroyo Hondo y la necesidad de que todos, sin excepción, contribuyeran a la búsqueda de los «remontados».

—¡El que los vea y no dé aviso recibirá cincuenta azotes...! —concluyó volviéndose de espaldas con aire despreciativo.

Se encaminó derechamente hacia donde formaban las cuatro mujeres del campamento, junto al mugroso barracón que constituía las cocinas. Formado con ellas, asumiendo al principio una actitud cínica que se transformó en medrosa a medida que El Chato avanzaba, La Morena tuvo que interrumpir sus movimientos: intentaba colocarse una pañoleta viva y llena de color sobre la cabeza, pero al notar los ojos severos de El Chato se sintió cohibido soltando por un extremo el desconcertante adorno.

—Ustedes le han dado agua a los «remontados» —se le ocurrió al Chato.

Una ocurrencia intempestiva pero que le pareció lógica, ya que conocía el género curioso de solidaridad que existe entre las mujeres en casos semejantes.

Tres de las mujeres pertenecían al tipo de las «cruzadoras» ínfimas, sin belleza propiamente hablando, acostumbradas a los giros bajamente astutos del hampa. La otra era Estrella, cuya viveza, agilidad y desenvoltura la distinguían del resto. Objetaron llenas de confusión, mientras Estrella, por su parte, se encaró con El Chato sin vacilar:

—¡No andes con cosas, Chato! ¡Tú me conoces bien a mí!

Mas involuntariamente tuvo la mala ocurrencia de no reprimir una mirada significativa hacia La Morena. Palideció éste, pues sentía cómo las circunstancias podían condenarlo, ya que los «remontados» eran de su misma especie y se podría suponer que él les prestaba ayuda.

—¡Tú! —rugió El Chato tomando de la camisa a La Morena.

—¡Yo no, por Dios! ¡Lo juro!

Se encontraba en una situación de desfallecimiento y enfermedad. Un terror sin medida se apoderó de su ser y balbucía frases absurdas, sin sentido, que contribuían a que las apariencias de su culpa fuesen más evidentes. De todos los dolores que sufre el hombre aborrecía en particular los dolores físicos, y la sola idea de que lo azotaran trastornaba su cerebro, moviéndole emociones y actitudes contradictorias. Ignoraba dónde podrían encontrarse los «remontados», pero tenía sospechas; y esas sospechas adquirían dentro de sí mismo un cuerpo de desahogo que significaba salvación en contra de los inminentes peligros. Culpable o no, La Morena estaba ya considerado así; escaparse de la culpa —real aunque no existiera—, sólo sería posible a través de la delación.

—¡Canta, jijo de la...! —gritaba frenético El Chato a tiempo que le asestaba un puñetazo en el rostro.

La Morena hipó ridiculamente como un chico a quien se le hubiese hecho daño.

—¡Yo lo puedo conducir al monte! —exclamó cortando las sílabas—. ¡Sé donde están!

No sabía, en efecto. Pero ¿qué podía hacer?

Terminaba Maciel con las cuadrillas y pálido por el desvelo, los ojos hinchados, volvíase hacia el grupo de El Chato. El campamento cobraba de pronto, abandonado por los colonos que ya se habían ido al monte, una soledad doble; se antojaba el arroyo sin vida, las casitas de madera tristes y todo aquello, humano cuando lo animaba la presencia de los reos, aparecía hoy lleno de paz, paz sin alegría, hueca y grande como un fruto muerto.

Maciel acarició con grosera sensualidad las magníficas nalgas de Estrella, quien le dirigió una mirada simple, sin irritación ni contrariedad. Se sometía Estrella sin gusto ni enojo a los caprichos de Maciel después de haber obtenido que éste la relevase de todo trabajo en el campamento. Había llegado por este medio a tales condiciones de libertad, que su vida casi era espléndida de no vivirla en un presidio. Iba al monte sola, todas las mañanas, respirando un aire lleno de embeleso, nutrido de aromática resina, de olor a madera joven y perfume de plantas, para cazar conejillos y sepultarse en las «pozas» del arroyo, uniendo la cálida frescura de su cuerpo a la frescura musical del agua. Luego encontraba una especie particular de cercillas y llegaba al campamento con hongos de colores extraños, morados, blancos, negros, y flores que arrojaba al arroyo, por afición pura a la naturaleza, de la cual, como una salvaje hermosa, parecía formar parte. ¡Qué recreación sonora, alegre la de Estrella! No era la raterilla vulgar, cínica, de antes, sino que parecía exactamente una hija de la selva, verde, nutrida de jugos vitales. Mas cuando volvía al campamento se retraía otra vez; el color de su rostro se opacaba, adoptando todo su continente un aire de rencor y de amargura.

El Chato esbozó una sonrisa irónica al ver la caricia llena de lujuria que Maciel le hizo a Estrella. Recordaba con cierta vaguedad al Maciel de «la calle», al Maciel en

libertad, que era un tipo de feminoide, fanfarrón, que golpeaba a las mujeres —El Chato también lo hacía, pero era distinto—, y que, cuando estuvo enamorado, se convirtió en la figura más grotesca y lamentable, pues el amor se convirtió para él en un expediente de servilismo, de súplica y de humillación.

—La Morena va a decirnos dónde están los «remontados» —explicó sin abandonar la sonrisa—. Y ustedes —añadió, dirigiéndose a las cuatro hembras—, ¡pueden largarse al carajo!

Disolviéronse las mujeres refunfuñando, y Estrella, después de introducirse en el jacal que les servía de habitación, salió al poco tiempo vestida con pantalones grises, dirigiéndose al monte.

—¡Todavía no! —atajó El Chato a Maciel al notar que éste se preparaba para acompañarlo—. Vamos a esperar que llegue la comunista, no ha de tardar.

En el vasto monte tropical trabajaban las distintas cuadrillas ignorándose las unas a las otras, e ignorándose los unos a los otros los hombres entre sí. Por el lado de los finísimos magueyes de lechuguilla de hojas verde claro y bordes blancos, trabajaban los «ixtleros» raspando pencas; por la parte ya limpia del monte, la «cuadrilla de enfermos», con azadones, formaba montículos de breñas que más tarde serían quemados. Era éste un grupo de palúdicos a quienes no se les podía exigir mayor esfuerzo. Del lado más áspero y brutal, apenas oyéndose por los golpes de hacha que parecían gemidos, los «hacheros» derrumbaban árboles.

Era el monte un hervidero de trabajo humano y de sufrimiento. Si el paisaje era bello y dulce, los hombres que a sus pies gemían, las manos ensangrentadas, lo tornaban lúgubre, confuso, desarreglado, como una hermosa mujer lacerada interiormente por la sífilis.

Próximo a Ernesto trabajaba un hombre incorporado esa mañana a la cuadrilla de hacheros. Ernesto podía observar su figura imposible entre los árboles, balanceándose de un lado a otro como un muñeco. Se trataba de El Temblorino, un epiléptico, a quien Maciel quiso probar en el trabajo para, según él, poner en evidencia la falsedad de su padecimiento. Pero a juzgar por los golpes de hacha, por el agitar dicho instrumento en el aire como si fuese un alfanje y por los sacudimientos que le estremecían toda la figura, la epilepsia de El Temblorino era mucho más real de lo que podía esperarse. Mas El Temblorino no era sólo un epiléptico; en el cuello, a la altura de las amígdalas, mostraba unas inenarrables llagas y en el rostro las manchas rojizas indicaban una enfermedad profunda y destructora.

Ernesto procuraba verlo con atención, horrorizado del espectáculo que se ofrecía a su vista: el hombre se flexionaba como un gusano; de pronto, como tocado por una corriente eléctrica, se contraía, y en seguida de su garganta comenzaban a brotar gemidos sin razón ni concierto.

—¡Cabo! —gritó Ernesto con desesperación, y su voz se oyó como en un desierto—. ¡Se va a morir este hombre!

Porque Ernesto creía que estaba agonizando El Temblorino.

Pero nadie podía oírlo, era imposible.

—¡Muérete! —masculló entonces con rabia, hundiendo el hacha en el jugoso tronco.

Desde la espesura, sin embargo, Ernesto era observado por dos ojos imperiosos, que parecían hablar a gritos. Eran los ojos de Estrella que en su viaje de hoy al monte había llegado a ese sitio, y estaba agazapada entre las ramas escuchando las voces. «¡El comunista...!», pensó. Antes lo había visto en el barco, más tarde en Balleto y luego en el campamento. No había olvidado su figura juvenil, preocupada y profunda.

Cuando Ernesto sintió algo sobre sus espaldas, algo muy especial que hacía temblar el aire, volvióse de un salto, sorprendido.

—¡Una mujer!

Sí; una mujer semejante a una aparición; algo que trastornaba con su sola presencia, callada, celeste, casi inmaterial. Se aproximaron el uno al otro como sin quererlo, como sin proponérselo, sin acuerdo, sepultándose bajo la fronda de las altas yerbas.

El Temblorino había cesado poco a poco de gemir. Habríase muerto o desvanecido. O quién sabe.

X

Por el Camino Viejo el mar apenas se presentía como si envolviera a la selva llenándola de rumores diáfanos. Pues generalmente no se sabe escuchar al mar; se le cree monótono y repetido, con iguales voces y palabras siempre, cuando si se escucha su latir con fe, con sentido de las cosas profundas, la música, la poesía, los diálogos, la tragedia, todo lo que lleva dentro, se perciben como si las aguas puras, inmensas y amorosas, fuesen el immaculado depósito, permanente y mágico, de la historia de los hombres. Hay que imaginar, ahora, la selva; la atmosférica selva, tan anterior al mundo como el mar, que de él surgió como una maravilla sumergida elevándose de pronto en un intento prodigioso de matrimonio con el cielo. Cielo y mar y selva son hermanos; hermanos y hermanas. De su conjunción y de su distanciamiento parte todo y comienza la verdadera historia, el fin de los monstruos y el principio de los navegantes y los cazadores.

Por el Camino Viejo se veía la selva y se adivinaba el mar, unidos ambos rumores como el principio de todo lo que existe. Era un camino estrecho, que comenzaba o terminaba —según se fuera o viniese— en rehilete, y proseguía en giros fatigosos, bajando o equilibrándose ante las frondosas barrancas.

Después de un ascenso penoso Santos se detenía en la cúspide del Camino Viejo para observar su corazón, en la superficie del pecho, que parecía un conejillo viviente, golpeando como por travesura. El vértigo de la fatiga lo enervaba y entonces las sienas eran unos martillos de sangre y el pulso un río turbulento cuya voz podía escucharse con sólo aproximar el oído a su calor y a su alegre suceder. (¡Seducción de la vida subterránea debajo de la piel; maravilla de la existencia transcurriendo en células y microorganismos de fábula; llanto de no pararse jamás, en la jubilosa condenación de ser y no ser al mismo tiempo!)

El Camino Viejo cruzaba transversalmente el cerro de El Borbollón, mientras el llamado Camino Nuevo prefería seguir a lo largo del litoral, orlando a la Isla con su blanco deslizarse junto al monte y sobre los acantilados.

Hoy Santos recorría el primero, rumbo a Balleto, para proseguir al de Salinas donde se le ordenó reconcentrarse para algunos trabajos de albañilería, su oficio. En Arroyo Hondo quedaban solos Marcos y Ernesto y esta separación influía tan depresivamente sobre Santos que se hallaba en un estado de soledad y acabamiento terribles.

La angustia de la vida se hacía más notoria ganando en desesperación, en abandono, en carencia absoluta de júbilo y esperanza. ¿Qué podría aguardarlo en Salinas? ¿Qué, allá, tan lejos? En medio de la selva, de un vigor impetuoso pero triste para un espíritu solitario como hoy el de Santos. Éste hubiese querido colgarse de la rama más alta, no pensar, permanecer suspendido en el aire como materia sin respiración y sin penas. Pero había que vivir, quién sabe para qué, pero vivir.

La soledad era tremenda y todas aquellas cosas presentes: árboles, ramas, pájaros,

pedras, parecían una simple representación de algo que habría sido viviente hace mucho tiempo y hoy sólo era un musitar de signos inexplicables, de latitud desconocida. Santos estaba en contra del paisaje, en otro plano, fuera, haciendo señas, pensando y sufriendo cosas ajenas.

¿Solo? No. Caminando con dirección contraria venía un hombre. Portaba el uniforme de la colonia, y cuando estuvo próximo, Santos pudo advertir su rostro demacrado por la malaria, donde bailaban unos ojos grandes y negros, estriados de venillas rojas.

Se detuvo, sin erguirse, como si cualquier gesto significara para él un gran esfuerzo, preguntándole a Santos para dónde iba.

—A Salinas —repuso éste.

La cara triste del desconocido se contrajo en una amarga mueca:

—¡Hum! —murmuró.

Santos no supo a qué atenerse frente a un gesto tan lleno de presagios.

—Se están muriendo como cinco gentes todos los días —continuó el hombre—. Hay epidemia...

Santos retrocedió espantado:

—¿Epidemia?

El hombre lo examinó entonces como sorprendido de la importancia que Santos daba a un hecho tan simple y poco notable.

—Escorbuto —dijo, y continuó su marcha encorvado, trabajosamente.

Permaneció Santos inmóvil, sin apartar la vista del hombre hasta que desapareció. ¡Escorbuto! ¿Cómo era el escorbuto? ¿Podría contraerse en las Islas? Recordaba un cuento —¿de quién, por Dios? ¿Artzebatchev o Andréiev? La revista tenía una carátula a colores y sobre ella un dibujo extraño y atormentado de un hombre siniestro comiéndose algo— que leyó mucho tiempo antes:

Era una estepa solitaria, llena de nieve y sin abrigo. Si por algo la naturaleza sobrecoge, si por algo turba el espíritu y lo enrarece, es por su falta de hombre, de mano humana, de aliento hablado. Pues tratándose de los hielos polares este género de soledad, este trance de no encontrar las cosas vivas, es aún más grave, más terrible. El hombre gira la vista en su torno sin la menor esperanza, en medio de la más profunda soledad, sin huellas, sin destino, sin proyección alguna. Camina y camina, y puede caminar por centurias enteras, encontrando sólo hielo y montañas heladas, inseguras montañas que desaparecerán antes de que el sol se oculte.

Los dos últimos expedicionarios se veían sin hablar ya. No era preciso decirse nada, todo salía sobrando, y las palabras sólo podrían representar la furia, la desesperación, la ruptura de cosas lejanísimas y olvidadas: la mujer, los hijos, la madre, el país. ¿Para qué hablar, si el lenguaje era precisamente todo eso, ya perdido?

Atrás de la tienda, apenas cubiertos por la nieve, encontrábase los cadáveres de otros expedicionarios que antes, en puertos luminosos y entre sonrisas de aliento, se embarcaron llenos de alegría en la heroica aventura. ¡Cadáveres! ¿Y qué eran ya los

cadáveres?

Ostap y Andrés no hablaban —*¡ah! pero si éstos no eran sus nombres. ¡Andrés y Ostap eran personajes distintos, los hijos de Taras Bulba!*—. Permanecían mudos, apenas con fuerzas para sentir cólera contra Dios. También tenían escorbuto y la vida se les iba apagando poco a poco. *Sí, el escorbuto comienza en las encías, que se hinchan y reblandecen, haciendo bailar los dientes, como si estuviesen encajados en gelatina.* Pero Ostap —*¡bien, que sea ese nombre!*—, realizaba extrañas incursiones regresando con mucho misterio y algo escondido bajo el abrigo. Andrés se inquietó un poco porque su compañero tenía unos ojos raros que con el tiempo se fueron volviendo aún más, como si estuviese un poco alucinado. Sus escapadas eran frecuentes y cuando regresaba se escondía en un rincón de la tienda, los brazos cruzados sobre el pecho como si defendiera una custodia o algo a la vez que sagrado, misterioso, muy misterioso. Pero los ojos eran lo más importante, lo que más asombro causaba en Andrés; ya se habían agrandado hasta carecer de párpados y mostraban terror, un terror sin medida como si se les fuera a arrebatar algo muy indispensable y bárbaro. No obstante Ostap se debilitaba a gran prisa con el escorbuto, aún más que su compañero, y parecía que iba a morir en el momento menos pensado. Así sucedió, en efecto. Mas antes de morir abrió los brazos donde guardaba la custodia, donde escondía el misterio sacratísimo, y una mano de muerto, verde por el frío de la nieve, apenas roída, salió de entre ellos. Andrés comprendió entonces que las incursiones de Ostap eran para desenterrar los cadáveres y devorarlos. Pero ¿qué eran ya los cadáveres?

¡Bien! El cuento en cuestión no esclarecía de ninguna forma la clase de enfermedad que era el escorbuto. Empero, daba a éste una connotación siniestra y enloquecedora.

¡Y pensar que ahí, en las Islas, había escorbuto! Aunque no era difícil que hubiese mentido aquel agorero del demonio.

El Camino Viejo se angostaba hasta casi desaparecer y más adelante nacía de nuevo, libre, como una voz a que, de pronto, la anterior garganta espesa relevaba de obstáculos a fuerza de transformarse en limpio pasaje sin barreras.

Continuó Santos su marcha con el espíritu acongojado, sin comprender lo que puede ocurrir en la vida. Llega un momento en que nadie es capaz de gobernarla, en que ella se erige por encima de todo, volviéndose destino. Entonces el hombre se convierte en una hoja, en un clavo, a merced del aire y de los golpes. ¿Y quién puede oponer una muralla al viento y quién una palabra al golpe, inexorable y fijo?

Se percibía, adelante, la proximidad de El Rehilete, campamento de tránsito. Ya había un ruido de hombres y corrales. Boyeros que gritaban lánguidamente, como corresponde a sus propios animales, a su vez lánguidos, dormidos y llenos de pausados pensamientos; interjecciones de los arrieros; rumor de trancas que caían. Y en medio de todo, las pezuñas claras de un animal que caminaba al encuentro de Santos. Prestó éste atención y a poco distinguió un mulo donde montaba Ramón,

seguido por dos mujeres. No era el Ramón de la primera vez; había envejecido de tal manera, que daba la impresión de que sobre él habían pasado veinte años: los pómulos le brotaban del rostro como dos piedras, la nariz le había crecido y todo su aspecto era el de un hombre derrotado por enigmas orgánicos, por un conjurarse tremendo del ser físico en contra del espíritu. «El paludismo», pensó Santos. Hizo un esfuerzo por distinguir la fisonomía de las mujeres y no pudo reprimir un grito:

—¡Rosario!

Era Rosario. Enarcó ésta las cejas de grato asombro y una avalancha de llanto le ascendió por la garganta. Ambos se miraban mutuamente sin poder hablar. Rosario veía ahí enfrente a un hombre, un compañero suyo. Pero ¡qué cambio, por Dios! En un tiempo tan breve el rostro de Santos era una imagen viva del sufrimiento y la desesperanza: él, tan noble, tan callado, de una tan unciosa humildad en el cumplimiento de las cosas. Tenía un no sé qué de cristiano, de santo, que causaba pena, como si se viese al Cristo vivo, acariciando a las piedras y a los animales. Santos, por su parte veía a Rosario como una entrañable materia fraternal, humillada, sintiendo ante su presencia como si se hubiese asesinado a un niño por la espalda, como si se hubiera herido una cosa que no se debía tocar jamás.

Se aproximaron hasta que nada pudo separarlos y era de tal naturaleza blanco y diáfano el momento, había en el cielo tales nupcias, y sobre la tierra tanta ausencia, que Rosario unió sus labios a los de Santos en un profundo beso del mejor amor, alejándose después en seguimiento del guardián.

Santos cayó de rodillas sollozando.

Lejos ya, Soledad —que había contemplado la escena no sin extrañeza— echó una mirada de reojo a su compañera:

—¿Estás enamorada de él? —preguntó sin ocurrírsele otra cosa.

Rosario repuso con una sonrisa llena de misericordia.

Para Santos el Camino Viejo había concluido. Enfrente tenía un pequeño bosquecillo de zarzas, grises y como sucias a fuerza de no tener belleza, y más allá la carretera de Balleto, que parecía interrumpir la aventura —esa aventura de la selva, vegetal y de pensamientos profundos— transformándola en nociones urbanas, en ingeniería y civilización.

El jefe de campo, indiferente tras el escritorio, sus dos claros ojos verdes fijos en los papeles, sin la menor atención, escuchó cómo el escribiente de la Ayudantía General tomaba los datos de Santos e inscribía su traslado de Arroyo Hondo a Salinas, en una tarjetita azul. Aquellas tarjetitas eran el destino; eran la vida cabalísticamente en cifras, como mensajes a ser comprendidos sólo por la muerte y por aquella burocracia de misterio que se manejaba a signos del penal. Porque ahí Santos, como el resto de los colonos, no pasaba de ser un conjunto de números, y un número, siempre, esconde toda la suma que pueda imaginarse de ocultación, de desconocimiento, de más allá. ¿Pues qué otra cosa pueden ser el siete, el ocho, si no abstracciones concretas, cosas sin límites, pero con fronteras fijas y mensurables? ¿Y

qué otra cosa podía ser el mil trescientos setenta y tres que correspondía a Santos, sino un concepto, algo metafísico e inmaterial, al mismo tiempo que un ser enormemente vivo, pateando, orinando, caminando, sufriendo?

El jefe de campo continuaba meditabundo sobre su escritorio. Y es que a él, como a todos los funcionarios de la Isla, lo traía vuelto loco la epidemia de escorbuto. Sólo cuando el escribiente pronunció, refiriéndose al traslado de Santos, la palabra «Salinas», el jefe tuvo una ligera sacudida, levantando la vista hasta el rostro de la víctima.

—¿Vas para allá? —preguntó, y estaba a punto de condolerse, pero advirtiendo que se trataba de uno de los «políticos» odiados, no pudo menos que experimentar un leve y acariciante júbilo.

El doctor Eliezarrarás —hombre de buena ley, honrado, trabajador y gran estudioso de los problemas siquiátricos— no había podido dar aún una explicación satisfactoria sobre la epidemia. Con gran contrariedad de su parte la palabra «escorbuto» corría de boca en boca aumentando el terror y la confusión. Los funcionarios y sus familias lo asediaban a preguntas:

—¿Y cómo sigue la epidemia? ¿Se combate el escorbuto con eficacia?

—Tengan la bondad, señores —replicaba Eliezarrarás con calma—, no se trata del escorbuto, es otra cosa...

Y exponía entonces su opinión sobre la epidemia, hablando de cierta extraña intoxicación cuyas causas se descubrirían tarde o temprano, sólo que había que tener paciencia.

A uno de los cadáveres víctimas del escorbuto, se le había extraído parte del hígado a efecto de que el Departamento de Salubridad, en México, hiciese todos los análisis que en la colonia no podían llevarse a cabo por falta de recursos técnicos. En un pequeño frasco se encontraba el hígado en cuestión, tornasolado, oscuro, que se antojaba maloliente. (Si no era hígado, en todo caso así lo decían las lenguas.) De ese pequeño frasco dependía la colonia; en él tenía cifradas sus esperanzas.

El jefe de campo precisamente pensaba en el frasco y su modesto trozo de «hígado». Y al pensar en ello, entristecía porque ni el *Sinaloa*, ni *La Victoria*, ni el balandro de Montesinos, ni aun la otra embarcación de Galindo —llamada *Las Tres Marías*—, atracarían en Balleto en menos de un mes. Contando el tiempo que cualquiera de las embarcaciones citadas podría emplear hasta Mazatlán y luego el tiempo que se ocupara de Mazatlán a México y el de los análisis, el «hígado» no arrojaría dato alguno sino hasta cumplido un plazo de dos meses y medio. Mientras tanto la colonia podía desaparecer; podrían desaparecer los penados —naturalmente, sin cumplir su condena— y, lo que es peor, podría desaparecer el mismo jefe de campo, dejando abandonada a su hermosa hija. Su hija, esa muchacha espiritual que los domingos figuraba en el Teatro Regeneración ejecutando bailes y cuya presencia traía a la memoria aquella «fugitiva» de Rubén Darío: «Pálida como un cirio, como una rosa enferma; tiene el cabello oscuro, los ojos con azuladas ojeras»...

Subía de punto la inquietud del jefe de campo hasta que, golpeando con rabia en el escritorio, dejaba escapar su protesta:

—¡Y ese bruto de Eliezarrarás, Dios mío!...

Santos llegó a Salinas cargado el mediodía. Un mediodía infernal, cegador, en aquel campamento blanco e hiriente, de cuya tierra salía humo. En torno de la Comandancia las «eras» se desplegaron en su fingimiento de una ciudad geométrica y la laguna despedía su podrido olor de mar muerto, de algas descompuestas. El paisaje tenía un tono desolado, sin vida, y apenas si la presencia del mar reivindicaba tímidamente parte de toda la esperanza y el color ausentes.

Al pie de la infantil arquitectura de la Comandancia, aprestábase un grupo examinando algo tendido en el suelo. Eliezarrarás, inclinado sobre aquello, hacía movimientos presurosos como si una cosa muy grave se fuese a escapar.

Cuando Santos estuvo cerca, advirtió ahí acostado, el cuerpo de un hombre. Era éste un cuerpo curioso, de unos pies descomunadamente hinchados y también de un pecho enorme, como panza de caballo. Respiraba con trabajo y con terror, sin pronunciar una sílaba y Eliezarrarás parecía interrogarlo, lleno de angustia, cual si estuviese frente a una persona dueña de un gran secreto, de una persona que sabía fabricar oro o que tenía noticias sobre la Atlántida. Pero era en vano; la palabra secretísima, que aclararía el misterio, no salía de esos labios.

—Dime, ¿qué sientes, cómo es?... —interrogó el médico con una ansiedad descomunal.

Junto a Eliezarrarás y haciendo de enfermera, estaba la Madre Conchita —de los «políticos», como Santos, pero «diferente»—, cuyo gran rostro plácido respiraba con nerviosidad. Santos se detuvo ante ella, ante aquel rostro, como descansando frente a su serenidad, frente a su tranquilo sufrimiento, pues toda ella daba la impresión de tersura, de limpidez, en esos instantes, junto al inimaginable moribundo.

—¿Llegaría vivo al hospital, si lo llevásemos? —preguntó la Madre al médico.

Eliezarrarás frunció el ceño como lo hacen los médicos cuando están muy preocupados o no encuentran solución alguna, con un aire impenetrable, que recuerda a los antiguos hechiceros, sus predecesores.

—Ya no... —musitó apenas.

El moribundo, como si estuviese esperando tan sólo que estas palabras fueran pronunciadas, abrió los ojos por un momento y, dando un brinco extraño, se murió.

¿Qué enfermedad terrible era aquélla? ¿Qué veneno, qué demonios maléficos la provocaban? Era un proceso violento, casi fulminante, que comenzaba por una hinchazón de las extremidades y una torpeza extraña, hasta que sobrevenía la muerte, mas de una manera tan inesperada, que no parecía tal, pues el cambio de la vida a la quietud, del ruido al silencio, hacía tan sin transiciones, como si un golpe de hacha partiera algo en dos.

En el campamento había un hondo terror como ante algo venido del más allá; pero no sólo eso, sino un terror unido a cierta tristeza resignada y, lo que resultaba

extrañísimo, concupiscente, pues la enfermedad traía consigo el abandono, la disolución de costumbres, el afán de apurar placer y entregarse a las cosas frenéticas. El Chale, verbigracia, se masturbaba incansablemente por las noches, con un espíritu endemoniado y una frecuencia de locura. Temía enfermarse y con razón, pues ya en su cuerpo experimentaba alusiones, referencias, cosas lejanas, que parecían como si la muerte estuviese caminando en algún sitio, cautamente, con sus pies de lana negra y su frío respirar. El Burro le hacía una extraña súplica, con lacrimosa voz.

—¡Tus dientes de oro, manito!...

Quería, tan convencido estaba, que El Chale le regalase sus dientes de oro antes de morir. El Chale no sentía cólera ante tal demanda; los ojillos oblicuos le brillaban con angustia y lleno de pena, oponía, únicamente, razones infantiles: «¿Y con qué he de comer mientras tanto?», o si no: «Me veo muy mal sin dientes». Mas aseguraba, al fin:

—¡Cuando me muera, sí! ¡Ya después es otra cosa!

Santos no durmió por la noche en la barraca, porque se asfixiaba. De la arena ascendía un calor insoportable y pesado que oprimía y hacía latir con fuerza el corazón, como si hubiese fiebre o por las venas circulase plomo derretido. Prefirió acostarse en la playa donde al menos, si los mosquitos eran más abundantes, la atmósfera se conducía con menos inclemencia.

Por otra parte en la barraca le había tocado en suerte ser compañero de un tipo extremadamente raro: Álvaro Campos, condenado, con la antigua ley, a treinta años, en mil novecientos veinticinco por el asesinato del siriolibanés Eloi Munzur. Eloi era un rico comerciante —todo esto tuvo oportunidad de contar Álvaro, antes que Santos decidiera dormir en la playa—, de espesas cejas y grandes barbas grises, que parecía un personaje de Rembrandt —aunque esta comparación ya no fue de Álvaro, sino del propio Santos—. Cuando estaba en casa, Eloi se ponía un fez rojo y provisto de un rosario inmenso, de cuentas de madera, grandes como duraznos, mascullaba rabiosamente, aun cuando con devoción, las oraciones de su credo. Los domingos tenía tertulia con sus amigos: el buen Nicolás Náder, comerciante en telas como Eloi, de dulces ojos verdes y maneras melodiosas; el filosófico Moisés Kuri, de gestos amplios, llenos de pasión, y el pequeñito, sinuoso, reticente Isaías Ábumrad. Los reunía en su torno solemnemente, sentándolos entre ricos cojines orientales y ofreciéndoles confituras y café negro, aromático, espeso, que era una verdadera gloria del café, a tiempo que fumaba su burbujeante nargil que luego iba de boca en boca, envolviendo en sus volutas azules los venerables rostros.

—¡El bribonazo de Eloi muy buenos negocios que ha hecho...! —comenzaba Abumrad, frotándose las manos ante la humeante taza de café.

—¡Muy buenos, el infeliz!

Eloi sonreía entonces discretamente entre sus barbas, un tanto enfadado por las expresiones «bribonazo» e «infeliz», que le parecían dichas con mala intención y sin comedimiento en labios de Abumrad. Los ojos de Náder recorrían con dulzura a

todos los presentes para caer después, como un rubor, sobre las golosinas:

—No puede quejarse, ciertamente —musitaba.

Las manazas peludas de Munzur se agitaban en el aire para rubricar la objeción:

—¡Se hace algo, hermanos. Muy poco en realidad! —decía lastimeramente.

Éste era el tema habitual de las conversaciones en que parecía reiterarse siempre un secreto anhelo: saber el monto efectivo y cierto de los negocios que cada uno realizaba, pues si bien era obligatorio declarar al fisco las utilidades, todos ellos, sin ninguna excepción, el profundo y humanístico Kuri, el sagaz Isaías, todos, mentían honestamente y con gran desenvoltura. Conversar, entonces, era un juego agradable, plácido, como si la conversación formase también dentro del negocio y, ¡quién sabe!, a la mejor un giro indiscreto, una palabra no medida, arrojaban la luz indispensable para conocer los secretos de Estado comerciales de cada cual.

—¡Es preciso que hablemos con seriedad, Náder! —dijo Abumrad cierta vez, a la salida de la dominical tertulia—. ¡Es preciso!

(Había sido una tertulia —Nicolás Náder no la olvidaría jamás—, en que Isaías Abumrad estuvo extrañamente agitado y nervioso, conversando como con cólera reprimida y mirando a todos fijamente, como si se aproximase una gran catástrofe.)

En seguida Abumrad le hizo a Náder el relato minucioso y detallado de una monstruosa maquinación urdida por el pérfido Eloi Munzur, quien gracias a ciertas combinaciones en el Banco Sirlolibanés, dejaría a todos en la miseria, los pondría al descubierto, les arrebataría su crédito y sus capitales.

—¡Nos arruina, Náder! ¡Como que me llamo Abumrad!

Cuando apareció Álvaro Campos ante Isaías —¡sabe Dios cómo dieron con él!— tenía el mismo rostro de hoy, si acaso un tanto más joven. Pero el mismo rostro impasible, de santo de retablo, introspectivo, de hombre muy interno y como víctima de alucinaciones, impresión que, probablemente, dieran sus ojos estrábicos que veían en forma indirecta, como conversando con no presentes interlocutores. Abumrad, fría, sencillamente, sin parpadear, ofreció cinco mil pesos por el asesinato de Munzur, después de un adelanto por cincuenta, debiéndose cobrar el resto en cierto lugar —donde estaría Náder, a quien Campos haría entrega de una carta—. No se le ocurrió a Campos leer la carta («si le digo a usted, explicaba a Santos, que fui muy tonto, verdad de Dios»), que decía así:

“Amigo Náder:

”El portador de la presente es el infame asesino de que hemos hablado. En cuanto comparezca ante ti, es preciso llamar a la policía. Inútil recomendarte que destruyas estas letras. Tuyo: *Isa*.”

Álvaro cumplió su cometido «limpiamente», decía, y se presentó para cobrar sus emolumentos ante Náder.

Los dulces ojos de Náder se clavaron sobre la desmedrada y hambrienta figura de Álvaro Campos. Tenía el libanés tal aspecto bondadoso, agradable y tierno, que Campos no abrigó la menor sospecha.

—Ya te daré, hermano. ¡Aguarda un momento!...

Náder no tembló, no se puso nervioso, no sufrió el más insignificante choque cuando del auricular brotó, gangosa, la telefónica voz del comandante:

—Sí, sí, a todo vapor vamos para allá... ¡Entreténgalo!

La prensa se condujo de una manera angustiosa, de pesadilla, presentando los hechos como no habían ocurrido (grandes casas comerciales siriolibanesas operaron el milagro) y totalmente diversos. ¿Qué iba a hacer el pobre Campos contra una institución tan respetable, de tanto peso en la sociedad, él, un asesino?

Cuando hoy, en las Islas, Santos apareció en el cuarto que Álvaro ocupaba en la barraca, éste lo recibió como habitualmente trataba a todo el mundo: repitiendo al pie de la letra, de cabo a rabo, el artículo de la ley que lo favorecía y con el cual pensaba eludir la condena de treinta años. Era un artículo seco, frío, en lenguaje incomprensible, donde se hablaba de «retroactividad», de «jures», «factos» y nociones bizantinas.

Después de este recitado —la voz grave, misteriosa—, contó cómo por las noches y bajo su camastro, mugía un raro animal. Era, sin duda, una vaca sagrada que figuraría en la religión de los siriolibaneses, o a lo mejor el espíritu de Eloi Munzur... Porque Álvaro Campos, desde hacía tiempo, no estaba completamente en sus cabales.

Santos se recostó sobre la arena mirando el alto cielo lleno de estrellas. Una pesantez absurda hacía de sus muslos dos masas inertes; de las plantas le subía un frío molesto, de metal, y el cerebro principiaba a no tener lucidez, como si la fiebre se hubiese desatado. «¿Será la epidemia?», pensó.

En la oscuridad oíase la voz suplicante de El Burro:

—¡Tus dientes de oro, manito! ¡Antes de que te mueras!

XI

En un rincón de la barraca de mujeres, Soledad lloraba sin descanso. Los cabellos castaños le caían por encima de la frente inclinada, y parecía como si en lugar de lágrimas fuesen los propios cabellos los que brotaban de sus ojos. Las demás mujeres la veían con indiferencia, sin comprender su llanto, aunque no por ello les causaba menos molestia e irritación, pues Soledad tenía, en efecto, esa virtud: la de provocar coraje y todos los sentimientos contrarios a la pena o a la lástima. No era posible comprender que un corazón como el suyo fuese capaz de abrigar un gran dolor; se pensaba un poco en una cosa inanimada y como animal a la que podía golpearse y ofenderse sin consecuencias, sin un gemido. Por eso su llanto era indebido, chocante y daba cólera oírlo, la misma rabia que da un remordimiento.

¿Y cuál podía ser el dolor de Soledad? Hay que imaginar la pena de cuando las cosas se quiebran sin remedio. Entonces el espíritu vaga sin consuelo, se quebranta, y la vida se torna de lágrimas, de ahogados gritos, de un sollozar sin límites.

La barraca de mujeres era un cuarto estrecho, de madera, con piso de tierra habitado a la sazón por seis colonas, agregando a las cuatro anteriores, las dos «nuevas»: Rosario y Soledad.

En las paredes, por encima de cada camastro, había retratos; viejísimos retratos de Rodolfo Valentino, cuando figuró en *Sangre y arena* (alguien había conseguido, y lo guardaba como una alhaja, el retrato de John Gilbert, en un beso fantástico con Greta Garbo, y todas envidiaban ese retrato, como si fuese oro molido); funambulescas escenas de *La malquerida* y actitudes trágicas, arrebatadoras de Pina Menichelli, cuyos largos vestidos tenían, no obstante, la picaresca gracia de permitir se atisbasen los ebúrneos (naturalmente «ebúrneos», pues entonces no podían ser menos que eso) senos.

Probablemente —con algunas excepciones— las mujeres de la Isla no tenían el problema de la abstinencia sexual, pues ellas eran las más requeridas. Pero el hecho de no estar en libertad, el hecho de estar en calidad de reos, de colonas, creaba este problema. De esta suerte la liberación, el cumplimiento de la pena, la «salida» —aunque en la Isla no eran víctimas de restricciones—, se les presentaba como una aspiración sexual; había algo de sexual en la nostalgia por «la calle». Por eso sus relaciones con los hombres, en la colonia, eran absolutamente insatisfactorias, amargas, mecánicas, sin alegría. («¡Por Dios, yo ya quiero hacerlo en una cama!», decía La Margarita.)

En el campamento de Arroyo Hondo aceptaban todas ellas el sultanato de Maciel por el profundo pavor que éste había logrado infundirles. Maciel las poseía por turno, sin ceremonias y ellas habían llegado ya a ese escalón de indiferencia a que llega la resignación de las mujeres cuando carecen de porvenir y perspectiva.

—¡Ya no llores, mujer! —excitaban las demás a Soledad.

—¡Si lo más natural es hacerlo con un hombre! ¡Habrased visto!

Levantando los llorosos ojos, Soledad argüía:

—¡Sí, pero no ahora...! ¡No ahora, Dios mío!

Las demás mujeres se llenaban de cólera, sentían afrentada su feminidad, y apostrofaban a Soledad con los peores insultos y las más crudas bajezas.

«¡No ahora!» Estas palabras tenían su sentido escandalosamente dramático. Ahora: cuando el humillar su cuerpo, era humillar su amor. Ahora: que se sentía elevada a inconcebibles alturas y que su existencia había encontrado un sentido y una meta.

¿Qué pensaría Rosario?

(Rosario sin duda, no pensaría nada, pero a tal grado Soledad había hecho de ella un ideal amoroso, que le atribuía los propios sentimientos y problemas que ella misma, Soledad, tenía como suyos.)

¿No se trataba en realidad de una traición?

He aquí que por primera vez de una enfermedad brotaba el amor, reivindicando lo desviado, haciendo digno lo enfermo. Y de pronto, las cosas normales, las relaciones equilibradas y sanas entre hombre y mujer, deshacían el amor, lo cubrían de manchas, rebajándolo y haciéndolo perder su primitivo y puro sentido. ¡Cómo odiaba a Maciel! ¡Cómo odiaba a aquel poseedor insensible y brutal!

Había poseído a Soledad en la primera noche, colándose en la barraca con un cinismo inaudito (las demás mujeres permanecieron silenciosas, casi sin estupefacción, comentando entre dientes). Al abrazarla, haciendo burla de sus defectos, había agregado unas palabras sobre la comunista, es decir, sobre Rosario, a quien también «se la sentenció»:

—¡Y no creas que se me escapa! —decía sacudiéndose—. ¡Aunque no quiera El Chato!

Soledad sentía una inquietud tremenda por la suerte de Rosario aquí, en Arroyo Hondo, a merced de los caprichos de Maciel. La imaginaba ya en brazos de la bestia y el dolor que sentía casi le paralizaba el entendimiento.

Súbitamente dejó de llorar. Los celos, de cualquier clase que éstos sean, semejan un río de lava hirviendo, sin brújula ni señales, que todo lo arrasa y es capaz de llegar a los extremos más inconcebibles. Algo extraño y que parecía a la vez transformar todo su dolor —y todas sus aspiraciones, algo, si se quiere, análogo a la llama vivaz y enloquecida que ha de alterar los procesos del hombre que decide suicidarse— alteró por completo el rostro de Soledad. Sus ojos fulguraron como resplandeciendo a impulsos de una fuerza satánica y se levantó del rincón donde se hallaba para salir de la barraca de mujeres con dirección al monte oscuro.

El campamento estaba en paz. Las luciérnagas se apagaban y encendían como cosiendo la oscuridad con su voluble fosforescencia que parpadeaba aquí y allá en un empeño ingenuo de hilvanar el espacio. Arriba, las constelaciones parecían una réplica al susurrante mundo de la tierra, a su dormir con un ojo: semisueño creador de vivos universos y tangibles mitos. Sobre el azul profundo, nocturno, del cielo, se

destacaban las negras copas de los árboles como turbios encajes de luto. El aire no se movía; se hallaba detenido como si fuera de agua en un estanque, como si quisiera representar vivamente al silencio, a la soledad definitiva.

—¡Temblorino, Temblorino! —sonó la voz singular, muy rara, de Soledad, junto a la barraca de hombres.

Bajo su espantosa piel de sífilis y purulencias El Temblorino se estremeció rudamente como un suelto manojito de resortes.

El Temblorino no dormía. Pensaba con tortura en su último y reciente día en el monte, de «hachero». Cómo fue abandonado por todos y en los momentos más críticos de su epilepsia, alguien, un hombre oscuro que estaba ahí al otro lado, trabajando, lo dejó como perro mientras una mujer fabulosa, de pesadilla, como el agua en el desierto, aparecía... ¡La salud! ¡Todo lo que ello significa! La esplendorosa cualidad de reírse, de gritar con el pecho abierto, mirando a las mujeres de frente y con desenvoltura. Los hombres sanos eran seguros, altivos: la salud les daba un prestigio vulgar y orgulloso que les hacía poner los pies sobre el suelo como desafiando las cosas más fatales, las más unidas al destino. Pero nadie, en el fondo, podía ser sano. Porque la enfermedad era una noción más próxima a la muerte y por eso más verdadera, y quien contradijera la muerte no podía ser sino un insensato y un iluso. El enfermo no tenía altivez, ni osadía, ni insolencia, por saberse más en contacto con lo trascendental, lo lejano y perdurable, la maldición profunda y vieja que pesaba sobre el hombre. ¡Y pensar que los enfermos debían inclinarse sobre sí mismos y buscar sus goces, sus sueños, sus esperanzas, en los pies y en las rodillas, en el mundo de abajo, mientras los sanos tenían un sólido universo por enfrente, donde las voces eran limpias y los sonidos puros...!

Escuchó la voz de Soledad sin entenderla, como algo venido de otro planeta. Salió de su cuarto para ver cómo la sombra blanca de la mujer lo llamaba quedamente, con dudas, y como si estuviese ciego, temblequeando, en una ignorancia absoluta con respecto a lo que pasaba, la siguió por el monte como un sonámbulo.

Cuando Soledad se echó al suelo, natural y resignada como una bestia, invitándolo, El Temblorino no pudo comprender. Sonreía pero hubiese querido también llorar mirando los muslos sombríos y el rostro vuelto, sobrehumano, de la mujer, enloquecida de repugnancia y dolor.

—¡Anda! ¡No seas «guaje»!

El Temblorino enjugó una gota inmensa, larga, de saliva, que colgaba de sus labios gruesos, y se arrodilló ante la mujer como agonizando de alegría.

Allá abajo en la playa, mientras tanto, dos hombres conversaban con emoción cosas que debían ser importantes:

—¿No será una cosa insensata? —preguntaba Ernesto, dubitativamente.

El rostro de El Miles se hacía amplio, bueno, con la franca sonrisa de negro, de negro blanco, con sus cabellos rizados, su nariz ancha y sus ojos fuertes.

—¡Bah!

Los golpes del mar se oían cual una lengua de Dios sobre un paladar sin fondo. Debían ser los dioses en efecto o el coro de los dioses, o el destino de los dioses. Llegaban a la playa para morderla y se replegaban en seguida sobre sí, penosamente sumergidos, obedientes a una orden secreta y terrible que alguien dictaba desde abajo.

Ahí enfrente —¡Dios sabe a cuántas millas!— estaba San Blas: un puertecito ligero, evocador; puerto de indios huicholes, que caminaban por las calles arenosas mostrando sus suntuosos harapos (llenos de bordados y de hermosas grecas), y sus piernas flacas, negras. (Caminaban también, después, hasta Guadalajara, donde pedían limosna en las calles.) ¡Cuánto no soñó El Miles con San Blas! ¡Desde el primer día! Y ahí, a unas cuantas millas, con un esfuerzo descomunal, disparatado, pero heroico, podría llegarse.

La Victoria hacía doce horas de las Islas a San Blas, conducida por el patrón Galindo. Era una embarcación alegre, sonora, que regresaba cargada de cocos, de plátanos, de tabaco, con su patrón tostado, mostrando los dientes blanquísimos, de marinero. ¡Y entre Tepic y San Blas, las enormes, ordenadas plantaciones de la Banana Fruit! (Los jueves, a medio día, un *Roadster* manejado por cierto gringo ingenuo llegaba a pagar la raya de los peones.)

La Victoria hacía doce horas. Doce inmensas horas.

—¡Yo puedo nadar más de veinticuatro! ¡Hasta cuarenta! —explicaba El Miles.

Y en efecto, El Miles ensayó todas las noches, en la playa. Se arrojaba al mar, negro y dudoso, para regresar al amanecer, hundidos los hombros de fatiga.

—Ya «mérito» —le decía a Ernesto que aguardaba siempre lleno de temor y angustia—. Cuando no me canse está listo el asunto...

Cuando una vez, al amanecer, tornó sin fatiga, fresco, dijo resueltamente:

—¡Mañana sí, de cualquier manera!

Y Ernesto, como hoy, hizo la misma infantil pregunta:

—¿No será una cosa insensata?

Sí, ¿no sería insensato? Ernesto miraba aquel rostro amigo y leal, cuyos labios mostrábanse sonrientes, pero con una sonrisa absurda, cual si por algo sintieran una gran pena.

Una mano ancha, honradísima, la mano de El Miles, estrechó la suya con fuerza, con hondo cariño.

—¡Hasta luego!

Y después de una vacilación de niño, sonriendo siempre:

—... O adiós...

¿Sería posible ese adiós?

El cuerpo de El Miles hendió el agua, casi sin ruido, acariciadoramente. ¡Qué ruido extraordinario, sencillo, como si fuera una palabra! Parecía que una piedra muy fina hubiese caído sin aliento, llena de humildad, hasta con fervor, para hundirse salvando los tropiezos.

Ernesto permaneció largo tiempo en la playa, sin apartar los ojos del mar. Veía aquella negra movediza e imaginaba las brazadas enérgicas de El Miles en osado viaje a San Blas. ¿No habría sido insensato? ¿Y aquel sonido largo, lastimero, que en esos momentos se escuchaba, no habría sido un grito? ¿O serían las olas? ¿O la propia inquietud de Ernesto que no soportaba la pena, la angustia y los presentimientos dentro del corazón?

Haciendo los mayores esfuerzos, sin respirar, escuchó el rumor de las olas. No. Nada había ocurrido.

Tranquilo, con pasos enérgicos, regresó entonces al campamento.

Todo era agitación en el campamento. Los hombres iban y venían, alumbrados por hachones, formando presurosamente en filas ante la figura descomunal de El Chato que llevaba un gran látigo en la mano. Las mujeres se agruparon por separado, embozadas. Rosario se cubría únicamente con un trapo raído dentro del cual cobraba un extraño aspecto de peregrina, con su aire ausente, de enfermiza meditación y abandono.

La figura de El Chato era imponente. Los ojos que tenía eran los ojos helados, inmisericordes, que adoptaba en los momentos de mayor gravedad, apretando los labios y como contrayendo su ancha cara de ídolo, trastornada por la rabia. Pero bajo tal revestimiento se agitaba una pasión insólita, de apariencias contrarias. Algo había que otorgaba un sentido nuevo a lo que iba a suceder, dándole características sorprendentes. El Chato sentía cómo una fuerza dinámica, inherente a su poder, iba a afirmarlo, a proclamarlo con la misma efectividad que una palabra o una caricia oportunas influyen para reforzar al hombre frente a la mujer.

Cuando todos los colonos estuvieron formados El Chato ordenó a Maciel trajese a dos lamentables hombres que ya tenían ahí, codo con codo. Eran los «remontados» a quienes El Chato descubrió en el monte, cuando intentaban tomar agua en el arroyo.

Los rostros de los «remontados» estaban descompuestos por la congoja. Miraban en su torno como si todos los presentes fueran enemigos y el mundo estuviera constituido sólo por capataces, por vengadores, por gentes de odio. Algo querían balbucear, no obstante. Sin duda se trataba de algo esencial, superior al pánico, por encima del miedo. Los espantosos labios de ceniza, como hígados secos, apenas tenían vigor para temblar, empavorecidos. Sin embargo un hilito de voz salió del pecho de uno:

—¡Queremos agua, mi jefe! Antes de que nos peguen...

El otro cayó de rodillas:

—¡Sí, patroncito...!

En las filas de los colonos hubo un movimiento de burla. Tratándose de dos homosexuales los colonos no podían ver la aventura sin sarcasmo. Experimentaban, quién sabe por qué, la impresión atroz de que aquella gente era incapaz de sufrir, de sentir penas. Se referían, con despreciativa ironía, a los «novios», a la «luna de miel» y otras cosas por el estilo no conmoviéndoles el espectáculo de los pobres hombres

sedientos, aterrorizados, con los ojos grandes de angustia.

En el fondo de su fría cólera El Chato guardaba una presentida, descabellada felicidad. Golpear a los «remontados» era, a su modo de ver, como una declaración de amor para Rosario: iba ahí a demostrar su masculinidad, su hombría, su potencia de macho aguijoneada por la más legítima indignación.

—¡Queremos agua, mi jefe, por favor...!

—¡Qué agua ni qué la tiznada!

Del mismo sitio en que El Charro fue colgado izaron a los otros dos hombres. Rosario cerró los ojos fuertemente, entonces, como si tuviera un insoportable dolor de cabeza.

Marcos y Ernesto estaban juntos, en las filas —en cuanto Ernesto llegó al campamento se le obligó a ello—, y en sus pechos bullían dos sistemas diferentes de miedo, de emoción, de cólera, de rebeldía. Con ese prodigioso sentido de la adivinación que proporciona el amor, Marcos había llegado a la evidencia de todo lo que estaba ocurriendo en el insospechado subsuelo de los acontecimientos. Rosario era ahí el personaje central, la figura eje. Por las mismas razones que El Chato iba a golpear a los «remontados» —Marcos estaba seguro—, esto es, por el amor de Rosario, por el frenético y ya ciego deseo de aproximarse a ella, Ernesto también, a su vez, protestaría por el espectáculo infame, diría alguna palabra, prorrumpiría en un grito. Y por esas mismas razones —ya no terminó de pensar esto— él mismo, Marcos, daba ahora estas voces roncadas, temblorosas, que parecían un cataclismo de sentimientos encontrados:

—¡Yo protesto! ¡Protestamos!

Al mismo tiempo que gritaba un pensamiento oscuramente feliz cruzó por su mente: «Es que estoy enamorado, es que la amo».

Ernesto sintió un golpe de asombro y desconcierto al oír la voz de su compañero. En un instante veloz, superior al rayo, a la electricidad y a cuanto pudiera imaginarse, condensó todas sus observaciones, todos los anteriores gestos; se reprodujo en su mente aquella mirada colérica, turbia, de Marcos, en la barca, cuando descendían del *Progreso* y las cosas aparecieron ante su espíritu con singular claridad —«luego también la quiere»— porque nunca como en ese instante se habían usado hechos ni lenguaje más inversos para explicar, para dialogar tan excluyentes extremos: amor y castigo, protesta y amor, Ernesto, Marcos, El Chato, Rosario, todos revueltos, yuxtapuestos, mientras a dos pobres «remontados» miserables, humillados, se les iba a torturar como un mero pretexto, como una mera referencia a la pasión subterránea, espesa, sofocante.

Rosario apretó aún más los ojos. Su conturbado espíritu apenas adivinaba la inhibida realidad de esos instantes, pero sintió los gritos de Marcos como una caricia, como algo muy suave y lento que se le hubiese dicho al oído.

—¡No les peguen! —exclamó también.

El Chato esperaba tan sólo este grito. Las voces de Marcos no lo alteraron ni le

causaron indignación, antes bien cierto desprecio lleno de burla. Pero la protesta de Rosario tenía una calidad diferente que lo humillaba, que parecía arrebatarse algo muy querido. Entonces, de puros celos, ajeno en realidad a lo que estaba haciendo, empezó a descargar su látigo con rabia, furiosamente, sobre los «remontados».

Ninguno de los tres «políticos» pudo protestar entonces. Algo los aniquilaba como si un gran desconsuelo les hubiese aflojado los músculos y paralizado la voluntad. Se sentían ante El Chato como ante un inimaginable vencedor, como ante una montaña rotunda, negra por todo el odio de la tierra.

Debían ser cien los azotes y El Chato tomaba un gran impulso para darlos, dándolos con lentitud, con calma, gravemente, como si se tratara de un ritual.

La luna, que por ese tiempo aparecía en la madrugada, comenzaba a trasponer los árboles.

—Uno.

Las hojas más altas desprendíanse, cayendo con una gracia detenida.

—Dos.

El arroyo había ganado en claridad, en diáfanos rumores.

—Tres, cuatro, cinco...

Por las proximidades del puente Soledad y El Temblorino, renqueando, subían una penosa cuesta toda cubierta de malezas.

—Siquiera que ya nos va a alumbrar la luna —decía Soledad a modo de consuelo, cuando tropezaba.

Conducía a El Temblorino de un brazo lanzándole a cada momento soeces insultos por su torpeza. El Temblorino gruñía torvamente sin que se pudiera saber a punto fijo lo que deseaba expresar.

Soledad se mostraba tranquila. ¿Qué podía importarle ya nada? Cuando Maciel, mañana o pasado, se introdujera en la barraca, por la noche, Soledad lo recibiría sin resistencia. Sí, que llegara. Que llegara a esa fuente enferma, a ese nido oscuro donde palpitaban cuerpos demoledores y tenaces. Ambos morirían carcomidos por aquella virulenta lepra o sífilis de El Temblorino, que Soledad transmitiría meticulosamente, con detenimiento frío y atento. Algunos seres diminutos, mitológicos, a quienes la muerte daba vida, caminarían ya por los fondos de su ser, doblándose, multiplicándose, para minar los límpidos tejidos, las tersas superficies internas bañadas por la cálida linfa y defendidas por millares de impotentes glóbulos. Una mano helada iría avanzando, tenaz e inexorable, sin barreras ni remedio, hasta invadir el cuerpo y acabar con ese soplo, ese aliento irreal que es la vida. Y Maciel también se iría encorvando, iría cayendo como un árbol viejo y hueco hecho de tierra maloliente y podrida.

La vida de Soledad estaba rota, sola, completamente abandonada ya. No se atrevería jamás a mirar de frente a Rosario, ya no podría iniciar nunca, otra vez, su camino de purificación, de alada penitencia.

Se detuvieron al mirar el campamento en agitación y a El Chato golpeando sin

piedad a los dos hombres.

—Han de ser los «remontados» —comentó Soledad.

El Temblorino respondió con un gemido y su alma primitiva se llenó de pavor. Imaginaba que a él también le impondrían un castigo y el miedo que esto le inspiraba reducía su recuerdo del placer a las más insignificantes proporciones, sin que, ante sus ojos, la magnitud de las reprimendas correspondiese a la magnitud —siempre inferior— del goce que Soledad le había brindado. Un mundo de pánico se presentó a sus ojos; un mundo inquisitorialmente frenético, de locura sin cauce. Lo azotarían, lo golpearían a él, con su cuerpo llagado, trémulo, con su enfermedad; a él, un pobre hombre pisoteado por la vida, cubierto de infamia.

Pataleando en el monte, como una alimaña, corrió hacia el campamento sin que a Soledad le fuera posible detenerlo.

—¡Espérate, por Dios!

Pero El Temblorino ya estaba a los pies de El Chato gimoteando el perdón.

(Todo estaba perdido. Todo había sido en vano. Alguien, quién sabe dónde, removía los destinos y los encharcaba, haciéndolos negros, imposibles.)

Cuando vieron aparecer a Soledad, en seguida de El Temblorino, todos comprendieron lo que había ocurrido.

Maciel se puso lívido, desencajado y sin la menor consideración se arrojó sobre Soledad cubriéndola de puntapiés.

La escena era grotesca como esas «pantomimas» de circo que son simultáneamente lúgubres y como risueñas, como de carcajada en manicomio: en un extremo El Chato, con el látigo en la mano, que parecía un domador vestido de payaso, en el otro Maciel, golpeando a Soledad, agarrándola de los cabellos, lo cual daba a la pelea un aspecto de lucha entre viejas, y enfrente los colonos, desorganizados, mudos de sorpresa, mirando todo.

El Chato soltó una gran risa salvaje, y se detuvo de pronto con el ceño fruncido.

—¡Basta! —gritó.

Paseó la mirada por todo el conjunto y como por milagro aquello se puso en calma.

—¡Basta! —repitió, aunque ya era innecesario.

Y después:

—¡Éstos primero! —dijo como con sorna, señalando a los «remontados».

Quince, diez y seis, diez y siete...

XII

Desde que a Prudencio lo llevaron al hospital —destrozado y con una fractura en el cráneo—, le había crecido la cabeza de una manera extraordinaria. Se trataba de una cabeza ancha, descompuesta como por un espejo convexo, en la cual los cabellos surgían ásperos, difíciles. En realidad había muerto y hoy era un niño medio azul, oloroso a mercurio-cromo, con un aire levemente siniestro que recordaba termómetros de hielo, dolorosas pinzas dentales y vendas infinitas: materias todas de enfermedad, de quirúrgica locura. Le había crecido la cabeza como si este crecimiento correspondiese, en efecto, al trastorno interior, menudo y fino —apenas de mínimas raíces, arbolillos de arterias—, donde las cosas ocupaban ya otro sitio. Sus pensamientos, dentro de la crecida cabeza, eran de una calidad extraña, borrosa, llenos de inverosímiles posposiciones. (Laredo era una ciudad aplastada y cenicienta, de perros flacos, que se echaban a lo largo de la carretera internacional para ver pasar a los gringos con sus cámaras. Luego las lentes eran gruesas, descomunales, y a través de ellas se veían los huesos de las manos, como por rayos X. En general también caían rayos, en Laredo, durante las noches de tormenta, cuando el viento aullaba: «Jesús, Jesús», y los niños esperaban algo de San Isidro el Labrador, que ponía el sol. ¡Ah! ¡Y La Tejanita!)

La Tejanita —como le llamaban en Laredo— era la mujer de Prudencio. Usaba un español descompuesto por chocantes neologismos (*binses*, en lugar de frijoles, *bonche*, en lugar de conjunto o grupo numeroso —«había un *bonche* de gente»—, y giros por el estilo), y un inglés rudo, sin belleza, lleno de furiosos apócopes y del que se valía para comprar objetos en las tiendas del «otro lado». No obstante era muy graciosa, con su naricilla respingada y sus pecas, sus ojos azules y sus vestidos deportivos.

La Tejanita estaba encinta cuando Prudencio fue aprehendido en la huelga general de Reynosa y de ahí enviado a las Islas Marías. La blanca norteamericana cantó entonces, durante algún tiempo, con cierta nostalgia sorprendente (pues también los gringos sienten nostalgia y es cuando el rostro se les vuelve como mexicano), aquel hermoso corrido de Cananea, que ella descomponía arreglándolo para sus fines:

Lo agarraron los «sherifes»
al estilo americano...

Y miraba tristemente la gris tierra del Norte, vieja, llena de vegetales secos.

A la gringuita, «se le había pegado México», como decía la gente. En su tierra, la impersonal Texas, llevaba una vida simplísima, sin profundidad, vacía y frívola. Estudió en el Trinity College con jóvenes maestras inteligentes y buenas que no la dejaban tomar café negro. Más tarde pasó a la escuela superior, donde unos rígidos señores la hacían leer a Shakespeare y a Cicerón, a Milton y a Virgilio. (Aprendió ahí

tantas cosas como aquello de la manzana de Newton y el arbusto cívico, ese manzano enaltecedor, de Jorge Washington.) Pero en las tardes, acompañada de su inseparable Alice, una compañera de estudios, leía enfrascada las historias de Mark Twain, que entonces todavía —en el pináculo de su gloria— era considerado como «peligroso» e «inconveniente». Cuando mister Robinson, el decano de la escuela, las descubrió en una ocupación tan impropia como tales lecturas, ellas se confundieron asustadas, pero el decano celebró la ocurrencia informando que «él también» leía al peligroso humorista.

—¡Oh, si no hay nada como las anécdotas de Mc Murray! —agregó en tono de enterado, entrecerrando maliciosamente un ojo.

Después de que cursó el bachillerato, La Tejanita se convenció de la gran inutilidad de todo aquello, pues no había adquirido ningún conocimiento de las cosas y su vida continuaba tan sin explicación como al principio. No obstante ni siquiera llegó a sentir tristeza, porque no había recibido, en realidad, educación para sentirla. No tenía novio pero sí una gran cantidad de amigos alegres, bulliciosos, tan superficiales y vanos como ella: estudiaban carreras inverosímiles, como por ejemplo la carrera de inventor, o de vendedor de coches, profesiones en las que, sin embargo, creían como en la Biblia y en la grandeza de Teodoro Roosevelt; bailaban con frenesí y eran chicos felices, sin complicaciones, que probablemente triunfarían dentro de algún tiempo y se harían miembros del Rotary Club; también La Tejanita se relacionó con algunos mexicanos de San Antonio, extrañísimos que decían ignorar el español y tenían los nombres más divertidos del mundo: Jack Pérez, Tony González y otros. Eran unos mexicanos bien puestos —mucha grasa en los cabellos y modales comedidos—, que se emborrachaban dramáticamente los quince de septiembre («Long laif Mécsico», «Long laif América»). Los Tony González, a pesar de todo, le hicieron sentir una curiosidad humana muy singular por el país que se encontraba al sur del Rio Grande (¡Oh, el Sur, con palmeras!)

Llevada de esta curiosidad, cierto día, hizo un viaje a Nuevo Laredo.

Llegó en una de esas mañanas polvorientas de Nuevo Laredo, una de esas polvorientas mañanas de América Latina. (Principiaba ahí una cosa nueva, de dolores viejos, que parecían partir de los animales más antiguos, de las iguanas, o si no, de las plantas más tristes, de los nopales y los cactus.) El sol caldeaba la ciudad donde las pequeñas casucas parecían humillarse aún más bajo el peso del cielo. Los niños morenos y ventrudos, flacos, salían a la calle con los ojos turbios de pereza y de anemia, para jugar en el polvo atroz, encenizándose el cuerpo. Las mujeres de senos caídos espantaban con fatalidad y negligencia las furiosas moscas que zumbaban con rabia, hambrientas; los perros —muchos, una «infinidad», como decía el pueblo—, abrevaban en los charcos de lodo, aprensivamente, mirando con temor a derecha e izquierda; los mendigos clamaban socorro en inglés a los turistas yanquis, procurando aterrorizarlos con sus llagas; los agentes aduanales, con trajes blancos, de verano, bebían cerveza helada en algún bar, y en los burdeles, las prostitutas se ofrecían a los

desaprensivos norteamericanos, de larga nariz y gorra clara, por un dólar toda la noche.

—¿Qué podía animar, latir —pensaba Eveline, La Tejanita— bajo una superficie tan sucia, tan indiferente, tan llena de abandono? ¿Qué podía ser ese pueblo tan inclinado, tan agachado y fatalista?

Cuando ella llegó, una multitud casi impedía el paso en el Puente Internacional. Eran obreros que del lado mexicano llevaban pantalones de mezclilla y pañuelos rojos al cuello y del lado yanqui, iban vestidos con camisas blancas y sombreros de «carrete».

(«What is this? Oh, the first May demonstration!»)

Se daban apretones de manos y sonreían, comprendiéndose. En seguida comenzaron los discursos, en inglés y español, que los oradores pronunciaban señalando al cielo.

Prudencio hablaba con unción (después se conocieron, y Eveline veía sus ojos negros, llenos de verdad) y lo que decía parecían brasas, brasas religiosas, de revelaciones simples y profundas, donde estaba el mundo entero. Ahí fue donde Eveline comenzó a conocer México, y a adivinar su sentido subterráneo, lleno de esperanzas, bajo aquella piel sucia tristísima, que eran los hombres del pueblo.

Prudencio le explicaba las cosas, después, lleno de pasión, y esto último, la pasión —la capacidad de amor y sufrimiento— le dio la clave del extraño, doloroso, inmaculado país.

¿Por qué, sí, no renunciar a su bachillerato? ¿A su carrera de «inventora» o comerciante de coches? ¿A su higiénica escuela de Jorge Washington? Prudencio la cautivaba por su convicción, por su lirismo social, por su inglés llano y antiliterario, por su verdad caliente que transcurría como un arroyo oculto.

Con sajona tenacidad estudió español en lecciones dulces de Prudencio.

Más tarde se hizo su mujer, «su compañera» (la mujer de un “mexican revolutionary”, escribía a sus amigas).

Prudencio tenía hoy en la cabeza un mundo vuelto al revés. Sentado como siempre a las puertas del hospital, en las Islas Marías, hacía figuras en la arena con el dedo tenso. Estaba convencido de haber muerto. Se arrojó de la barraca para morir y ahora comprendía que la muerte era la vida, el simple olvido, para nacer en un mundo nuevo e igual, como penitencia. Dios no existía —porque de otra manera ya le hubiese visto—, pero la vida eterna sí. Eveline había dado a luz un niño y ese niño era el propio Prudencio, que se sentía pequeñito, infantil, pobre, fuera de esa habitación que era su antiguo cuerpo. Entonces se palpaba las paredes de su ser, ese adobe carnal de que estaba hecho y no cabía en sí de asombro al advertir las dimensiones. Luego ¿qué era todo aquello? ¿Y su cuerpo de niño, el verdadero? ¿Y su madre maternal, amada, su Eveline, de quien tenía vagos recuerdos lúbricos? Cuando la razón volvía a su cerebro —la locura era intermitente, con reposos—, sumíase en una tristeza infinita. En su existencia había una mancha impenetrable —

desde el momento de su accidente hasta el de su ingreso al hospital— y de esa parte no sabía nada, ignoraba todas las circunstancias. «¿Por qué estaré aquí, quién me trajo?» Y la mente quedaba en duda, sumergida en el infierno.

Riverita, el ayudante del médico, caminaba con sus pasos menudos y alegres, frente al hospital. Era un hombre lleno de optimismo, de baja estatura, algo sanguíneo, afecto a la buena alimentación y lleno de amabilidad. Pasante de medicina, estaba en la Isla también como reo político, por haber militado en las filas del general Villarreal cuando éste soñaba con levantarse en armas.

—¡Qué hay, amigo! —exclamó golpeando familiarmente el hombro de Prudencio—. ¿Cómo va esa cabeza?

Prudencio se había vuelto pueril y por la menor causa las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¡Todavía estoy muy «atarantado»! —dijo con los ojos húmedos.

Riverita iba a responderle pero reparando en unos hombres que traían a cuestras un cuerpo, se alarmó yendo a investigar con premura.

El cuerpo era nada menos que el de El Chale, negro, hinchado, respirando con dificultad.

—¡El escorbuto, mi jefe! —explicaron los hombres con ira mal reprimida.

Riverita meneó la cabeza entre contrariado y triste:

—No le doy media hora —masculló.

Repicó la campana del hospital anunciando el nuevo ingreso, con lo que todos los enfermos asomaron sus rostros flacos para inquirir a través de las ventanas. Parecían locos. Aunque en efecto, todos los enfermos de hospital tienen cierto aspecto de locos, de gente no cabal ni equilibrada. Las manos se les alargan, los ojos les crecen y las uñas se les vuelven pálidas y amarillas.

También apareció por entre los barrotes, el rostro, extraterrenal ya, de Ramón, que observó con una semiausente curiosidad el cuerpo de El Chale.

Ramón tenía la misma cara atroz de los demás enfermos, con las mejillas hundidas y los ojos de alucinado. Todas las tardes se ponía a las puertas del hospital mirando con obstinación el horizonte y dando pequeños gritos de alegría, casi imperceptibles, que lo llenaban al instante de vergüenza por lo inmotivados: creía ver la fina raya de un mástil, y el inmenso anhelo de que apareciese un barco lo llenaba de ansiedad, haciendo que su espíritu urdiese alucinaciones; ya el rizado horizonte de las mareas altas o ya los sonidos misteriosos que siempre se advierten a orillas del océano agitaban su corazón de tal manera que creía llegado el momento dichoso en que la embarcación dibujase sus contornos.

El hospital se encontraba próximo al faro desde donde el «barco a la vista» era anunciado con unas campanadas. Pero Ramón siempre oía en vano: el faro estaba mudo, sin sonidos, sin esperanza y eran inútiles las preguntas que el enfermo hacía con insistencia: «¿Anuncian un barco?», pues el mar era un mar solitario y como sin caminos.

Hizo una gran amistad con Prudencio a quien convirtió en su confidente. La causa de esta amistad residía en el hecho de que Prudencio escuchaba todas las historias con paciencia y sin comprender. Junto a él, Ramón se sentía lleno de consuelo; sus penas amenguaban y la propia muerte perdía su carácter inexorable, tornándose un acontecimiento simple, regular, sin solemnidad ni trascendencia.

Después de que El Chale ingresó en el hospital, Ramón y Prudencio se pusieron a conversar en las afueras, aspirando con nostalgia la brisa salada.

Ramón repetía, tartamudeando, la historia de su vida. (Cómo se convirtió involuntariamente en criminal, gracias a uno de esos terribles azares que envenenan la existencia de los hombres; la persecución inmotivada, absurda, de que fue víctima, pues en realidad nunca había tenido relaciones con la mujer de Matías —«el occiso»—, y si ésta «confesó», debíase, sin duda, al temor que su impotente marido había logrado infundirle.)

Con estremecida voz, luego, como si todavía sintiera espanto, le contaba a Prudencio la pesadilla del mastín, el furioso perro educado especialmente para darle muerte y que aparecía en todos los sitios, como una obsesión. Pero en lo que se detenía con empeño era en el relato de su jurado: la sala llena; los guardias; el fiscal tremendo; el inepto y burocrático defensor; los cargantes fotógrafos de la prensa. (Más algo repetía insistentemente; algo que se refería a Julia, a la mujer del «occiso».)

Julia había asistido al jurado, pálida y terrible. Presenció el proceso entero con un algo de enfermizo en la mirada, muda, con sus dos ojos de fuego clavados en Ramón. Éste se atrevió a mirarla y algo oscuramente profético, al parecer vengativo, creyó adivinar ahí, en esas dos luces turbias que Julia tenía bajo las cejas. Aquella joven — ¡joven como ella sola, con su cuerpo de cielo duro!— era inolvidable, saliendo de la sangre, parada en la mitad del crimen como un relámpago en medio de la tempestad. En realidad, Ramón entendía que ciertos celos posteriores de parte suya, cierto vago deseo apenas insinuado, cierta inclinación hacia Julia, habían determinado, en lo remoto, su crimen. Porque cuando el marido de Julia le atribuyó relaciones con su esposa —en ese preciso instante—, tales relaciones empezaron a nacer en su corazón. Sintió entonces una gran pena porque no fuera así, como Matías imaginaba, al mismo tiempo que un deseo inconfeso de que, alguna vez, los celos del marido llegaran a tener justificación. (Mas todo esto era tan difícil de esclarecer como la presencia de determinados microbios cuando no se usa la coloración debida.) Su espíritu usaba máscara, una indulgente máscara que ante sí mismo, inclusive, borraba los móviles verdaderos y echaba tierra sobre la interna, desconocida pasión. «¡Legítima defensa!», argüía torpemente y con cansancio el abogado defensor. Luego, alisándose los cabellos entrecanos, principiaba un discurso zafio, con las palabras «mi cliente» a tiempo que extendía la mano señalando el banquillo. Era el abogado uno de esos defensores de oficio, sin brillantez alguna, sin honestidad, tonto y desaprensivo. Vestía pobremente un traje gastado y lustroso, que le daba un aspecto de empleado

subalterno. Acaso tendría hijos; unos hijos flacos, y acaso una mujer, regañona y de mal carácter. Además, cuando se aproximaba a su defendido despedía un fuerte olor a sopa, a puchero, a fideos, y cumplía con sus deberes, sin duda, deseando que todo acabara lo más pronto posible y de cualquier manera. Este defensor de oficio logró únicamente que la suerte de Ramón se agravase —y a qué punto no habrá sido cuando fue incapaz de librarlo de la pena máxima—, pues si en alguna parte de sus vulgares periodos oratorios cobró fuego y apariencias de sincera indignación fue, justo, cuando, con los más vivos colores, pintaba la escena del crimen, los martillazos, la alevosía, la premeditación.

—Pido indulgencia para este hombre —decía con voz solemne, formal, de casero o inspector del timbre.

Pero luego agregaba, elevando el diapasón, teatralmente, haciendo retremblar la sala:

—Para este criminal sin entrañas, para este infrahombre, para este habitante de las cavernas, que esperó en un pasillo con la respiración en suspenso, que entró en seguida en la alcoba, donde tranquila y confiada, la víctima dormía, que, etcétera, etcétera...

La «legítima defensa» —¡cuánta ironía!, pensaba Ramón— fue desde luego, indemostrable. ¡Veinte años de sentencia! ¿En qué podían distinguirse de la cadena perpetua?

A partir de su sentencia empezó a ocurrir en Ramón un fenómeno harto curioso. Inmediatamente después del crimen no experimentó remordimiento alguno, antes bien se sentía sostenido por una serie de razones que lo justificaban. Un hecho elemental saltaba a la vista desde luego: de no haber matado, a él hubiese sido a quien le dieran muerte. Pero a medida que el tiempo transcurría —y con mayor intensidad aún después del juicio— un nuevo sentimiento, sin precisión, nebuloso, desplazaba a las razones anteriores, las hacía vacilar. Su crimen ya no era un crimen «desinteresado», sino un acto donde la pasión, subterránea y oculta, parecía exigir su derecho a la vida y al reconocimiento. ¿En qué instante preciso se había fraguado esta insospechada transformación? Hoy podía verlo con claridad meridiana: en el instante en que Julia apareció; en el instante en que su mirada de fuego se hizo presente, en la sala aquella, vasta y fría, del jurado. Hoy podía verlo al mostrar a Prudencio la carta que Julia le enviara a las Islas, a despecho de los años transcurridos.

En las manos de Ramón el papel de Julia temblaba, grasiento y viejo: «... Comprendí que te quería desde el momento en que Matías te imaginaba su rival. ¡Era tan fuerte aquello, tan atrayente! ¡Tú, y no otro! ¡Qué clarividencia de enfermo, la de Matías! ¡Qué destino el suyo! Para mí no eras nadie antes. Pero desde ese momento comenzaste a tener un sentido; mi existencia, mis días, mis horas, transcurrían pensando en ti, y en esa culpa anticipada que ya estábamos pagando: tú, perseguido, loco, sin descanso; yo, martirizada por aquel pobre hombre de angustia y lágrimas y furia que era Matías... Fui al juzgado. Para ver tus espaldas absurdas, imposibles;

para verte partir; para corroborar mi desventura, mi desgracia irreparable. Hasta hace poco supe que puede una ir a las Islas, para vivir. En cuanto lo he sabido me he apresurado a escribirte para que estés prevenido y no te caiga de sorpresa mi llegada allá. Voy a tu lado.»

¿Y cómo estaría Julia? ¿A lo mejor envejecida? ¿Cómo, por Dios?

La voz de Ramón sonaba lóbrega, sedienta, junto a Prudencio, que nada comprendía:

—La espero en el próximo barco...

Entonces ambos, aunque con distintos pensamientos, clavaban sus miradas en el horizonte. Ramón veía el mástil ideal de un barco, como una fina aguja caída desde el cielo. Ahí estaba la ilusión última, la final esperanza. (Cuando el barco apareciese en el puerto sería solemnemente, con su leve ruido de aguas; las gentes serían pequeñas desde el muelle, apenas cuerpecitos lejanos, en cubierta, moviéndose con gracia. Pero después serían grandes, grandes como la pasión de Julia, ocupando la vida entera, dueñas del universo.)

—¿Tocaron la campana? ¿Es el barco? —preguntó a Prudencio, alucinado.

Prudencio lo miró con sus ojos indiferentes, sin comprender. ¿Qué barco? ¡Si no había ningún barco en la tierra! ¡Y tampoco había tierra y ni siquiera mar! Por el cielo las nubes eran niños; una expedición fantástica de niños que hacía ruido y que estaba hecha de colores: niños verdes, por efecto del agua donde estuvieron por centurias enteras; azules a causa de venenos siniestros e infinitos; amarillos, porque las madres se derramaron en linfas inverosímiles; carmesíes, por todo el odio de que la tierra estaba llena; anaranjados y violetas y negros.

Prudencio era un niño; el otro Prudencio, «el grande», había muerto al caer en un precipicio. Tenía veinticinco años y uno a uno habían caído los años en el precipicio, gritando su correspondiente lugar, como si pasaran lista: ¡Uno!, ¡dos!, ¡tres!, ¡y cuatro y cinco y seis!, cual si se deshojara un tallo. Cuando el año veinticinco cayó, sobrevino, lógicamente, la muerte de Prudencio, quien se sumergió en el vacío como si entrara a un cuarto oscuro. Después lo atendió una mujer joven y hermosa —al parecer extranjera, pero desde hoy, con las historias que oía, como mexicana, de una ternura sin paralelo—, que se llamaba Eveline pero a quien podía darle, asimismo, otro nombre, un nombre que enfurecía a Ramón, el cual daba martillazos, entonces, sobre una cabeza descomunal que parecía un mundo y que era la cabeza de un licenciado en derecho. El licenciado en derecho sonreía con aire estúpido a cada golpe y exclamaba con prisa: «Mi cliente, mi cliente», para salir corriendo a su casa donde una mujer amarilla y ventruda le sacaba la lengua, mostrándole el puchero y la sopa fría, sebosa, de fideos.

La historia que le contó Ramón debió ejercer sobre Prudencio un efecto terrible pues tuvo una noche angustiosa y crítica. Cuando ya estaban las ideas a punto de formar un postulado lógico, irrumpía el absurdo, de pronto, desorganizando el sistema. Dentro del cerebro de Prudencio habíase entablado una feroz lucha por la

razón. Parecía ésta una entidad independiente a los vehículos físicos, que al pugar por su acomodo se encontrara un vaso deforme que la hería con indebidos ángulos e inhabituales esquinas. La mente afirmaba algo, pero de súbito una carcajada, una voz distinta, una cosa siniestra e interior, rompía la afirmación transformándola en materiales sin consecuencia, fuera de la casualidad y de la lógica.

La sala donde Prudencio dormía aquella noche mostrábase llena de desolación bajo la luz de su alto foco macilento. Sobre sus camastros los enfermos entretenían el insomnio con los ojos cerrados, pensando. En un rincón y sin que nadie lo advirtiera, El Chale estaba muerto.

Ante los ojos de Prudencio, entonces, y sin que pudiera advertir el significado de aquello, ocurrió una escena terrible: un hombre cauteloso se coló en la sala, pisando con suavidad, hasta aproximarse al cadáver de El Chale. Cuando estuvo junto a él, realizó una operación brusca sobre el rostro del difunto, que produjo un ruido particular de huesos o de astillas. Terminada la tarea, el hombre salió de la habitación con el mismo sigilo y la misma cautela.

Pasaron unas horas inmensas, lentas como el correr de aceite en una superficie brusca y contraria.

A la mañana siguiente, apenas el sol apuntaba, se oyó en la sala la voz de Riverita, en el teléfono:

—Sí, doctor... El Chale...

Del audífono brotaba algo incomprensible que con seguridad era la voz del médico pidiendo detalles.

—¡Alguien le arrancó los dientes de oro! ¡Con una piedra...!

Desde un camastro un enfermo gritó, broncamente, sonándole los pulmones:

—¡Fue El Burro, yo lo vi...!

XIII

Gran sorpresa causó en Arroyo Hondo el hallazgo de los pescadores. Salían éstos todas las mañanas bajando por el camino seco del río, para embarcarse, a la orilla del mar, en una canoa ventruda, tosca, de las que fabricaba el jefe Ravena. Era éste un viejo negro, curtido, isleño puro, pues la Isla, en efecto, era su patria. Se contaba que uno de los gobernadores lo despidió para en su lugar poner a cierto arribista de México. Fuera de la Isla Ravena lloró en el puerto, mirando el mar y anhelando aquel paisaje seco y duro. Era tan grande su amor por aquella tierra que, como él mismo decía en metafísico giro, no «se hallaba» en ningún otro sitio. «No se hallaba», se perdía a sí mismo, otro era su cuerpo y otro, también, su espíritu: por eso suplicó, clamó, hizo todas las instancias imaginables hasta, por fin, renunciar al miserable salario para trabajar únicamente «por la comida». En estas últimas condiciones fue aceptado por el gobernador —hace algunos años— que era un hombre absurdo de tan terco.

Ravena construía canoas que eran una gloria del primitivismo, verdaderamente mágicas a fuerza de desbistar grandes troncos ahuecándolos con hachuela. El árbol de quien se servían los «canoyeros» iba perdiendo su fisonomía, de pronto, a cada golpe de hachuela, y se iba alterando y como adquiriendo agilidad y movimiento al tornarse liviano y sin peso propiamente. Adivinábase entonces la canoa, como esos fetos en los que se adivina al hombre y que aún tienen o la cabeza demasiado grande o el cuerpo enteco, o las manos mínimas, o todavía sin precisión el continente. Pero más tarde todo aquello ya era un ser distinto, una nueva cosa, un parto alegre como si el hombre hubiese, alguna vez, fecundado al árbol en un fantástico ayuntamiento de trabajo, de sudor, de esperanzas. Ravena veía su obra lleno de emoción, los ojillos antiguos, de saurio melancólico, clavados en el mar.

Luego los pescadores se iban con las canoas y traían animales de maravilla.

Llegaban al campamento con los pantalones arremangados y las piernas musculosas y negras al aire. Encima de la espalda, haciendo un bulto descomunal, los pescados movíanse aún y las muertas tortugas palpitaban en sangre con los ojos llenos de angustias y reproches iracundos. Arroyo Hondo se congregaba para ver, para examinar, para asombrarse y todo ello lo hacía como lo hacen siempre los hombres de tierra adentro, que ignoran los misterios oceánicos y no alcanzan a ver el mundo de sueño que hay en el fondo del mar: ahí estaban los calamares, con sus ventosas en desorden (¿Dónde los ojos? ¿Y la boca? ¿Y otras cosas así?); las mantarrayas de ojillos crueles; cazones pescados al azar. Y todos con accesos de respiración o estertores, en medio de esta cosa rara, irrespirable, que es la atmósfera.

Causó gran asombro el hallazgo de los pescadores ese día, y los hombres se agrupaban en tomo, señalando consternados hacia el suelo:

—¡Todavía se mueve...!

Por entre las piernas de los curiosos se veía una cosa blanca como blusa.

—¡Pobre, ya estaría de Dios!

Maciel apareció entre todos, colérico como siempre, apartando a los más próximos. Pudo verse con claridad que aquella blusa blanca no era otra cosa que el cuerpo de El Miles, tendido, atrocemente deshecho.

Los pescadores explicaban:

—¡Tiburones, tal vez...!

—¡Uy, si en San Juanito se ven las «pilas»...!

—¡Y nosotros que lo creíamos «remontado» al pobre...!

El cuerpo comido blanqueaba de sal en las heridas. Le faltaban un brazo y la mitad de la pierna, mostrando hinchado el verdoso vientre y sin rostro la cabeza, con sólo la huella desdentada, como roca camal, de facciones.

Se equivocó quien dijo «todavía se mueve» pues no era otra cosa que una apariencia, ya que la muerte lo sorprendió en movimiento, como cuando una película se interrumpe y los personajes quedan levantando un pie o elaborando una sonrisa que no acaba de salir y queda ahí, en los labios, fija y como haciéndose su propia anatomía. ¿Y cuál habría sido ese movimiento que detuvo la muerte? ¿Cuál el gesto último por ella decapitado? Se imaginaba a El Miles luchando en mitad del mar con los tiburones, como un joven semidiós, gigantesco y vigoroso, incapaz de ser vencido. Y tan incapaz que ahora mismo se le creería vivo, con esa pétrea cara de músculos que el mar no pudo abatir por completo, pues ahí se hallaba, devuelta en fragmentos a la tierra.

Maciel corrió al teléfono para dar aviso a la dirección, sintiendo una rara especie de lástima y alegría. Le satisfacía la muerte de El Miles porque éste era fuerte y alegre, poderoso e imperativo. Las mujeres del campamento lo admiraban y Maciel no estaba, completamente seguro si alguna de ellas no se le habría entregado ya, lo cual le causaba profunda irritación y desasosiego.

—Mi general —dijo al aparato con respetuosísima entonación—, apareció El Miles muerto... Parece que fueron los tiburones... —Luego regresó hasta el cadáver; se le quedó mirando absorto, para volverse, después, hacia la barraca de mujeres a tiempo que silbaba una cancioncilla.

Ahí fueron a encontrarlo Marcos y Ernesto para pedir les permitiera acompañar el cadáver hasta el camposanto.

El cementerio se encontraba en Balleto, próximo al hospital, con su desolado aspecto de jardín en abandono, carente de cruces, y con sus tumbas mínimas y pobres. Aquí los colonos muertos perdían su número recobrando el nombre en cambio, y sobre las piedras podían leerse, toscamente grabados, los Juan González, los Enrique Martínez, los Timoteo Sánchez; nombres y apellidos de entraña simple, ahí ya del pueblo, que se encontrarían, asimismo, en cualquier vecindad de México o en cualquier poblacioncita sucia y pequeña del interior. Estaba también la tumba, única de losas grandes, de una mujer, Clara o Clarisa o Claridad, sobre quien corría una historia romántica a lo Margarita Gautier: algún desgraciado amor que la

enfermedad y la muerte frustraron; y cuando se veían aquellas lápidas ennegrecidas por el musgo —lápidas sobre el amor—, uno no podía menos que imaginar un cuerpo de mujer mordido por la tierra y los gusanos, sin ojos ya, restos alucinantes de Margarita Gautier. ¡Ése era el amor abajo de la tierra! ¡Pulmones sin aire y sin suspiros, en derrota frente a la arena y las raíces, frente a la madera corrompida y ya antivegetal!

Margarita Gautier tocaba un piano negro, de cóncavos sonidos, que poseía la escuela de la colonia, y en cada nota se le iba la vida. El anhelado amor que nunca llegaba y el clima, antirromántico, consumaron juntos la tarea: una mañana fue conducida, torpemente, con cansancio, con indiferencia, al cementerio, donde nadie lloró, donde nadie puso una piedra, hasta que cierto mandatario sentimental de la colonia dispuso se colocara una lápida y sobre ella algunos versos:

Reposa en el amor definitivo...

El Miles fue enterrado junto a Margarita, en lo cual Ernesto creyó ver una coincidencia llena de triste ironía. Y —pensaba— ¿no era El Miles una especie de ideal amoroso para mujeres románticas, para dulces mujeres en busca de intrepidez, generosidad, maneras leales y corazón amplio y profundo como ella, como Margarita?

Detúvose frente al montículo de tierra a que quedara reducida la tumba de El Miles y pensó que aquélla era una cosa amiga, lo que restaba de un hombre fuerte, de un vencido, de un vencedor.

En realidad fue inaudito que Maciel concediera autorización a Marcos y Ernesto para acompañar el cadáver. Al principio no comprendía la súplica pero de pronto se fue a la comandancia donde recabó papel para los pases.

El Miles debía descender a la playa por el arroyo seco y proseguir en canoa hasta Balleto; por el arroyo seco, que era el mismo camino de los pescadores y en cuyos márgenes el viejo Ravena construía sus barcas. (¡Una sola de esas barcas hubiese servido a El Miles para tener éxito en su empresa! Pero así debía ser, sin duda, como hoy estaba ocurriendo, porque la barca de Ravena, primitiva y ventruda, servía sólo para llevar un cuerpo deshecho por el mar, al viaje definitivo, último de todos.) En cambio Ernesto y Marcos debían seguir por el Camino Viejo para encontrar el cadáver en el muelle de Balleto y llevarlo al cementerio.

Caminaron así, sin dirigirse la palabra, subiendo las forzadas pendientes y aspirando el olor verde de las hojas jóvenes que se metía por la nariz, picante y como enojado. Sin dirigirse la palabra. No debían hacerlo. Entre ellos dos se interponían ya muchas cosas. Elementos sin confesión, piedras atroces que dificultaban el aire y la amistad.

Pues de esta suerte ocurre: de pronto empiezan a romperse algunas ligaduras, las más internas, y uno no comprende que ya el corazón no camina igual, sino vacilante, sin saber lo verdadero de sí mismo. Sobrevienen entonces los sórdidos enojos, de fondo inaparente; las cóleras sombrías; las repugnancias vegetativas. Uno se goza en herir con saña y en promover las más oscuras razones para que la vida se encenague y no haya claridad.

Rosario se encontraba en mitad de esta lucha sonámbula. Era tan fuerte su presencia y su llamado tan vital y lleno de pasión que hasta las nociones de amistad, de partido, se desvanecían adquiriendo aspectos ruines, mentidamente generosos, disfrazados siempre. Marcos y Ernesto la amaban. Pero ella, ¿a quién? Ella era un enigma de tinieblas y quizá no amara a nadie en la vida, pero Marcos y Ernesto, cada uno por su parte, se creía el atraído y el vencedor. Ella los dominaba, les daba sentido y fuego, enervándoles, empero, la existencia.

Caminaron por el Camino Viejo con la cabeza baja, mirando coléricamente el suelo. Sentían odio. La muerte había puesto odio entre ellos; había acentuado este odio viejo, tornándolo nuevo, de formas bruscas, sin vestidura. ¿Qué hacer? Cierta indispensable salud del pensamiento estaba perdida; cierta disposición hacia las formas claras no existía ya.

—¡Es necesario que hablemos...! —aventuró Ernesto sin apartar los ojos de la tierra.

Aunque Marcos entendió de qué «era necesario» que hablasen, esquivóse mostrando un rostro sorprendido:

—¡Cómo! ¿Hablar?

Ernesto sintió un frío enorme dentro del corazón por el inesperado giro que tomaban las cosas. (En estas condiciones no podría avanzarse nada; todo continuaría en su sitio haciéndose más turbio.)

—De Rosario... —insistió valientemente, pero al mismo tiempo se dio cuenta de las pretensiones de Marcos; de Marcos que preparaba el camino para el sacrificio, para alejarse, para no ser una barrera.

Caminaron algunos pasos en silencio hasta que Marcos atajó con rudeza:

—¡No te comprendo!

Y como si realizara un descubrimiento:

—A menos que estés enamorado...

Ernesto se mordió los labios, absolutamente sin armas con que defenderse, con que combatir.

—Debes tranquilizarte —continuaba Marcos—. Yo no la quiero... —y más tarde, como sin darle importancia—: ¡Es curioso! Pero nunca se me había ocurrido —finalizó sonriendo como si hablase para sí.

El Camino Viejo ardía con el calor del sol. El azul del cielo correspondía a esos azules tórridos e inclementes, nutridos de átomos hirviendo. Del monte parecían ascender columnas de humo calcinado y toda la naturaleza palpitaba de fiebre,

acezando, falta de respiración.

En el campamento de Arroyo Hondo, Rosario se había quedado sola. Cuando vio partir a sus compañeros, se volvió, indiferente, para ascender por la colina. ¡Sola! Es decir, sin sus camaradas, lejos de su vigilancia, de sus ojos turbios por el deseo, y de su presencia llena de equívocos.

La soledad tenía para ella una virtud paradójicamente propicia al pecado. No es ningún bien la soledad, ni nada enaltecido; es una forma, enfermiza, sin freno, de exaltación íntima y de cinismo. En la soledad piérdense temores y represiones; el espíritu, que se sabe grosero, ruin, bajo —aun el más noble entre ellos— no tiene empacho en mostrarse a sí mismo como es, y de esta suerte la soledad se transforma en un goce sensual, en una voluptuosidad incógnita, feroz, sin limitaciones y sin careta.

Rosario se dirigió a la colina, pasando, con intención, frente a El Chato que se hallaba en la Comandancia. Quería dejarse seguir por aquel hombre, tentarlo, gozar con el anhelo que en él promovía; jugar un poco con sus deseos de macho aturdido y ciego.

El Chato, en efecto, la siguió a distancia con movimientos absurdos. Su gran figura era torpe, entre las ramas, como si desconociera el aire, como si su pie hubiese olvidado las yerbas y todo él se sintiera tan confundido, igual que en los sueños donde, de pronto, en una concurrida reunión, descubre uno encontrarse desnudo y con todas las miradas sobre sí.

Rosario se acostó sobre la grama mirando el cielo, que parecía partir de la tierra como los lienzos arrancan del marco. El deseo de El Chato avanzaba, con sus pasos, como una ola empujada por la atmósfera. Ya sentía Rosario aletear su vaho intenso y furioso, sin que hubiese fuerza capaz de oponerle un dique, un simple muro. Se gozaba en el peligro de sucumbir y, cerrando los ojos, su espíritu entraba en el mundo de las adivinaciones, en el misterio de fábula, de mito, de cosa inentendible que es la vida. ¿Por qué se preparaba a entregarse de esta manera y a este hombre? ¿Por qué no haber escogido, mejor, la figura limpia, hermana, de Ernesto, o la de Marcos? La sangre le ocultaba los pensamientos. Era una sangre activa y sucia, una sangre descompuesta; porque la sangre, cuando llega el pecado, se altera en su misteriosa constitución; recoge, como los ríos en las grandes tormentas, todo el barro que hay en sus cauces, todo lo que secretan, agrios y espesos, los árboles del mal. Su nariz aleteaba como la de los animales hembras en el bosque, cuando la primavera saca sus metales. Iba a entregarse. Le agradaba la cosa anónima de entregarse a El Chato, que carecía de tradición, de recuerdo y que era algo puesto ahí, insospechadamente, como un hecho sin culpa que la vida sepultaría con su futuro múltiple, de travesía y de sueño.

El Chato temblaba, densamente pálido, frente a Rosario, inmóvil como si hubiese sido víctima de un golpe rudo y descomunal.

Rosario abrió los ojos lentamente, como quien levanta un telón. Vio un rostro

cárdeno a fuerza de venas sin sangre. Aquel rostro ¿de quién era? ¿Quién había traído a ese ídolo tembloroso, en grietas, quebrado por los golpes del anhelo? ¿Dónde estaba su referencia y su voz fidedigna? Ante Rosario empezaron a mostrarse una serie de cosas diáfanas, claras; antiguas ligaduras terrestres que estuvieron a punto de romperse; antiguas nociones, altas, limpias, que iban a naufragar y hoy se detenían en el borde.

El Chato se arrodilló, sin poder decir nada.

Algo, de un pecado distinto y como redentor, comenzó a abrirse paso en el corazón de Rosario. Ya caminaba, con idéntica calidad de goce, apartando los anteriores propósitos, suplantando por una nueva, la precedente voluptuosidad. Estaba ahí, ya:

—¿Qué quiere? —gritó con voz descompuesta, que El Chato no pudo analizar. Y cuando las manos gruesas, imposibles, de El Chato extendíanse en actitud de caricia, una bofetada colérica, llena de desesperación, partió de la mujer. (¡Había que buscar a Ernesto, a Marcos, a los que amaba verdaderamente! ¡Había que rehacer las cosas, transformarlas, no romper las ligaduras!)

Alguna cosa que fue vencida y que nadie puede comprender, empezó a llorar en Rosario, estallando en sollozos. Vuelta sobre la grama, infantilmente, gemía con insistencia mientras el Chato, descomunal y tonto, no acertaba con lo que debía hacer.

—¡No quiero verlo! ¡Váyase!

Y como el hombre no se moviera:

—¡Le digo que se largue!

Estaba tan impropio El Chato y había sido aquello tan imprevisto, que volvió sobre sus pasos, con torpeza, avergonzado, arrancando, como por justificarse —igual que los niños que regresan al banco después de haberse equivocado en el pizarrón—, las hojitas verdes de las ramas que salían al paso.

En el cementerio Marcos y Ernesto se sorprendieron del espectáculo que tuvo lugar ante sus ojos: al extremo de la vereda una figura familiar manejaba la pala en medio de los sepultureros que la dejaban hacer, con regocijo. Reía a carcajadas cada vez que un golpe de tierra caía secamente sobre la tumba recién abierta.

Hasta Marcos y Ernesto llegaban las voces:

—¡Un hijo, un hijo!

Consternados, pues se trataba de Prudencio, aproximáronse hasta el grupo. Ignoraban que Prudencio había perdido la razón y aquella voz los confundió dolorosamente.

—¿Qué pasa?—preguntó Marcos.

Un sepulturero negro explicó:

—Entierra a un amigo, a Ramón...

No había permitido Prudencio que lo enterraran otras manos que las suyas y al

echar tierra sobre el cadáver experimentaba una alegría impetuosa, salvaje, cuyas causas remitíanse Dios sabe a qué.

—¡Un hijo!

Cuando Marcos y Ernesto llegaron hasta él, Prudencio extendió la pala triunfalmente, lleno de júbilo, exclamando, sin reprimir su contento:

—¡Ya ven ustedes, trabajo para mi hijo!

Figurábase que Marcos y Ernesto eran los inspectores enviados por la Gran Administración. Había que demostrar a la Gran Administración que las cosas marchaban y que ahí los niños eran bien tratados y, llegado el caso, sus padres hacían algo por ellos. Las grandes salas verdes de aquella casa podrían cobijar más niños en su seno, pues ya no volvería a ocurrir lo del Niño Mudo, aquel que sudaba pedazos de hielo sólo porque se le quitó un juguete. ¡Y el juguete, Dios mío! Si sólo era un par de dientes de oro, con una poca de encía. La encía se desprendió con los dientes pues el cadáver se había reído tanto y tan bien que se le saltaron, así, como brinca el agua en un arroyo. Luego al Niño Mudo le pegaron porque sudaba hielo. ¡Gran delito! Como si la gente no sudara hielo y hasta otras cosas, llegada la ocasión. Pero Prudencio remediaría todos los males plantando un árbol, una especie del Árbol de la Ciencia, del Bien y del Mal.

—¡Señores inspectores! —dijo cómicamente, a tiempo que ahogaba una risita interior, cosquillosa y extraña—. ¡Señores inspectores...! ¡Planto un árbol, ya lo ven! Dará frutos para la casa, pero ya Ramón se encargará de cuidar que nadie robe pues tiene una escopeta y además le han mandado una carta muy bonita.

Los sepultureros reían haciéndose señas entre sí.

—¡Vamos! ¡Regresa al hospital! —ordenó colérico Ernesto.

Prudencio bajó la vista entristecido, y una lágrima asomó a sus ojos pues se figuraba que había incurrido en una falta de gravedad extrema ¡y qué tanta no sería que el inspector estaba incomodado!

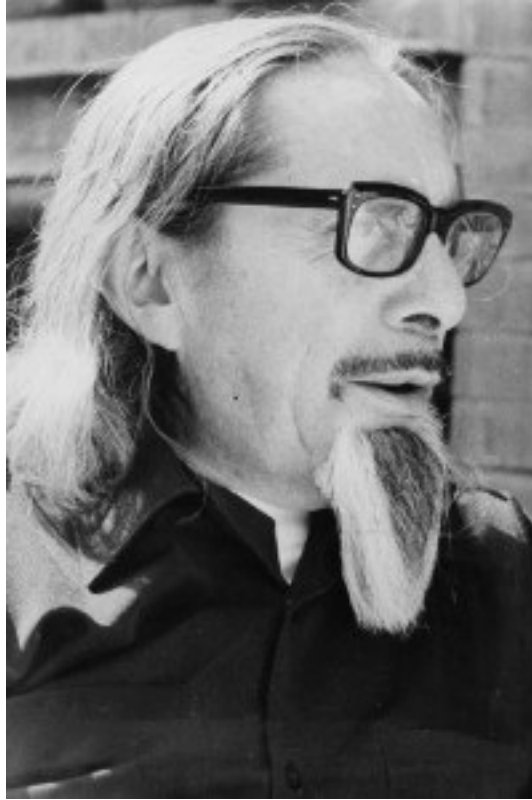
—¡Sí, sí! —musitó.

En el camino al hospital no dijo palabra, mientras Marcos y Ernesto se miraban desolados, sintiendo un inmenso dolor.

La locura de Prudencio era como una herida terrible para sus compañeros. Con ella la vida cobraba un sentido frío y lóbrego, de tristeza sin límites. Comprendían entonces que eran como figuras muertas de un juego fatal, en que no tenían intervención alguna, y que los llevaba de un sitio a otro, sin fin ni concierto, en mitad de la más imprevista desventura. Si algo podía unirlos, atarlos, tender en ellos ligaduras, eso era el común destino de dolor, de sufrimiento y de voluntad callada para aguardar la alegría. Algo superior a ellos, superior a sus pobres músculos, a sus pobres seres con sangre; muy superior, inclusive a su actividad y a su desvelo; algo que fabricaban los años aglomerando polvo y sueño, se levantaría al final para liberarlos. Entonces sufrirían alegremente, borrados los obstáculos que hoy envilecían el sufrimiento.

Se miraron a los ojos como para desvanecer las barreras que los separaban. Silenciosamente, lealmente, se tendieron las manos estrechando en ellas toda una fe y una doctrina.

Ahora habría que esperar que llegara Rosario, su camarada.



JOSÉ REVUELTAS. Nació en Durango, en 1914, y murió en 1976. Enlazó su pasión política a la literatura; nunca abandonó la escritura, a pesar de su constante militancia en diversos movimientos y de sus varios encarcelamientos por motivos políticos. Fue cuentista, novelista y ensayista; escribió también guiones de cine y obras de teatro.

Notas

[1] Entre los numerosos papeles que conservó cuidadosamente la primera esposa del autor, Olivia Peralta, se encuentra el borrador manuscrito de *El quebranto*. Se publicará, en estas Obras Completas, junto con otros textos literarios inéditos. <<